

# SEMEN

## Simetría del joven sol

Julio Barco





**SEMEN**

**Simetría del joven sol**

*Por Julio Barco*

Barco, Julio  
Semen simetría del joven sol  
Chiclayo, Perú, abril 2020.  
pag. 160; 20 cm x 27 cm

ISBN: 9798640076202

1. Poesía peruana. 2. poesía. I. Título

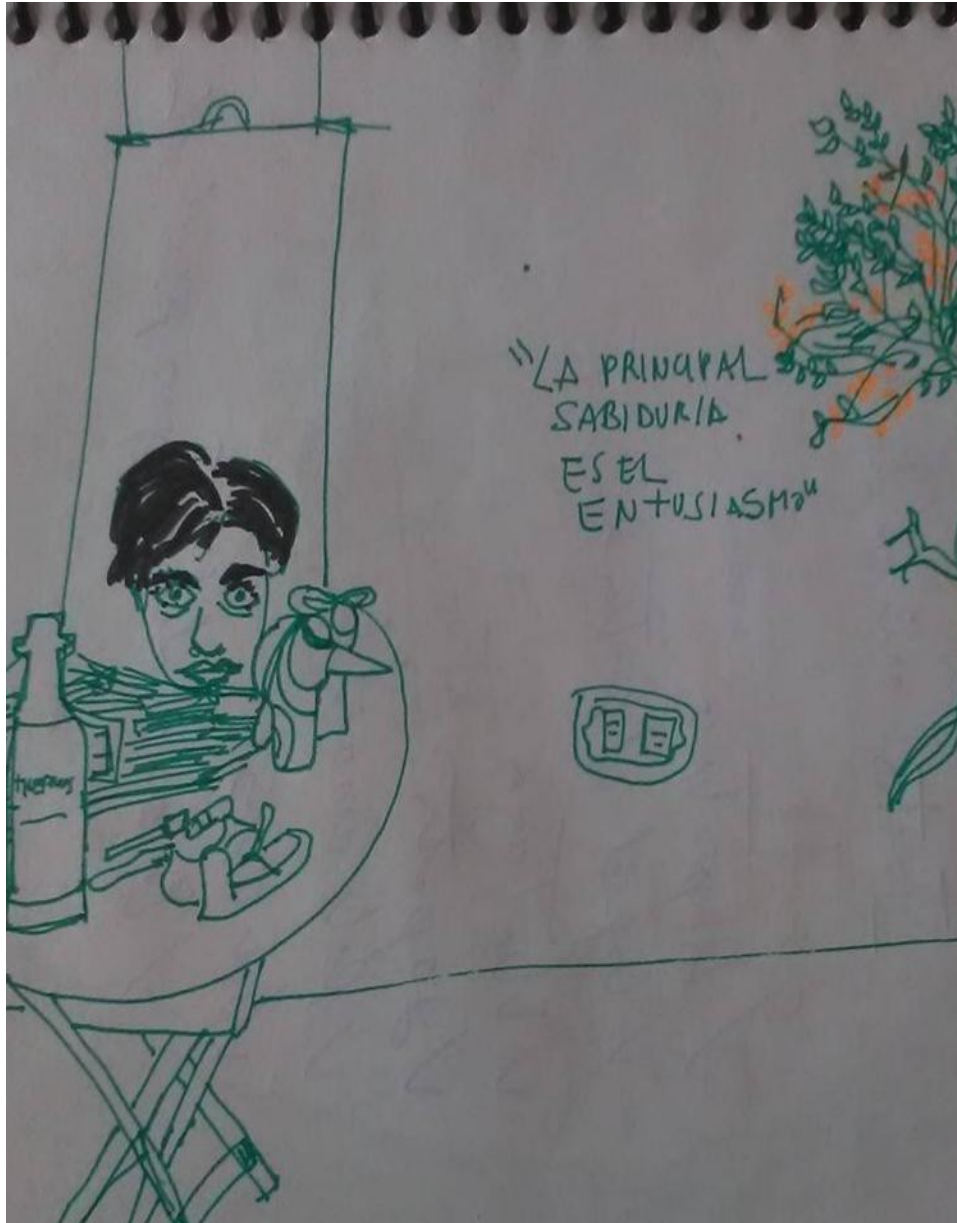
Diseño de tapa: Foto  
Diseño de cubierta e interiores: Ana Abregú.  
Metaliteratura [www.metaliteratura.com.ar](http://www.metaliteratura.com.ar)

© Julio Barco 2020 - Reservados todos los derechos.

Impreso en Amazon

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la previa autorización escrita de los titulares del copyright.





## **A MODO DE PRÓLOGO:**

Los que vienen leyendo mis trabajos en poesía –de Me da pena que la gente crezca hasta La música de mi cabeza volumen 7- se sorprenderán de mi primera novela. Este es un trabajo de fines del invierno del 2016. Yo ya no soy más este yo. No obstante, me siento particularmente cercano a la intimidad de estas páginas. Intenté meter este trabajo a ciertas editoriales jóvenes, pero nunca me devolvieron los mensajes. Me da igual. Prefiero soltar de modo libre este trabajo a que me den el 3 % de regalías al cabo de un año. Es muy jodido ser escritor en el Perú, pero aquí vamos. Para adelante, sin quejarse.

Este volumen es una suerte de Mi casa de Cartón. Aquí hay un poco de lo que significa escribir poemas en Lima y vagar por sus calles. Y un poco más.

Sean bienvenidos a este concierto para jóvenes desempleados.

**Julio Barco, SEREMSA 2019**





# ***PART 1***



*Para mi generación que creció en el abandono y entre cabinas de internet.*



Es cierto que haremos el amor  
Y lo haremos como me gusta a mí:  
Todo un día de persianas cerradas  
Hasta que tu cuerpo reemplace al sol.  
*Jorge Teillier*

Soy un hombre afirmándose en el  
corazón  
*Jorge Pimentel*

(...)será el uno para el otro cual si siguiera siempre  
siendo el hermoso muchacho de veinticuatro  
años.  
*Kavafis*

Del pasado sólo tengo nostalgia de personas que se fueron y a las que  
quise; pero no echo en falta el tiempo en el que las amé, sino un  
recuerdo  
*Pessoa*

¿Puede que el libro que dejamos caer de las manos sea el pata  
que nos salve del suicidio?  
Artículo *el extraño del pelo largo*  
*Julio Barco*



## **1) Estado mental: solo, más solo que un pucho en la playa.**

**Y -en resumen- sin ninguna clase de comunicación.**

### **Delirio.**

(...) Un español de este siglo gasta cada minuto de las veinticuatro horas en cosas totalmente distintas de aquellas en las que el bisabuelo consumía el tiempo; este, por consiguiente, no dice una palabra de las que al otro se le ofrecían. -Si me dan hoy a leer- decía Nuño- un papel escrito por un galán del tiempo de don Enrique el Enfermo refiriendo a su dama la pena en que se halla ausente de ella, no entendería una sola cláusula por más que estuviese escrito la letra excelente, moderna, aunque fuese de la mejor de las escuelas Pías.

*José Cadalso*

Tengo 24 años y ningún sol en los bolsillos. Ah, por cierto, me llamo Matías Aznar. Y tengo absolutamente todo en mí. Repito: no tengo plata, soy un muerto de hambre. Je. Y me llamo Matías Bote. Lo repito: no tengo nada en los bolsillos, pero tengo todos los sueños en mí. Mentí –ahora que meto la mano-, acabo de hallar lo siguiente:

-Una propaganda sobre un concierto de *Feliz Año Nuevo 2016* -con hilos negros de haber sido doblado cuidadosamente con dirección a una figura de origami-de la Orquesta *Grupo Candela* doblado en 4;

- Un arrugado papelito de la chocoteja que le compré al muchacho esmirriado con cara de buena gente en el bus;

- Dos monedas (de 20 y 10 céntimos, respectivamente) y un boleto de bus. Eso es todo, lo demás es tristeza. Y poesía.

Esto empieza algunas noches después de navidad. Tal vez dos noches. Estoy solo. Vengo de viajar en buses donde el tráfico es un enorme río que cruza todo Evitamiento -la carretera susurrante más amplia de mi ciudad- y se desparrama hasta Fiori, un terminal para viajar a Chiclayo o Piura; ahora cruzo el puente del paradero Ramiro Prialé y no puedo detener mis pensamientos. Y estoy solo, repito, y pienso ensimismándome más, doy vueltas a estas sensaciones que me destruyen y me hacen trizas el seso. Las sensaciones que me destruyen son:

- Mi depresión y angustia existencial del tamaño de mil millones de supermercados.
- Terminar mi relación con Mara.
  
- Mis ambiciones literarias, quejumbrosamente nítida: algunos poemarios mal escritos, cuentos hasta el queso, y dos intentos de novelas.
- Terminar mi relación con Mara.

(bis)

Sé que no voy a poder cambiar algunas cosas, como dejar de escribir, - aunque ya más de una vez se me dio por parar el tren- aunque la depresión existencial del tamaño de un supermercado tal vez no la pueda superar, dado que se termine mi relación con Mara. Y mis ambiciones literarias. Mierda. Escucho una canción de Spinetta, excesivamente cursi, pero filosófica y hermosa -con su buen toque de realismo emocional-, y necesito saber en qué lugar verdaderamente me hallo. Estoy demasiado nervioso, ansioso. Saco mi celular. Miro si alguien me escribió al facebook. Veo algunas notificaciones. Y me pongo a escribir en el muro de mi Facebook, ¿en qué estás pensando?

*(pegar aquí un link de una canción que despierte el sistema simbólico de las personas)*

*(pegar aquí una ruta para salir del eterno laberinto de mi mente)*

*(pegar aquí una forma de reparar mi desasosegado sentir)*

\* \* \*



Tengo 24 años y, lo confieso, aunque se caguen de risa, soy poeta, me repito, mirando la pantalla con los comentarios y likes o me divierte que le dan encima de mi publicación:

mi casa es la fiesta de los árboles muertos  
*Rosela di Paolo*

que hago con la ventana que me  
sale por la boca  
*Rosela di Paolo(\*)*

*(pegar aquí un link de una canción que despierte el sistema simbólico de las personas)*

*(pegar aquí una ruta para salir del eterno laberinto de mi mente)*

*(pegar aquí una forma de reparar mi desasosegado sentir)*

Y nadie sabe, por ejemplo, que el otro día anoté, en el cuaderno amarillo cuadriculado que me compré, las siguientes líneas de no sé qué autor “se derrama esta mano/ por el fluido de la hoja/ y en el fluir de la mano/ se retrotrae la sombra / los años que son impedimento. Y en la otra página puse: “*aprender a pensar por uno mismo no conduce a nada. El acto de vivir es continuidad: fluye, sobre él no entran los conceptos no los entendimientos ayudan. El organismo que soy se manifiesta y de ese modo existe, siendo su función la continuidad, o perpetuidad diaria. El hoy en el que se redacta la energía que contenemos refulge en su propia palidez; si pretendo cristalizar el ahora debo enfocarme en las medias y mis dedos dando chasquidos, los sonidos del segundo piso, el ojo que ya no puede separarse de la pantalla, esta mano mía que dibuja signos distraídamente. Hoy mi madre compró un camarote. Su belleza como esos plásticos rectangulares a la hora de almorzar; hay que anotar que la mañana del sábado mi madre nos juntó en la mesa. Fabiana apenas y llegaba por su tamaño ¿de qué forma viviría o sería aquel momento para ella? Galilea crece rápido y yo como buen vago me dedico al sigiloso camino del arte.*”  
(\*). *Disfrutaba mucho de poner epígrafes en mis estados del muro.*

## **2) Estado mental: fregado, perdí a mi fotocopia anillado de Diario del Desasosi(ego) por intentar herir a un amigo**

y sentiré que realmente vivo; que realmente vivimos

Oscar Málaga

a toda esta cojudez que detesto que me hace por momentos detestar nuestro amor Oscar Málaga

Y ya sé, todo el mundo dirá que estoy loco. Dado que nadie acepta la violencia y, obviamente, yo tampoco. Pero vi al maldito de Dilmer con Mara en el puente para peatones y quise inmediatamente golpearlo. El pendejo se reía y me dio una cólera. Y yo que podía ser muy sensible con mis palabras, con mis poemas, ¿cómo podía ser tan violento contra los demás? ¿por qué me había ensombrecido tanto? Así que regresé, y mientras ellos ya cruzaban sonrientes el puente, y le arrojé mi mochila contra su nuca. Dilmer se asustó (se le cayeron los lentes) y cuando yo sujeté la botella vacía empezó a correr. La tiré, pero no le atiné a darle. Al otro día, y luego de una noche jodida y de angustias, le pedí dinero prestado a mi prima Milagros y fui al paradero de Prialé. Tenía que salir del barrio: ya empezaba a sufrir demasiado por todo. Respirar, necesitaba respirar. Y estar en mi casa, y estar en mi cuarto pensando no solucionaba nada, no abrir Conversación en La catedral para fijarme como usa el tiempo, las estructuras, y demás, tampoco abrir libros, o leer algo, o mirar por la ventana la ocre luz azul del día, ganchitos de plástico colgados, un polo amarillo con la imagen de un patito en el centro secándose lentamente. Tenía enormes ganas de beber una cerveza negra -helada, espumosa- y sentarme frente a una computadora de una cabina de internet en cualquier barrio, y escribir hasta el infinito y el más allá; no sin antes entrar a Google y buscar mi poemario Me da pena que la gente crezca, leerla y después reírme de mi mismo, y volver a una hojita de Word, seleccionar la letra, estimularme con una canción, y teclear. Y nada me interesaba más que eso, y lo de solucionar lo de Mara. Pero no tenía tiempo, así que subí a un bus y me senté y me acordé del libro que llevaba entre las manos: una biografía de César Vallejo.

Como una mala película europea surgían las calles París; yo recordaba perfectamente aquellos versos que Hinostriza menciona en un paisaje de su locura de su librito **Tratado de la limpieza**: “y claro que me gusta la vida, ya lo repito, en París, con mi café y mi tristeza” pero yo miraba a los pasajeros del bus, y no tenía café, y en verdad me sentía bastante intranquilo. No era como aquel verso que un dije: *y siempre soy paz*. Paz era una palabra perdida en la intensidad de mis emociones. Y mi música interior -voracidad simultánea, diría en un poema- era confusa, jodida. Y enredada. Es jodido leer cuando tienes la mente llena de sensaciones que te cagan. Vallejo, el misio, el poeto, sin ropa y de amores con un tal *Henrieta*. En algún lugar él había escrito esos versos, y las olas de los años, lo habían traído a mí, de labios de Hinostriza. Luego, claro, Georgette. Gastándose todo su sueldo, y dándose la gran vida; para terminar igual, con su muerte y su leyenda, peleando por darle un espacio en las letra a su marido, ¿valía la pena?. De pronto, lo recordé todo, justo cuando el bus se detuvo frente al Puente Santa Anita, pasaría año nuevo con mi abuela, no con mi mujer.

Juntos, solos, en la sala. Nada peor, supongo. No es que me interese demasiado hacer algo en año nuevo y todo eso que se suele hacer, en realidad, por mí, feliz con un vino barato y un libro entre las manos, y bajar y acompañar a mi abuela. Yo era muy libre y relajado dentro de mi mente: deseaba ver, vivir, trabajar en cualquier cosa, conocer gente. Ella la pasará sola. Éramos tan diferentes: ella pegada a su familia, a los otros, a verse a sí misma en los otros, a preguntarles cómo era, a relacionarse; yo igual, pero también, necesitaba darle vueltas a mi propia mente, sentarme y escribir, y eso me creaba un espacio lejano, otro, en el que nadie entraba salvo -salvo algunos pocos amigos, que eran mis patas- yo y mis ideas. Por cierto, hoy, mientras me mostraba la ropa que compró en Gamarra con el sueldo del abuelito, yo me sentí enojado. Furioso.

Muy típico en mi forma de ser, me engreía pues porque no me había comprado según mis gustos. Yo seguía siendo punk y transgresor y deseaba un polo sin marca ni etiquetas; igual amaba el jazz, la música clásica, pero tampoco me necesariamente identificaba con esos modos de ser; andaba fluyendo, el mes pasado me había devorado *Paradiso* de Lezama Lima. Era fin de año, y yo comprendía asuntos que no era útiles salvo para mí mismo, para mí regocijo, y aceptaba menos el mundo, la naturalidad de las cosas; la gente regresaba a sus cajas con panetones, tinas con celofanes verdes, ojos.

Alzando la camisa a cuadritos sentí una cólera guardada: mi abuela nunca me comprendió.

O sí, pero prefería que yo sea como todos, ya saben: callado y entonado. ¿Yo una maldita camisa a cuadritos? Me jodió, en verdad, el asunto dado que no calzaba dentro de mi autoimagen. Igual era mi culpa por no trabajar y tener dinero para navidad, pero por esos días estaba totalmente perdido por lo de Mara y nuestro rompimiento, y tampoco tenía el dinero de lo que me habían pagado en el colegio, como profesor.

Punto, nada de cortes comerciales. No me afecta pasar el año nuevo con mi abuela; hace rato que ya no siento inclinación por pensar que los años nos determinan, o que la vida deba guiarse por el contexto social determinado, impulsado por el comercio de los periodistas, o por la gente que vive trabajando, ignorando la sapiencia de contemplar y escribir. Igual necesitaba dinero. No existía otra salida. No sé, en realidad, dónde me encuentro.

En qué punto exacto de mi vida me hallo. No, lo que sí me afecta es que mi mujer se vaya de casa. Justo ahora. Y en ese lugar me encuentro: sin saber qué soy o haré; con la novia mudándose para siempre de nuestro antiguo-hogar. He ahí el punto.

### **3) Estado mental: supongo que compraremos pollo a la brasa...**

En la esquina, antes de llegar a Vicentelo, -perros ladrando al viento, monedas en las manos de los cachineros, que acaban de sacudir unas bolsas negras repletas de basuritas; sudor en sus sienes, el pelo entre húmedo y seco, pelícano, gorrita de tela rojita botellas de Inka Cola, Kola Real, cajas de Kolynos y Dento; olor a canchita recién preparada -dulce, con azúcar encaramada sobre la blancura, meliflua, anticuchos, los jóvenes albañiles Marcos, Arana, Miguel pasando- y mojaremos las papas en lagos de mayonesa, ketchup y mostaza. Encima el pellejo rostizado del pollo, -crujiente y negrito- las papas saladitas. El humo, la sal, la lechuga crujiente, rodajas límpidas de tomate, perfectamente bruñidas, mientras titilan los cantos de las aves que dan vueltas encima de la basura, y algunas tiritas de zanahoria. Sonará en la calle la música salvaje, loca de siempre: reggetón de moda, salsa de siempre; nadie hablando de poetas ni libros ni revoluciones mentales ni comunistas, simplemente gente vagando, comprando cigarrillos caros, tragos de marca para seguir aparentando una vida que carece de otros fines salvo consumir y andar.

Algunos *webones* se pondrán a reventar cohetes como siempre buscando el escándalo, la chacota. Y para demostrar que ganan lo suficiente como para encender un rato el cielo. Perros nerviosos temblarán asustados, así: intentando desesperadamente meter su cara en cualquier lado, como pequeños bichos cobardes. Y después nos embriagaremos con vino. Y yo pienso acá que yo tengo la culpa de todo. Mucho, hermoso vino, pero sin mi flaca. Sí, Vallejo amó a Henrieta. Yo amo aún a Mara. Después -en la misma biografía - hablaba un tal Larrea, tío que no manyo, sobre el finado decía: *“Subió y bajó así repetidas veces los escalones todos de la pobreza; fue acumulando cotidianismo civil, sinsabores y adversidades innúmeras, hambre de toda suerte, esa suma de desvalimientos que constituyen el ritual obsesivo de la miseria cuando ésta se convierte en el eje de una vida”* Eso. Vallejo, de ser peruano en el 2015, hubiera sido un pobre holgazán, un paria de la familia. ¿Yo? Un muerto de hambre.

Un mediocre, sí, pero para el resto, para la opinión del otro, no para la mía.

#### **4) Estado mental: Enmanuel tiene canciones en youtube insoportablemente hermosas, aunque su futuro es inexorablemente diferente al de la música.**

Vi el sol de los crepúsculos girar al sonido de un salmo dictado por un profeta sin cabeza.

*James Quiroz*

Y ahora lo sé. Es curioso eso, hoy Enmanuel mientras paseaba el coche rosadito de su bebe, su bonita Aurelia, me miraba y tanteaba y me miraba, ¿pensaba en mi destino, en la brutalidad de lo sería de seguir metido en esta vaina de ser poeta? No dudaba en preguntar -considerando que yo soy un tonto- y me hablaba y hablaba. Yo estaba sentado, destruido, en verdad como siempre aburrido de oírlo, intentando no morderme a cada rato las uñas. Me sugería escuchar unos audios sobre superación personal que, en verdad, me importan un pito. *“Tienes que entender primero el qué, oír esos audios de Alexis Tiste me sirvieron para saber, primito, qué es el qué; si sabes qué es, viejo, el qué tienes la llave para todas tus riquezas posteriores”*. Y yo ahí, insoportablemente loco, oyendo en silencio. ¿Alexis Tiste? Quién sería ese imbécil, qué cosas diría para repetirse y engañar a la gente. Necesitaba verlo -ya dije- y eso era todo. Respirar un aire compartido. Volver a ver a mi primo era volver a uno de los lugares donde más amé: su presencia, su ingenuidad, su música. Lo natural que siempre fueron sus gestos, sus modos de ser. Mi primo con su hija recién nacida no era el mismo. Preguntarle por su banda de hard rock, *Vicious*, y escuchar que todos estaban en las mismas: empleos mal remunerados, intentos de suicidio, borrachera y drogadicción. La vida del músico peruano medio que sale de barrios populares sediento de fama. Tristes y consumidos por no aceptar la idea de que seguir jugando a los *Guns and Roses* en el Perú era una mierda. ¿Y acaso yo y la poesía no eran la misma situación? Enmanuel estaba de papá, ya saben, y el rock era un movimiento más de caderas, y pelo largo, una huevada inventada para vender cerveza (eso nos explicaba). Después, mientras apretujaba a su hija preguntándole a Lauren ¿verdad, amor? Y yo, ahí, inquieto. Lauren, mirándose en un espejo, arreglándose los cabellos pintados, *“shi, amor, es cierto”*.

¿Cuál era mi destino? Más allá de estar ahí oyendo el “*shi, amor, es cierto*” y de la luz de la calle, y del agua dentro de las tazas de navidad blancas con renos y lluvia en bolitas sobre un cielo azulado fosforescente. Era realmente hermoso. Solo sabía que deseaba sentarme en una habitación, sentirme bien por algunas horas al día y escribir. No pretendía más. Algunas personas eran más inteligentes y buscaban mucho dinero, o crear empresas para hacer puestos de trabajo, mandar a otros, y ganar más dinero. Escribir, anotar, corregir, cambiar frases, pintarlas, desordenarlas, desordenarme, crear: ese era todo mi mundo. Nada más arrebatado, supongo, y más bobo. Y eso era tal vez mi única certeza. El amor y la poesía. Vaya imbécil.

Todo lo demás: al pito. Escuchaba a mi primo atentamente, me preguntaba sobre el trabajo – y me reía de mí mismo de andar oyéndome a mí y a mi primo, a unos centímetros-, decía que a los 25 años lo tendría todo más claro; como él ahora – *tomando solo café y acostándose temprano, para estar todo el día enfocado en cuidar a su hija y trabajar por las tardes, religiosamente, para cuidar a su hija-*, y pujaba incesante el coche, de rueditas de plástico. ¿Y dónde carajo tus malditos sueños de ser músico? Que la informática, la programación, era la mejor chamba del mundo. Plata rápido y sentado. Trataba de explicarme que estaba bien que hubiera terminado con Mara y que me siguiera dedicando a la poesía, pero como hobby; me decía que en mis circunstancias económicas (sí, uso el puto eufemismo) mejor era así. Y después, repiqueteaba con lo mismo: ¿ahora qué piensas hacer?

Las piernas de la lindura son enormes, gordas hasta el hartazgo, y sus cachetes enormes de duraznos rosados contrastan con la mata de su corona y le dibujan como un rostro de sumo. ¿Y qué pensaba hacer ahora? La tarde detrás de la cortina se freía, en matices medio cremas y luminosos, y no sabía qué hacer, a dónde ir. Alrededor los cuadros que mi tía pintó de adulta: dos caballos corriendo, un niño mirando la luna, una foca dorada. Estaba solo sentado viendo como paseaba a su hija. Y sí, esta era su relación, la real digamos. Ya tenemos bastante edad primo, -decía- no podemos ya fallar. Mira, yo no quiero trabajar en un Burgen King, prefiero digitar un rato y ya me gano algo; aunque si fuera ambicioso lo haría para

una empresa, pero solo eso es un rato, primo, después voy a ser bi-digitador y voy a ganar más. Mira, por ejemplo, ahora estoy tranquilo porque voy a recibir mil quinientos soles y eso me va a ayudar a comprarle cosas a mi hija.

Y claro, él ya sabía “el qué” asunto de vital importancia para mi futura formación, tanto epistemológica como filosófica. Y yo, muriendo porque mi mujer me dejaba y soportando sus cojudeces. Esta era su relación diaria: verse, aspirarse, olerse los *pedos* y las pezuñas, pensar en un dulce porvenir. La misma vida que Mara y yo estructuramos: eje como campus de flores. Parejas como sueños, el ritmo, la rutina, cierta desazón. Como dejando que la costumbre se levante en ola, o con acuerdos. En todas partes, aparecían las parejas, eran así. El hombre preñaba y después trabajaba, la mujer aún en la casa, y en la cama viendo las noticias, enterándose. Por ejemplo, muy temprano, ya sabían que un bus interprovincial acababa de caerse en una curva de Arequipa a Cusco.

Después me enseñó un vídeo de un hindú inventor que mostraba la forma de hacer que las luces de una *web cam* puedan hacerse hologramas y de esa forma fundir realidad y tecnología. Estábamos en su cuarto, Lauren bañaba con un jarrón rojo de plástico a la niña, en una tina larga y anaranjada, y Enmanuel y yo veíamos la tele. Entonces sonó el celular y Lauren regresó con él.

Me dijo que era para mí, mi mamá. Aló, hijito ¿no nos vas a ayudar para irnos de viaje? Ah, verdad, mamá, claro, espérame. Llego en lo que demore de aquí a la casa.

Las viejas broncas con las familias solucionadas gracias al recién nacido. Y esa niña, uniendo a los viejos, a las primas, y primos en la celebración de la vida. Esa niña no era víctima del orgullo y de la miseria mezclada, no era parte de la sopa de la convivencia natural en la que vivíamos todos a inicios del siglo XXI. Y esa era la felicidad, bajo toda su cautela: se construía. Mi primo estaba jodido, ya no haría más música; tal vez en el futuro solo la vería como un recuerdo, un peldaño más que cruzó. Y yo sin tener como justificar mi sinsentido ya demasiado retrasado de no sé si estupidez o adolescencia, le dije:

-Bueno, primo, me quito. Chau Aure, chau Lauren.



Era sin duda un imbécil: amaba más la poesía que otras cosas, y mientras me despedía y miraba a mi sobrina -sus grandes ojos rutilantes-, mi primo, el movimiento del colche justo frente a la ventana. Ya sabía dónde quería y debería estar: en la calle. Necesitaba respirar. Quería hueviar, andar, no tener apuro, dedicarme a observar, enamorarme, escribir grandes poemas que caguen a todos los idiotas de mi generación, ser amado.

Pasaban los estudiantes de la Academia Prolog -con sus lentes negros, polos blancos, mochilas de tela- y huía las aves en el cielo acolchado tenuemente de nubes perladas, rosadas, casi azulitas. Un carro blanco cruzó por la ventana. Desde el otro lado de la calle, se oían perros y unos gritos.

Me sentía jodido mal. Pensaba en Vallejo. Tenía demasiada ansiedad, demasiadas ganas de llorar.

## **5) Estado mental: Pensar sobre el propio proceso creativo mientras se desata dentro de ti otro discurrir de juicios.**

A mis soledades voy, de mis soledades vengo,  
porque para andar conmigo me bastan mis pensamientos.

*Lope de Vega*

Piénsalo un toque ahora, estas fluyendo en un eterno aquí, y eres un eterno aquí y ahora, con todas tus maneras de sentir, de ser, de crearte. Que todo eso fluya, ¿verdad que se siente bien? Sí, era una de las que escuchábamos con Mara.

Yo amé todo eso de Mara: la oscuridad, su frescura. La vez que construimos un techo de madera y bebimos ron encima. La música idónea que conduce al círculo del gozo. Qué raro es todo, todo se va como engullendo en la rutina, se va haciendo parte de una misma mezcla, hasta que se hace trizas. Aunque no es tan así, uno se acuesta de una manera y se despierta de otras.

Me detuve a ver casa por casa. Avanzábamos por Pista Nueva. Los cordeles de ropa, blanco y anaranjado. El sol. En algunos semáforos, aparecían las ferreterías; en una unos muchachos bajaban unas láminas brillantes de un camión; el más chico las sujetaba con cuidado desde un extremo. Y luego las guardaban. A un lado de la puerta tomaban gaseosa unos señores con mandil mugroso. Los niños y perros marrones corrían en la esquina. Cambió la luz del semáforo.

Avanzamos hasta terminar lo permitido y el bus dobló a la izquierda. Sonaba una salsa en la radio. “*Un rato de locura y nada más*” Se reía el chofer y el cobrador adelante. Las monedas en las manos crujían. Los parques sin árboles al otro lado de la ventana. Si pegaba la nariz el vidrio era gélido ¿En qué estaría Mara? Nuestra relación se había terminado. O eso parecía. O eso, era lo más probable. Mierda, ¿por qué siempre la jodía todo? Pensaba en si me habían denunciando, si ya todas sus hermanas

sabrían lo que yo había hecho. UN rato de locura y nada más. Los imaginaba a todos, en la sala, Mara llorando. Y después el odio, las cejas fruncidas, en las manos los dedos apretándose.

\* \* \*

El bus iba veloz por todo Evitamiento, pasando debajo del puente Benavides, y parando en el Puente Primavera, después en el Trébol, subían a vender helados de fresa o de coco. Otros eran vendedores cansados - ofrecían maní, chifles, frunas, pastelitos, chicles, y luego pasaban de asiento en asiento- ya a la altura del Puente Santa Anita se enroscó en el tráfico: uno carro detrás de otro, como un montón de cuadraditos en una mesa. Me compré una bolsita de maní confitado rojo y me quedé observando por la ventana, mordiendo uno de esos asteroides crujientes azucarados.

\* \* \*

Mara, escúchame, no sé si tengas el mismo repaso de recuerdos, ideas, sensaciones así en bruto por el cuerpo -así cayendo como garúa o pica pica, pero si te detienes a escucharlas, deja que se concreten. Pero estoy bastante nublado, no sé cómo acercarnos de nuevo. Es curioso, y sí tenías razón en todo. Estoy de momento en ese nosotros, si me voy ¿deja de existir? Entonces comprendo que el amor (la poesía, el juego) es algo así como una casa que habitamos.

## 6) Estado Mental: tranquilo, triste.

Se han interrumpido por un instante las bodas vienesas en honor de  
José María Eguren

*Braulio Arenas*

Desde el otro cuarto sigues embalando las cajas donde acumulas tus peines, algunos vestidos -el rojo granate que te da increíble, ¿te acuerdas cuando fuimos a esa boda en Los Olivos y solo los dos teníamos ropa formal? ¿Recuerdas que después nos fuimos a un hotel cerca? Y guardas: cuadernos con meticulosos apuntes y datos y cuadrados perfectamente delineados; bolígrafos, medias, quizá el cuadernito verde anillado con las claves y pistas de tu alma. Todos esos papelitos y objetos que hacían muy tuyo tu cuarto.

Tu cuarto, nuestra casa, la misma que nos dio mi abuela, después de vivir un mes en un cuartucho cruzando las rieles y el túnel del barrio, por Vicentelo. Piedritas también guardas, papeles con dibujos de hace años, cosas así, entre tristes y alegres, dentro de frascos enroscados y guardados en cajas de cartón. Todo eso. Suena fresquito el raspar de la cinta scotch y los murmullos de la conversación con tu hermana -suaves como lluvia rala. Y yo no deseaba seguir sufriendo ahí, sino estar contigo en un parque, tirados mirando las ramitas, como el sol como pájaro tiembla encima de ellas, y bebiendo vino, muy ebrios y enamorados. Cruzar ese mar naranja que es la noche, pensando quizá en detalles donde relacionamos, tus ojos y la calle. Los perros en la esquina devorando lentamente las bolsas de basura, -mientras manejaban bicicleta tres niñas en short, un hombre calvo y barrigudo pasaba miran su teléfono celular- más allá el humo, y el horizonte, la carretera llena de autos. No sé, algo así, supongo: los dos y nuestra eterna paz y nada más. Seguía oyendo la cinta scotch que ya me causaba dolor.

En el desayuno me freí unos huevos con retazos de hot dog, después remojé partes de un panetón en un vaso de leche, algunas aceitunas.

Después la sopa. Me encontré con Milagros, quemada por el sol. Le volví a decir que consiguiera, *por fas*, el cable y el enchufe del modem.

Guardé el café hasta después del almuerzo. Fue de puré de papa con huevos fritos y más hot dog. Caramelos y café. Después sentir el caramelo en la boca con el contraste del café caliente. Todo formando un circuito, circulito. La única música que seguía sonando era la de las cintas arrancándose y pegando las superficies de las cajas: cerrando para siempre la partida.

Y se me hace difícil, compañeros, aceptarlo. La misma muchacha que la semana pasada, un día como hoy, estaba conmigo, yo estaba con ella, nos besábamos, mirábamos, pensábamos cosas juntos, y yo leía sus pensamientos, y la miraba cocinar tontos guisos, mientras yo abría el caño para poner a hervir agua y hacer limonada, los dos juntos, luego de casi siete años de novios, tal y como lo soñamos: una vida juntos. Unidos en una suerte de aventura mental. Era así nuestra manera de sentirnos, cada uno dentro del otro. Debí buscar un trabajo. Sí, supongo. Y tener menos intereses personales y fijarme menos en mí. Si analizo en detalles los que estoy haciendo desde las siete de la mañana puede que me acepte de loco. Camino de un extremo a otro de la casa, pronunciando para mí mismo respuestas a preguntas que me hacen girar una y otra vez en razonamientos extraños. Después, en el cuarto, me siento en el suelo, estiro los pies y rechazo al gato. Abro, anoto citas de varios libros, tanto físicos como virtuales. Atisbo por un pedazo de las cortinas el día, como la gente se desordena en las esquinas, o conversa mirando a todos lados mientras pasa. Hago eso, regreso, me baño, me seco, y me estiro en la misma silla de plástico blanca, salto de un recuerdo a otro. Estoy muy inquieto, no puedo dejar de pensar.

Existe mucho conocimiento en los libros, y son necesarios, y todo ese rollo, pero estaba el mundo concreto, el que no se mete dentro de definiciones, o se busca entender de alguna manera, sueño ingenuo de poeta. No, es ingenuo, no existen límites, en todo caso la vida se *fictiona*; y la ficción nos vive. Soy el mundo, solo me comunico en base a algoritmos: para desayunar, bajo las escaleras, abro una puerta, saludo con buenos días; en la tarde me siento, leo, me paro, me siento, camino, me paro, me siento, camino, leo, me paro, miro por la ventana, me paro, me vuelvo a sentar y a leer. Bajo esa matemática, agazapo mis ideas. Y mi mujer se iba.

\* \* \*

Algunas tardes solo ganas de sumergirme en los barrios pobres, e ir directamente a sus parques, sentarme entre los viejos y mirar los árboles. Sentarme a pensar. Los cerros alrededor nuestro nos determinan. Estamos ocurriendo. Esto que ocurre entre los cortes comerciales, entre otro y tú, esto que eres tú ahora es lo que está ocurriendo. Esa conciencia nos sobresalta. Quién puede evitar sentirse enamorado, quién puede evitar sentirse así. Aunque me espante de que me roben, y sea que soy demasiado tristón. Y mientras sigo escuchando el sonido de la cinta scotch, me repito: cortaste con tijeras el internet, yo te boté de mi cuarto; tú tiraste al suelo la pantalla plasma de mi computadora, machacándola, me fui a la sala, me bebí el resto del vino que quedaba en la caja.

Tumbado, mirando la pared blanca, mientras tú lloras. Y mañana es año nuevo.

Y todo por aquella maldita noche.

## **7)Conciencia actual: estoy vivo, en miles de contradicciones. Y, óyelo, “nadie te odia, Matías Bote”.**

*still in peaceful dreams i see  
the road leads back to you*

Georgia on my mind-ray charles

*Al lado de la ventana,  
la cama donde tantas veces hicimos el amor.*

KAVAFIS

No encuentro la calma, ¿y quién carajo la puede encontrar? Somos millones de seres humanos flotando en una roca en medio del infinito, cada uno diferente, con un solo destino, partiendo de eso.

No puedo escribir ahora bajo estos impulsos. Es decir, mi mente no hilvana conceptos, de uno en uno, los pierde: deliro tiernamente. Y me desgarró, y grito, y chilló. No queda nada. La *pepsi* es horrible sin agua, y caliente: pura sopa de azúcar. ¿Cómo estar frente a ti nuevamente? ¿Cómo soportar que te vas?

Te volví a ver. Vagué contigo, otra vez en su mente repleta de ideas y ternuras, y mi crisis mental como pelusitas de gato en mi chompa. Ella y su forma de ser tan pausada, como dulce, como niña que silabea el mundo. Está fatal, dolida, no hablamos casi nada de nosotros. Estábamos al final de la noche, conversando en las veredas del colegio, entre la oscuridad de los árboles. Y me decía llorando que su corazón ya había cerrado todas las posibilidades, y que por ser ella misma, no iba a contradecirse sobre la posibilidad de que yo cometiera un acto así. Esa era la premisa que le alejaba la idea de separarnos para siempre, es decir, afirmando la situación.

Que ejemplos daría a sus hermanas si me perdonaba, si pasábamos la hoja. En mi mente la única idea era que siguiéramos juntos -mientras apretaba contra mis dedos papelitos y hojas secas caídas arrojadas al mugroso suelo-, que era imposible separarnos, que hay un espacio que se queda vacío si

dejamos de ser ese nosotros, que en ese nosotros éramos, y más allá de eso, yo no existía.

Y ella, no que ya lo tenía claro, lo siento. Después nos paramos y encaminamos hasta el final del colegio para seguir hablando.

Ella me miraba y lloraba, yo solo quería irme con ella a la casa, preparar una sopa de leche y acostarnos a ver un vídeo en Youtube. Estar juntos, en nuestras dos entidades.

Sí, ella ya se iba a mudar. La separación era evidente. Para año nuevo y tampoco se podía. La iba a pasar junto a sus hermanas. Nadie te odia, Matías Bote, ojo, nadie te ve como un diablo, un demonio. Que ella también tuvo la culpa por aceptar esa posibilidad. Sus padres se enteraron de que yo baje de las otras cosas que hice. Tenía que hablar con ellos. La cita en su casa era el domingo. No me iba a denunciar. A penas y hablábamos algo coherente, casi todo era hablar sobre el conocimiento. Ahora los dos delirábamos. Ya saben temas metafísicos leídos en internet: la forma en qué uno mira el mundo, las voces que nos habitan en la cabeza; hilvanar esas teorías rápidas para detrás justificar o explicar nuestra manera de ser. Le compré una bolsa de canchita, era bastante, yo me la terminé comiendo en la plaza donde nos sentamos. Más temprano fuimos por un parque de Santa Anita, toda esa camina fue hermosa, pasamos por varios distritos aledaños al nuestro, parques donde las hojas caían y al fondo jugaban las niñas, en el casi atardecer azul.

En fin, en resumen, seguiré viendo que sucede.

Esta historia no se la he contado a nadie. Mi madre está de viaje. Y mi abuela duerme. Y mi mujer se va para siempre.



## **8)Estado Mental: (des)equilibrado, o al menos eso parece.**

*Del fuego viene y en él acaba toda  
música* Emilio Westphalen

(...)

*Cuánto ganó empero la vida del artista.*

*Mañana, pasado mañana, o después de años han de escribirse los  
vigorosos versos cuyo comienzo aquí estuvo.*

KAVAFIS

Mal, mañana caminando con Mara. Pésimo, todo mal y jodido. Paseamos por el Verde, nos sentamos en el césped y charlamos de todo, primero de nuestra relación, sus conflictos y tensiones, los buenos y malos momentos. Después caminamos hasta el mercado. Compramos un ceviche de pota con ají. Ella comía el ceviche -trochitos morados de camote mientras yo retenía los lagrimones- y me subía lentamente a la boca porciones, que yo, el mega tristón, no quería probar. Lloraba, estaba perdiéndote.

Después regresamos y descansamos en un parque. Un tío sin polo, de cabeza pelada, y con pelo alborotado salió a pegarle a un perro con su palo.

MI pelo largo y alborotado me cubría la cara. Ella estaba hermosa, siempre fue demasiado hermosa, ¿por qué se fijó en mí? Mientras hablamos afuera del colegio, yo doblaba y doblaba papelitos, un boleto de bus.

Lo doblaba en rectángulos más y más pequeñitos, después los ubicaba en los huecos de la pared roja medio empolvada.

Ella tenía los ojos chiquitos, húmedos, delineados de negro. Hablábamos de muchos temas, perdiéndonos en largos y cojudoz monólogos; con tanto énfasis hablamos de cosas que ya no recuerdo.

Sólo poseo ahora algunas ideas muy cercanas y difusas de esos momentos. Obviamente, los bolsillos repletos de las hojas marchitas. Es la memoria, el único océano: todo se ahoga ahí. Nuestros cuerpos. Las tardes de verano. El invierno y las amadas caricias.

Y me hartaba de estar así, en esa distancia, no poder hablarle.

Bien, en conclusión, voy a estar solo como un islote por un tiempo. No me llena de pavor no tener nada planeado para mañana, ni un orden al que mirar cuando ande nervioso. ¿Y tus poemas, Matías? ¿Y todos esos viejos sueños de hacer poemarios que deliren a tus patas? Sufro como un cerdo, no puedo escribir. ¿Todas esas teorías poéticas qué son cuándo la niña que amamos nos deja? Nada importaba en ese punto. No tener proyectos no es necesariamente una mala cosa.

Subí a la casa, -amadas escaleras de caracol- hacía calor, prendí un bate de mariguana, en un metálico de antena de cable mágico. Mire por la ventana: dos jóvenes charlaban fuera de una mototaxi.

Hoy en la noche se acaba el año. Y no obstante no puedo dejar de plantearme: ¿en qué situación me hallo ahora, dentro de qué expectativas de vida estoy sumergido?

Hablamos de nosotros, de lo imposible de volver, de no haber conversado conmigo antes de que les dijera a sus padres. Caminamos y hablamos y escarbamos un poco detrás de otras cuerdas, como postes, nuestra relación como un armario repleto de cajas, y compartimientos. Y una cosa pasa y lo comentamos. No estar cerca físicamente es otro problema.

El no tener dinero me obliga a buscar uno. Necesito entender esto, detrás de la resaca de todo lo vivido, debo buscar un medio de ganar plata, que, cubra mi seguro de vida.

Dormí pensando en unos poemas leído de Emilio Westphalen...Ni ganas de masturbarme tenía.

## 9) Estado Mental: hoy es otro día, hay que volver a empezar.

*(aquí va el vals de la película Antes del atardecer)*

En la mañana, a primeras horas unos señores vendían flores amarillas en una carreta.

Aparecía el dueño de la bodega caminando en el centro saludando a otra señora que pasaba rápido. Sereno y pensativo, como todo bodeguero. Me levanté de la silla, cerré la ventana, vi la hora, eran las 7 p.m. Llamé por teléfono a Mara. Una, dos, tres, varias veces y contestó; le dije que viniera mejor a la casa, me dijo ya.

Colgué, pensé/sentí que la casa era muy oscura, que estar dentro no daría oxígeno al paisaje interior. Me urgía el verde, la calle, los espacios interminables.

Entonces la volví a llamar, *¿aló?, mejor en el parque, ya ahí nos vemos dentro de 20 minutos*. Me senté en la computadora, abrí una carpeta y empecé a buscar un PDF, Word, algo que picar antes de ir a verla, mientras terminaba el café. Abrí un archivo del señor -seriecito- Stephane Mallarmé. Unas versiones del poeta peruano Javier Sologuren, bien. Uno donde alude a los cigarros. Bacán. Listo, leer tomando el café, saboreando el pescado en trozos mezclado a la cebolla (deliciosa: crujiente: masa), y el tomate, todo.

Después, metí un poco de crema dental, masticué agua y salí a verla. Bajé a la calle por la escalera de caracol, sin que me importara que alguien me viera, y avancé por la calle Puquiales y doblé en la calle que desemboca en el parque donde nos encontramos.

Ah, por cierto, antes le pedí prestado dos soles a mi abuela. Me dio un billete de veinte luego de salir de la sala corriendo. Compra dos huevos, me dijo. Fui a comprar dos huevos y un cigarro Hamilton Verde. Regresé a casa, le dejé el vuelto, y salí con la caja de fósforos en la mano -escuchando como se agitaban-, dejando un trozo de palitos en la mesa de la cocina. Y salí apurado. Ella no estaba. Pasó su hermano Luis.

Miraba las hojas de los árboles con máculas blancas, no podía concentrarme en nada. Nada. Ya era verano y seguía destrozado, en una

especie de vorágine. Me sentía harto de esperar, miraba entre los árboles del parque a un lado de la cancha deportiva, después de cruzar el arenal de piedras y vidrios rotos, ahí entre las hojas un ave cocía sus cantos. El silencio y saber qué también uno es animal, pero piensa, piensa en el silencio. ¿La poesía es no decir nada, verdad Martín Adán?

Prendí el cigarro, empecé a sentir mi cuerpo putrefacto, con la nicotina pulverizándolo. Después de un rato llegó Mara, en un pantalón crema y un polo manga larga como de niño deportista que le daba un aire de muchacha, de pequeña, como niña que va de paseo al zoológico.

Caminamos en dirección al puente.

No sabía que decirle. ¿Te llegaron mis mensajes de ayer? Sí, claro. Y entiendo que ayer le mandé los mensajes por desesperación. De pensar en ella como el todo, en un sentido metafísico, hallarme fuera de mi ego, de lo que soy, de Matías Aznar, y entenderme parte de la humanidad, de esa vida que no deja de fluir entre nosotros. El individuo sobre la carne, sentir esa carne, esa unidad, escuchaba Clare de Luna, y le dije que me perdonará en el alma el haber dañado así nuestra relación. Y en esencia era eso de lo que me dolía, en-el-alma-, que fuera a dejarme, el hecho de perder ese ambos, ese nosotros, -etcétera.

## 10) Estado Mental: monólogos antes del atardecer

Señora, como no os intereso,  
y me habéis apartado de vos,  
sin causa alguna  
no sé dónde dirigirme  
pues, ciertamente,  
no habré de conseguir, de nuevo,  
gozo tan deleitable(...)

*Ezra Pound*

Veamos, entonces: ayer dormí tarde, al humo de la pipa metálica e igual que ahora: desconectado, metido en la circunferencia de dos círculos: mi mente y la realidad rozando y explosionando. Toda una porquería. Alucinando estupideces, mirando por la ventana, alcanzando a pescar versos que no recuerdo. ¿Esto era la vida? Desaparecer un instante de mi sentido de ser uno y lo denso que aterriza sobre mí. En esa esencia, qué hacer, o decir, sino aguantar. Sin ánimos de un suicidio en toda perspectiva infantil, ¿para qué matarse, si la vida igual tiene belleza? Pero amando esa posibilidad, como también amaba la idea de esta soledad, impuesta, jodida, y fértil. En medio de todo mi optimismo pesimista pensaba en eso: el futuro. Y así, adiós Mara, hace calor, el sol bulle como una sonrisa de niños, rápida e infinita, en las casas de mi barrio. Sobre los techos de calamina y eternit, corren los gatitos, espantan palomas; en las casas, los vecinos decoran o limpian sus uñas para el fin del año -o intentan hacer que sus teles con antenas de conejo sintonicen la novela turca traducida al español-, y yo sin poder aceptar sus vidas, renegando, monologando, estúpidamente triste, como ya dije, y repito: perdiendo a mi mujer para siempre.

\*\*\*

Cuando uno ve como las señoras llegan a encontrarse en las calles y conversan, aunque muy rápido por miedo a que las vean con sus ropas no muy bonitas (ni caras ni fichas) y con el cuerpo no muy bonito (ni perfecto ni armonioso), y así, claro, darse aire o luz al conversar, dan ganas de tirarse desde un abismo.

Siempre la misma claridad: cada día, año, mes. La misma hipocresía. El mismo trato. Mi barrio y se abren las bodegas, pasa el tren, pasan los niños y niñas a la escuela, algunas vecinas se detienen fuera de las bodegas a intercambiar miradas, a charlar del almuerzo. Y yo enloquecía. El intercambio de saludos es una vía de conocimiento, tan vieja como la sed, y adiós Mara y yo sin poder si quiera abrir una hoja decorosa de word y escribir algo de amor y locura, sensato como un buen pan con palta y sal.

Te encontraré en otra muchacha hermosa e impetuosa, -o tal vez, en muchas hermosas muchachas- en otro cuerpo idóneo donde surja la megalomanía del amor, que abra sus dulces jugos como una fruta. Que mi sed sigue siendo de tus ojos loquísimos, brillantes, de tu tacto musical, de tu vigorosa manera de amarme.

En otra ventana de ideas pegadas como imanes a nuestra impoluta piel, de manos como arañas viajando por el amniótico cuerpo animal.

Caminaré hasta encontrar otro cuerpo exacto cómo el tuyo. Y no podré olvidar cuando nos conocimos hablando de Daniel F, aquel flaco fumón y buena onda, fuera de la iglesia, mientras reíamos tímidamente, en las escaleritas. Entonces yo intentaba no enamorarme de tus ojos de ardilla punk y triste; y jactarme de saber palabras como “vetusto” “álgido” “gélido” que mis otros amigos no conocían y para mi eran como diamantes en mi lengua. Y siempre discutíamos de todo, dado que tenías tu propia manera de entender y hablar del mundo, evidentemente moviendo los brazos como danzantes, o palomas tristes o alegres dependiendo del tema. Y yo que tampoco podía quedarme callado. Y nuestras familias tan revueltas como jodidas cuyo tema de conversación daría para dos o tres o cuatro novelas más. Y me olvidaré de las veces que caminamos solitarios por los parques de Santa Anita -ebrios de intensidad- conversando sobre lo mediocre de nuestras vidas, y yo adoraba pasar mi nariz por tu nariz, besarte frente a los árboles, andar y amarte, amarte y yacer junto a ti arremolinado, andando por las playas olisqueando conciertos de rock, y esos fueron otros tres o cuatro años más, en el más puro sentido de las cosa y de las rosas, y en Cusco con poetas y tragos y tú queriendo comprar como sea mariguana, y yo loqueándome por eso. Caminando por Chincha, y de la

vez que vivimos juntos, en aquella vieja y mugrosa casa. Y todo esto me conducía inexorablemente a llorar. Pero me repetía: te hallaré en otra muchacha, la misma: tú. Igual de alta e infinita y altiva. Pero, sí no existe, esa muchacha, y si mi problema es que pienso en muchachas cuando debería estar pensando en árbol, casa, cuadro, cuaderno, estrella, universidad, éxito, paisaje, todo eso que de seguro sea en verdad el futuro, y no tu rostro impuesto sobre las ventanas donde aún refulgen las lucecitas estúpidas de año nuevo. Oh, Mara, estas contradicciones, y bajo todas tú y yo quemándolas, quemándolas, y viendo cómo se contraen, y no son nada, tú te vas y yo me quedo dentro de estos ojos-los-que-miro-el-mundo. Y mi corazón de sapito rayado. Sí, de mi casa a tu casa bulle el sol, como un paisaje intensamente dorado, bruñido por nuestros labios, del papel doblado entre las casas, manteles.

\*\*\*

Esta luz polvorienta, es para los dos una verdad que pasaremos, no habrá de nuevo esto repetido en nuestra belleza. Me olvidaré de todo. Todo. De ti, de tus ojos, de todo. Y de cuando enloquecíamos hablando de arte, poesía, la sociedad, el Perú como una sardina enlatada por los trámites sociales, burocráticamente idiotas; la perfecta lógica de la educación, y yo absolutamente vivo, para confesarte que mi pasión era hacer un libro de poemas que sacudiera, como un buen rock, a mis patas y sea música pura. Y sea pura música.

Esto de encontrarnos y caminar sin saber qué diablos hacer, por nosotros, contra nosotros, qué decir, en esas causas perdidas que como papeles que debajo de la cama usamos para evitar que las maderas hagan mierda los colchones. Como evitar eso, mi amor, si me dejas. Si de pronto te cierras en creer a tu modo lo que pasó y yo que como cojudo no sé qué hacer, a dónde ir esta noche.

Pero hay otras causas perdidas después del punto final del amor, y que van poco a poco, arremangándose, medio destiñéndose de nosotros, en nuestra propia debilidad. Nos perderemos. Me dices que pronto tendré deseos sexuales, que nuestro modo de tener sexo no fue positivo. Que probaste lo

cristiano, y ahora verás en esa puerta, sin sentir vergüenza por lo que te digan. Estás lánguida, ahora me confiesas que perdiste el orgullo y que vas a sacrificar el sentido de nuestro amor este fin de año.

No sé si me lo dices para hacerme sentir bien, pero trato, intento de disimular, el viejo arte del rencor y la tristeza. No encuentro manera de hablarte, de conducirte a eso que ya decreto nuestro interior, para volver a sujetarnos de él. En fin, termine con Mara y estoy decidido: seré poeta.

Ay, pero que aburrido son estos finales. Quiero meterme a una caja y hundirme en el agua. Quiero cerrar para siempre los ojos y que todo lo que soy y dije y ame desaparezca conmigo. Así hasta el fondo, al fondo, mientras se oscurece, ir dando vueltas, como macerándome, queriendo llorar. Después, prendo la tele o salgo a caminar. Estoy haciendo esto desde hace una semana. Levantarme a la hora que sea, dejar el yoga, y solo dedicarme a la vagancia absoluta.

Intento leer a poetas chilenos. Todos fabulosos, divinos, pero nada más que eso: palabras sobre la pantalla luminosa que menguan mi sentir. Y se me hacen largas las horas. Y toda pesa y no resisto. Las horas ya no obedecen a mi sed de conocimiento, sino a mi ser de la pereza. Los griegos hablan de un equilibrio y yo que no soy griego no puedo hacerles del todo caso. Pues no lo tengo ni paz ni equilibrio. No puedo concentrarme. O lo hago a modo de haiku: una luz excesivamente luminosa que inmediatamente se apaga.

Explota, empieza otra, explota, empieza otra, explota, empieza otra. Y ahí sigo yo tratando de explicarle a Mara que fui a ver a su hermana, horas después de navidad, para decirle que saliera a caminar conmigo, cosa que descubrió y razón por la que me dejó, rompiendo mis cosas: cortando el cable del internet, arrojando mis libros, desgarrando mis camisas y tirando la pantalla de mi computador, al otro día.



## 11)Estado Mental: Daniel Jhohnston suena y tengo 24 años.

*Yo que tenía tan buena cabeza...  
Yo que hubiese sido tan buen vendedor.  
"Qué necesidad tenías, hijo,  
de ir por ahí debiendo una vela  
a cada santo".*

Pedro Flores

<https://www.youtube.com/watch?v=3cZ64BXM5xA>

No sé más idiomas que este lenguaje con que verso mis sentires. Tengo demasiados sentires girando en carruseles por mi corazón. Somos entonces océanos moviéndonos. En realidad, el mar es la extensión más hermosa que existe. La orilla. No entiendo mucho. Me recuesto con el perro y amo tocarle la cabeza. Y no entiendo mucho. No quiero atender llamadas ni ir a reuniones familiares. Me asusta el hecho de ser padre, tengo tamborileando por mi cuerpo energía, me asusta estar solo, no la soledad. Detesto que la vida de otros nos posea, los sueños de otros, la ilusión de perseguir un sueño, como que soy un anti sueño. Un vaivén ahora mismo. Huidobro diría "tornasol de luz" o una metáfora tal vez más hermosa y yo tal vez le pintaría a la frase un pisito con la punta de mi lápiz. Mi grito de libertad no es tangible para mis coetáneos, hago mea culpa por mis genitales repletos de leche y mi sabor medio triste de cetáceo que se lava los dientes. Y me río. Voy escalando fronteras dentro de una búsqueda iniciada y no fechada en mi cabeza: hacer poesía. No quiero entender mucho. Me basta entender algunas cosas bonitas— simples como la física cuántica-, bonitas como estar frescos y almorzados.

Como ver la ventana y tirarse pedos, como estar con el sentido del vivir en el cabello y cuando los dedos se hacen un girasol muy bacán.

### 11.1) Abro una hoja de word y escribo nerviosamente:

*Daniel Jhohnston canta y no quiero hacer nada  
uh/ih/ah/oh muuundo!!!*

*Floreceré como un haiku sobre  
la risa del río loco  
de  
no sé cuántas sílabas  
se hará mi voz  
y la luz  
del mundo canta su vacío como  
flor  
entre mis elegantes dedos/  
es caos en tus labios/ lo que intento  
suavemente enjugar/ y belleza  
nada más  
simple que gritar aquí de forma  
jodida y espeluznante.  
Y volver  
a besarte para entender  
que vida  
no es sino tus carnosos labios  
Y la música que invento para que  
ames*

\* \*

*Floreceré como  
un haiku en la  
intensidad de la vida  
Oh río madre,  
opalescente padre sol  
ih/uh/ah/oh muuundo!!!.*

*La vida es para quien la trabaja,  
las esquinas  
y sus anticuchos  
refocilando su corazón  
entre bateas de plástico  
y la plenitud es un arrobamiento  
excesivamente nítido.*

*-palitos como versos perfectamente  
plasmados-  
-pollitos a la brasa como perfecta  
poesía dentro de mi oscilar-*

*La soledad y el Perú -  
mi país  
¿yo floreceré como  
ese sueño  
absolutamente inmenso que fundé  
entre detergente  
y agua blancozulinegra  
frente a todos? ¡adosadito a un océano  
cualquier  
de los millones  
/roído ya sin otro soul  
de océanos que existen en el  
universo!*

\* \* \*

### **11.1.1) Nadie luchando por nada que no sea el egoísmo.**

---

*Sopa de gallina: un ojo que  
te mira suavemente  
y tu ofreces otro mirar: entre los  
dos se funda aquello que Octavio  
Paz aprendió de la vanguardia  
doctrina como poder es mirar*

*la misma ruta girando hace siglos  
en la oscilación*

*este tosco viento  
sin norte que es mi lengua  
El ojo de la realidad se abre:  
platos calientes de sopa,  
llueve y doblas la esquina.  
Hay que aprender a serenarse  
entre las pampas  
y una mata de palomas  
para no caer en la  
locura - drogadicción*

\* \* \*

*La tentación de los libros de Galarza y la chela  
helada en los resquicios de la esquina*

*El abandono que es ya no sentir  
sueños Y tener vacía la mirada  
y todo es confuso  
y todo es agresivo*

*/todo poeta es v(m)ago  
todo poeta es v(m)ago  
todo poeta es v(m)ago  
y todo jode*

*(y dejaré este perfecto boceto de la  
destrucción dentro de miles de hojas de word  
acodadas para siempre al resplandor)*

*y todos estamos  
contra todos. Y mientras  
yo entiendo la autoconciencia desvaída  
de Willy Gómez, al costado  
un joven bello como rodaja de azúcar,  
se regocija con furia.*

Y dando vueltas, y enredándome en mi cuarto + el tiempo + la tristeza + la velocidad de la belleza + este calor en el cuerpo + dos o tres horizontes perfectamente nítidos + la sinceridad = pensaba, con mi ser y mi corazón (y el ser de mi corazón, y mi ser dentro de otro corazón: cuerpo, voces, la

mirada intensamente es otra (tú y yo, y volver al yo, es inexorablemente un espejo) y mis sesos enloquecidos rabiosos (bulla, arco, vulva, calles, escueta mirada: y hay que hacer algo a lo Vargas Llosa, a lo Bryce mejor, pero con un toquecito de tu mirar, canto contra un flaco hormiguero ) como un serrucho, inmensos y furibundos como navajas cortando mi razón -miles de peces, aves: orgasmo como flores, lluvia y eternas ganas de gritar, y de beberme una cerveza, y de estar solo con alguien de no ser absolutamente yo, ni estar en ningún puto lado; de salir huyendo, abandonarlo todo- y yo gritaba contra las paredes ¡nosotros no somos poetas, somos algo peor! ¡Somos muchachos que no queremos hacer nada por la vida! ¡Tenemos tiempo y nos desesperamos! Vemos que todo es un circo medio estúpido, y solo queremos hacer arte: delicioso himno mental rabiosamente perlado sobre la yema de nuestro espíritu. Paciencia. Siempre, eternas paciencias Matías Bote. Dedicamos el minúsculo esfuerzo al trabajo y aborrecemos el mundo actual. Habría que leer El pez de Oro -prepararse un escabeche de pescado con jugosas rodajas de cebolla-, dos o cuatro tomitos para aprender inglés, así estudiar la poesía moderna; comprarse buenas medias, calentar el café, y obligarse al ejercicio diario, esfuerzo más trabajo, unir y unir palabras como quién suelda y suelda hierros, calles, casas, árboles. Pegar y pegar sonido, calle, color, viento: pero nada detiene tu dulzura, chibolo, y solo das vueltas y gritas como un enloquecido. Muchachos diseminados por Lima y el mundo, abriendo y cerrando documentos en computadoras – computadoras como el tiempo, viejo metal o arquitectura de algo tan herrumbroso como una metáfora sobre yo y la soledad y una navaja de rabia en tu lengua; creyendo que exploran la realidad suavemente pronunciando su mente, desvaída y amarga como un plato de aceitunas secas con rodajas moradas de cebollas. Arrastrando el click del mouse - inútil poder- para abrir otro documento donde insertar pedacitos de la realidad + el tiempo + el sortilegio de la realidad como medio kilo de mandarinas. Y, frente a todo, evidentemente serenarse llegar a ese regocijo consigo mismo. Fotografías de la realidad como verosímiles heliotropos. Casas con calzoncillos híper lavados -amarillitos, blancos, rojos, verde-, casas con segundo y tercer piso, casas y sus muebles avejentados cuidados tiernamente por neuróticas ancianas. ¡Encerrados en sus mentes, cráneos, ahí formando ideas y medidas, -movimiento fluvial del ser en las redes neuronales!

Como flores enloquecidamente amarillas: se disuelve el ahora y la realidad son mis ojos deambulando por la estúpida y sucia tierra de mi desolación. Inútil, desoladas con perros enjutos como mis palabras: esmirriados cantos a la oscuridad, a ese loco que fuma hierba en la esquina y parece Lautréamont. Y el mundo que se agita y yo con mi disfraz de loco, enflaquecido, cantando y dando vueltas, llorando la ternura del amor perdido como un fardo luminosamente triste oculto al fondo, en el magma jurásico de la Tierra. Flacos, solos, flacas lanzando mariguana en manzanas – mirando las nubes: olisqueando la inútil ortografía de su tristeza; lindas chicas de ojitos pintados como triste hojarasca desperdigada en el suelo; medias de colores compradas en Gamarra a 3 x 2, cuerpo exacto, perfectos labios negros, cabellos cortos, mente para la ciencia, oreja para la poesía. Sin otra posibilidad que e salvarse que esperar que alguien le responda un mensaje (y ese mensaje sea la diáfana luminosidad de una flor, en la limpieza de su mente), revueltos en la cama, ansiosos, desesperados. Gritando en su propia oscuridad. Como yo un imbécil más encerrado en la locura de la realidad: casas de dos pisos, la insondable velocidad del tiempo, el vacío como una cifra exacta a mi sed. Y mi no ser es mi ser que sabe que su no ser es igual a su ser: y nada es confuso. Nada más que mandar otro e mail y conseguir drogas, buscar un trabajo

digamos presuntuoso, adquirir un nuevo teléfono celular, un amigo,  
y todo es confuso y todo es agresivo  
y todo jode

y todos estamos contra todos  
te miran mal - te golpean -escupen tus sueños  
intentado compulsivamente un poema – tratado  
de ser: la mente: miles de yoes & el delirio como  
yo mirando que todos miran en su mirar diámetros  
/orillas y la playa donde con carpa vamos y venimos  
buscando también respuestas, sudorosos, - lo que cualquier  
observador entre comillas lúcido. Vislumbra: la soledad,  
ciertos cuerpos / y sobre ellos el jade de una ciencia, partida en  
milpuntos psicológicos, que también colindan con este  
fenecer: estudios sobre Jorge Pimentel de Víctor  
Vich – la selección anual de los mejores poemas de El Comercio  
cervezas en bolsas amarillas heladas para disfrutar

de una noche alquímica & delirante/ que yo deseo desenvolver  
sobre tus adorables piernas de abedul intensamente linda:  
Verónica ahí bebiendo / Alex comprando coca/ Julio conversando de Chejov/  
“ mi vida se resume en la vida del joven del Jardín de los cerezos” O mira, te  
puedo citar el cuento “Tristeza” sobre aquel anciano idiota que no tenía a  
quién confesarle la muerte de su madre – como un viejo tratado para  
desarmar- su soledad/ y María sola sin sus viejos mirando vídeos en *youtube*  
sobre la tristeza, o sobre cómo otras niñas compran juguetes de las que ella  
carece: juguetes que son simples plásticos aunque para ella gemas que gimen  
girasoles/ o Diego Marcos Miguel / o Fátima embarazada/ para que los  
quieran, o los respeten

/ o Carmen Omar Rafaele Mejía/ o Natalia Verónica Manuel Morales / y la  
poesía se derrama/ el internet/ las teclas y todo es caos y desconcierto/  
horas y horas frente a pantallas intentando conseguir algo, saber algo,  
¿alguien nos quiere? ¿le interesamos a alguien? Y ahí todos demostrando  
sus talentos, algo que los diferencie del resto. Niños tocando la guitarra,

cantando, fotos de sus ridículas cenas junto a sus  
padres, de sus ridículos platos de comida, fiestas infantiles, risas,  
tonterías, estupideces, millones de selfis para retener  
exhaustos/ aquel

recuerdo estúpido como la de un niño junto a su padre y los  
dos sobre un título tan engorroso como “*aquí estamos viejos, algún día  
seremos felices*”

**11.2. Miro la hoja de word, miro la ventana y escucho mi respiración y mis latidos y sigo:**

*y todo es confuso*

*y todo es agresivo*

*y todo jode*

*y todos estamos contra*

*todos*



Muchachos buscando a muchachas -Tinder, Facebook, y sexo/sexo/sexo/estados de contemplación para no desafortunadamente morir de tedio/demás mierdas-, salvajes locos, dementes, semen, calles, boletitos, palabras de amor, novelas adolescentes, pegados en manada durante horas a teclados de plástico rectangulares; ardiendo en sus sienes, jodidos, ajustando sus zapatillas, poniéndose sostenes, guardando condones, huyendo al centro: bailar, meterse coca, jugar a ser adultos, tener tema de conversación, contar las monedas para ver si alcanza para el hotel; saliendo a la oscuridad de la noche (miles de lucecitas como miles de lepidópteros cantando bulliciosamente la música de la ciudad) mascando chicles, comprando cervezas en las esquinas, saliendo de sus casas de noche y chillando, buscando a sus patas, tomando ron en las esquinas e intentando un rocksito con sus guitarras, colocando manifiestos anillados en el suelo contra el sistema establecido que será leído por un joven perturbado (como )yo por el mundo, y subrayará y usará como lanza de punta, en sus desasosegadas conversaciones

y todo es confuso

y todo es agresivo

y todo jode (y te pierdo Mara)

y todos estamos contra

todos (y te pierdo Mara)

más demencia, intentos contra la dejadez, el abandono de la época, y la revolución como una viejita cagándose en sus propios pañales, y la tristeza como un solo pan compartido, con mantequilla y mermelada para bajar el dolor de estómago después de fumar harta hierba: sativa/ índica, etcétera. Insomnes, delirantes, -en la lluvia de la época-jugando a ser únicos por las redes sociales; disociados del otro, y el mundo como millones de libros de Artaud, Foucault, Lipovetsky, Lautremoc, Verástegui, Kavafis, M. Proust, E. Carrión, C. Moro, antología de la poesía 1978-2007 de P. Guillén, reedición de J. Pimentel (Ave Soul, pes papa, alucina), Bolaño y sus detectives y su ensayos entre paréntesis, ¿captas?, poemas intensos como intensa es nuestra forma de caminar, dentro de lo vacío de lo concreto, mientras los tombos (y Gogol, Arteaga, Hamsun, Lowry, Pound, Lezama, Málaga, estudios sobre Rilke de Adán Zagalesky, Tulio Mora, Sologuren,

Patrick Modiano, Dimas Arrieta, Herbet Marcuse, W. Cucurto, Claudio Bertoni, R. Darío, A. González Cosío, estudio de Luis Vargas Durand sobre Martín Adán, revista En la sala de espera N ° 1 Diciembre 2008, Alfonso Romano de Sant Ana, Oscar Cerruto, etcétera) golpean a los que protestan por la corrupción a nivel sociedad Y jóvenes hermosos y egoístas, y patas de tajo: Chumbile, O. Livano, M. Urbizagástegui, y mi bro me señala justo pasándome el wiro con papelito de celulosa: “al final, la poesía sale de la cabeza de uno, de su cráneo y los rayos alfa, beta, gamma, que según explican los que saben ayudan a sintetizarnos dentro de estados mentales – vigilia-sueño -imaginación ¿manyas?/ y alborotadita se posa sobre la hoja blanca / pan/pen/pin” y otro chinazo me dice “ ***ja ja ja, no será que yacemos enchuchados con nosotros mismos, incapaces de oír al mundo, a las cosas***” excesivamente interiorizando, banales y hermosos, ebrios y enamorados. Y vacíos dentro de tu vacío, “y DFW ese man los cagó a todos” y síntesis: hartazgo: miedo/ LSD disolviendo tu puto ego/ y demasiada cultura: miles de millones de archivos en la red/ miles de millones de poemas / miles de millones de links / soledad y hartazgo: sentido común/ sin otra salida que seguir el viaducto de ser adultos, más padres y familia, títulos y propiedades y todo es agresivo

y todo jode (y te pierdo Mara)

y todos estamos contra

todos (y te pierdo Mara)

Y cerré el archivo. Le puse de rótulo “poema delirante.” Y me puse a monologar. La información intelectual que aprueba o inválida toda clase de afirmación social, de distinta persona, de diverso campo, en una sola vitrina: el internet. Y todos enloquecidos con mariguana, cocaína, cerveza, locura, desamor, sueños rotos, la cabeza culeada e incendiada de mi época, y yo solitario sufriendo por ti, Mara, y la vida y sus hallazgos absolutamente claros. Muchachos y muchachas diseminadas por todo el país, conectados a internet, intentando salvarse, escribiendo sobre la garúa y su tristeza, hablando del amor como un lepidóptero salvaje, huyendo de la depresión,

la carne y el caos, y todos tragados jodidos, atravesando la noche más larga con cervezas en lata, o golpeados en una calle de Chile, o comprando coca en la tía de la esquina, o jugando a ser libres mientras lanzan wiros. Niñas tomándole fotos a sus tetas o culos y niños mirando esas tetas o culos en sus ridículas habitaciones un lunes de cualquier año, pensando dónde beber de noche, con quién juntarse para obviar la certeza: la soledad como una flor miserable en la orilla de todos los actos. Y yo habitaba todo ese caos, yo era, casi siempre casi todo ese caos, eterna rabiosamente yo. Y la poesía como un documento guardado en una carpeta con tu piel, tu sudor, tus huevadas. Como una de las formas de aguantar todo el río de la época - ¡siglos sobre siglos, pieles y huesos!-, como un pequeño e inútil paraguas, ¿verdad, mamá? Y yo que lo comprendía todo y comprendía que también me dejabas. Abrimos los documentos rastreando si detrás del poema alguien todavía respira, ¿dónde yacen ahora tus ojos? En muchos solo hay vahídos – vómitos de emociones tan revueltas como sus propias mentes sacudidas por todo: casa, internet, amigos, lentejas los lunes, cuerpos convulsos, tristeza, 2 cervezas, 2 amores rotos, 2 intentos de suicidio-, cenizas y muecas todavía de niños que no aceptan el mundo y ya no tienen a dónde ir-, cadáveres raquíticos y mucha mierda.

\* \* \*

## **12) Estado mental: Todo poema es un accidente, lúcidamente bello, eternamente tormentoso, como tu furibunda sonrisa.**

Y esas señales son las que nos hacen ver otra clase de personas, en los poemas, que son básicamente lindos porque son personalidades. ¿Cada persona es un poema en potencia? Tonterías, no tenía con quién hablar de asuntos concretos, me fijaba en los rostros de los que caminaban conmigo en la av. César Vallejo. Distráidos, pensando en sus propias vidas. Casas, rejas, perritos, tías que venden condones en las farmacias, venezolanos ofreciendo pancitos dulces, jóvenes espigados y blancones trabajando en las pollerías, autos y tristeza, autos y casas, y rejas y todo es ventana y bodega y calle y tristeza y yo ahí andando y pensando en ti Mara Y sé que me dirías que tal vez todo dependa del ángulo desde el que se mire, ¿depende del ángulo con que se mire? Pero somos algo peor. Yo era algo peor. Adulto ya, sin hijos, sin títulos universitario, confesándome a cada instante, buscando eternamente amor, cuidados, atención, buscándote a ti en las calles. Y pensaba que somos muchachos que veníamos de familias que tuvieron éxito a inicios de los 80 -a pesar de terrorismo, el país destrozado, ausencia de todo sentido de futuro-, pudieron hacer sus dos pisos, y ponerle mayólicas de colores al suelo. Dejaron unos alambres como cuernos mirando al cielo, que eran la promesa de que más columnas se ubicarían arriba. Y eso era el futuro.

Algunas madres o abuelas llenaron sus casas de adornos, que después los niños caóticos rompieron. Toda esa vida que ellos crearon se destruyó, como todas vivieron situados en su tiempo y después los hijos destruyeron ese reino. De las migajas de esa camada, salgo yo. Una persona que no tiene intereses mundanos (salvo el sexo, la marihuana, el tabaco, el alcohol, el ron, etc) y de una soledad y aislamiento social inmenso. O esta es una imagen que quiero darme ahora de drogado o es una verdad inagotable de belleza. Detén eso: ¿Y te masturbas mirando por la ventana? ¿Por qué te desdoblas de ese modo, para dañar a una persona, o creer que dañas a una persona, es apropiado jugar eso con Mara, a decirle cosas y después venir a mirar por la ventana y masturbarme viendo a su hermana, qué de unidad hay en eso, qué de forma interpretable?

Lirondo y mondo. Machado presente. Y lo sabía: todos estamos perdidos y no hay salida. Pensaba para mí, ¿a quién le podrían interesar mis sentimientos?

### 13) Estado Mental: reflexivo.

Mejor tenerme a mí tal como soy que a algún poeta de esos con brillantina y el rizo matador bien pegado sobre la visual izquierda.

JAMES JOYCE

*Nobody loves you when you're down and out  
Nobody knows you when you're on cloud nine*

LENNON

colmadas de luz agonizante  
pero áurea,(...)

EZRA POUND

porque el niño aún  
( que fui que a veces soy )  
despierta y ve

Javier Sologuren

Mantén la respiración, relájate. No te angusties. Todo siempre vuelve a un estado de normalidad y esa es la onda. (Y va Matías Bote, nuevamente hablando de sí mismo) Bien, entonces, ¿cuál es el lugar dónde debo estar? ¿aquí leyendo en mi computadora, hoy primero del año? o ¿en la calle caminando, hueviando, buscando trabajo? Ayer no supe que responder sobre mis “proyectos” para este año. ¿Escribir poemas es un proyecto para el año? ¿yo estaba loco o la sociedad, etcétera? ¿Acaso mi primo había leído Trilce y sus ensayos y otros textos relacionados al uso de la lengua? ¿Acaso mi primo y mi familia y la gente comprendía que mi búsqueda poética era lo más urgente de mi vida? Y que no era pose, ni juego, sino un destino. Lo entendía claramente, y jodía. Y no sé a dónde ir ni qué mierda hacer. Será que ando desenfocado de la cualidad de crearme, pero ya no

debo estar en tantos desequilibrios. Veo la ventana: la tía que vende salchipapas conversa con el mototaxista, cruzando la calle, en una casa con cortinas azules, arremangadas con un ganchito de plástico, bailan al son de la salsa unos vecinos. Parece que es cumpleaños de alguien. Termina de hervir el agua. Saco un **té herbie, siento el olor áspero del té y lo coloco en el agua humeante.** Prendo un manojo de eucaliptos que hallé el otro día lateando por la carretera.

La tarde por otra parte es monótona y gris -como mi depresión: una pista, las nubes, un perro flaco buscando amor. Casi ridícula como un amor que ya no deseamos más. Y que aburre, o angustia, o jode. Algunos señores siguen tomando en la esquina, con sus latas verdes -chela helada, ubérrima, casi vallejana- entre las manos. Ríen, disfrutan, gozan de su paso por la Tierra. Entra el viento, hace mover la sábana que usamos de cortina. Yo solo miro, desde acá, como un loco o un demente o un poeta demasiado adolescente. Dónde debo estar, aquí leyendo y reflexionando, en esta soledad arraigado hasta los tuétanos entre los versos, o en la calle, viviendo con otros, alimentándome de cada escena azarosa, o tal vez en una conferencia sobre las Panteras Negras alzando la mano y preguntando de qué se trató su revolución cultural.

No sé, no quiero salir.

Nos vemos sometidos a los demás. Los demás nos regulan, nos modifican, nos reflejan. No soporto la mirada y opinión de otro. Cuando uno mira a otra persona en mi país aquella persona mirada se siente rara, algunas responden con orgullo y desnudez, y otros simplemente se avergüenzan, quedan raros. A nadie le gusta salir adelante: salir delante de los salones, de las filas, de las preguntas, de los demás. Te pueden herir: burlarse de ti. El valor de pararse frente a los demás y decir el puto poema que escribiste durante varios días.

El pararse al frente es asunto que realizan los más locos: presidentes, gente que trabaja en la tele hablándole a un pedazo de máquina luminosa, ganando hartos dólares. El dinero es el mensaje. El espíritu de movimiento de los peines por la mañana, y el abrir de pan francés por el centro para inocularle una jamonada, mantequilla, queso, palta, mermelada. Cada día, todos los días, hasta el fin de los tiempos: abrir un pan y echarle mantequilla, mermelada de piña y cerrar el pan.

Y sabiendo que hay novelas de ciencia ficción, economía, y varias miradas sobre la realidad que suceden simultáneamente mientras bebes este tecito caliente, que te hace sudar la médula y piensa en Mara. Breve y angustiante desayuno en casa, -abajo, donde, como versa Westphalen, esta es la casa de las mujeres que se están muriendo. Que cague de risa y que tristeza. Con mi abuela, Milagros y mi tía. Conversan ellas y yo escucho. En la mesa tomamos sopa de tallarines, pollos, trozos de papa, zanahoria y huevo. El humo.

Cortó un limón -muy verde claro, casi glauco- y lo exprimió en el agua caliente. Humea. Conversan sobre la fiesta de Año Nuevo. Estuvieron en la casa del marido de mi prima, Gaby. Conversan sobre lo que ellos tienen: dos pavos, dulces, regalos, vino. ¿Y yo, qué tengo? Delirios de grandeza, poemas mal escritos, mucha sed y hambre de conocimientos, locuras de cualquier idiota del montón. Incluso tienen lentejitas, menestras, garbanzos. *¡Esos son muy duros, no me gustan!* Le dice mi abuela. Pero, mamá, tienen bastantes menestras, ya cuando encuentre a Gaby sola me la voy a traer. Sí, sí.

Acabamos la sopa y mi abuela decidió abrir delicadamente una conserva de durazno con almíbar. El alma de mi abuela es su casa. Su casa es su sentido del mundo, su ubicación. A mí siempre los platos y los muebles me parecieron platos y muebles, pero para mi abuela eran como parte de su corazón: había que limpiarlos, cuidarlos. Decía “cuando tú me compres uno, ahí si te voy a dejar usarlos” Cuando alguien viene no deja de disculparse si su casa está sucia y vieja. Tiene costumbres tan raras como comerse los ajos crudos los martes, y caminar sin zapatos por el jardín de la casa, hablando sola y gritando al viento. Ayer echó arroz crudo y lentejas al suelo para bendecir el año. Prendió velas a su ángel –que es el San Miguel- y cuatro inciensos. Yo bebía ron mezclado con Pepsi. Enmanuel paseaba a su hija en un cochecito rosado a su bebe vestida con un conjunto rosado. La casa es su mundo. Ahí extiende todas sus horas. Y yo me emborrachaba y sufría como un cerdo.

Mi madre, que también convive con ella, no puede entender esto. O no sé de qué forma se ubica socialmente. Mi abuela tiene claro la vida social, con los vecinos es sigilosa, y con nosotros rigurosa. Caminan muchos vecinos en las calles del barrio. Como es un lugar cerrado frecuentemente se saludan y



conviven las miradas. Las niñas que juegan en las veredas. El muchacho que trabaja manejando moto.

Delgado, de gestos breves, que ayer saludó a su amigo que vino de provincia por año nuevo. Ayer una manada de muchachas que viven a la espalda de mi casa caminaba como un racimo de frutas frescas -en la esquina bebían los chicos que manejan moto- agitando el vaso y lanzando al suelo la espuma; detrás el humo, la noche, la música de las casas. Yo, claro, pensaba en poemas y en Mara. ¿Cómo podía ubicarme en esta zona? Ni voluntad de trabajar tenía, ni deseos, ni ganas.

Mi abuela ordenando sus muebles, cojines y su sala. La casa la dividió según el plano que preparó un primo arquitecto, después de tomarse una chela helada con mi abuela y divagar sobre los destinos de la familia. Taxistas, doctores, abogados, pero, sobre todo, profesores. Papel que luego mi abuelo desplegab, según cuenta mi vieja, los fines de semana -como un vetusto pergamino- entre las alfombras del piso: tendría sala, comedor, baño, patio. Este cuarto para ti, este para ti, y este para mí, y acá el patio, la sala.

Hicieron, por fuera, unos muros y dejaron un espacio de patio breve en forma de L. La idea era que la casa se ubicara en una esquina, porque así era más grande y así fue. Después está la sala, el corazón de mi abuela, lustrada, con un aire desnudo, dorado por la generosa luz de las ventanas. Ese espacio de la sala, sin barreras, es amplio y amarillento, por la pared y la baldosa con flores geométricamente romboidales.

A las 3 y 30 salí de casa, después de sentir el chorro de la crema dental en la boca. No sé hace cuánto he perdido mi cepillo. Pero solo mastiqué la crema dental y pasé mi dedo por los dientes. Por otro lado, vivir en un espacio de mudanza, con las vajillas, los platos, encima del lavadero, los muebles y los libros desordenados, se traduce en perder y perder tus cosas.

Bajé por la escalera de caracol, no sin antes mirar a los dos lados para ver si alguien me observaba y de qué modo eso podría afectarme.

Al otro lado, la niebla y el frío.

Al respirar, una manta rayas de baba paso por mi pulmón. En la oscuridad húmeda refulgían los postes anaranjados, como fuegos lentos. Caminé pasando por la casa de Mara, yendo a la esquina donde nos citamos.

Me saludó un muchacho, Bryan, que bebía afuera de su casa con su esposa. En la esquina, junto a dos muchachitos conversando, me senté. Miré a la izquierda, debajo de un carro guinda un gato negro-ojos amarillos pasaba, - me dio risa el pañuelo rojo que tenía colgando- Las sombras de los árboles eran chanchas en esa noche naranja y gélida. Olía a eucalipto mojado. Detrás, más al fondo, unos niños reventaban cohetes entre una pila de ladrillos. A la izquierda, al fondo, casi por la pista donde ponen la red y juegan los domingos, estaban bailando afuera de una casa. Un auto, con las puertas abiertas, daba generosa música.

Pasaban autos.

Pasó un muchacho montado en una micro tabla de patineta, con lucecitas titilando en sus bordes. Era yo mismo, aunque más sofisticado, a los 13 años. Con la misma libertad de miradas me subía a una patineta –está no era del tamaño de una pulga- y empezaba así las tardes del verano. Veranos largos, inmensos, tórridos. Una vez, jugando a mojar a la gente, juego en realidad cruel y contra las reglas, mojé a una chica que me amenazó con tirarme la piedra que tenía en la mano. Es como si le dijera calla mierda cuando le tiré el globo. Al rato, en el suelo, me chorreaba la sangre de la frente.

Estoy sentando, Mara no llega.

Miro la casa de la esquina del frente, con sus 4 pisos, el último con las columnas que sostienen el techo de hierro negro. Casa sin pintura, sin tarrajear, y con los ladrillos desnudos. Ahí vivía Víctor, hace años, cuando nos conocimos en la calle. En el camino de ir a comprar a la tienda me encontré con él. Jugamos después chipitas, unos círculos de plástico que lanzábamos para darle la vuelta. Y jugando, y primero ganando y después perdiendo, nos hicimos amigos. Ahora, a veces, en la esquina de otra calle, la calle Principal, se ubica por las mañanas esperando que los muchachos de la moto vengan a darle su paquete de mariguana. Anda flaco, en bluyín ajustado y con polos azul desteñido; con arete, creo.

Al fondo, casi en la calle que por un lado lleva a la casa de Belén y al otro conduce a la tienda Katy veo llegar una muchacha. De lejos se le ve el cuerpo redondeando, el vestido es dorado, ajustado, casi mostrando sigilosamente las piernas. Piernas que se intuyen sólidas y frescas. Llega a pasar a mi lado y solo miro de frente, por la intuición del perfil la intuyo. Camina con los brazos cruzados, en el cielo de sus tacos.

Pasa otro auto, doblando por la esquina.

Salpica lluvia en gotas de mentira. Los árboles del centro del parque evitan la luz anaranjada y se construyen como un pedazo de ramas oscuras. En la esquina donde estoy sentando, conversan como dije, al otro extremo, una pareja. Son pequeños, están vestidos con ropa nueva, la ley es que todos tengan ropa limpia para estas fechas. Ropa nueva. No puedo entender lo que dicen. Veo que miran un celular. La luz les prende de azul el rostro. Se despiden. Ella se va en dirección a la avenida Principal; él por la espalda.

#### **14) Estado mental: Hoy llegó en la noche.**

Yo escuchaba a Pedro Modo, aburrido, y terminaba de armarme un wiro. Por la tarde, estaba paseándome por el cuarto después de meditar cuando salí a verla. Ni idea de dónde estaba. Recorrí el barrio, nada en la mente, todo claro. Unas vecinas de la otra cera, estaban sentadas mirando la pista. Se las veía tan despreocupadas. Ah, sí, ya recordé dónde estaba Belén, en la playa. Estaba como negrita. Quemada. Una canela oscura. Se sentó al otro lado, en una silla blanca de plástico, sacó su celular y puso un tema de **Archie Simple**; estiró las piernas, las cruzó. Sus ojos lindos. Hablamos largo, tomando café. Estaba enojada porque yo no le había contado a mi abuela lo que había pasado. De eso discutíamos, y a veces miraba a los perros, el negrito me lamia la boca, o se tumbaba sobre mí. Ella me dijo que subió a una lancha; fueron con Paul y Frank, y el hermano menor de Paul. Pensé si su bikini era de dos piezas o de una.

No se me apartaba de la mente. Su esbelta figura en la playa, quemándose bajo el sol.

-Tienes que hablar con tu abuela, Matías. Es por respeto. Después cuando me vayas a buscar van a pensar mal, que yo te dejo y tú me buscas, ¿entiendes? -Claro.

No terminaba de estar frente a ese problema. A veces no terminaba de cerrar o entender a Belén ya ni por sentimientos; hoy por ejemplo me costó ver algo que me atrajera de ella. Le decía que viviéramos juntos, pero sin emoción, ¿qué argumentos alegar? Nada, estábamos terminando. Y en mi cabeza no dejaba de pensar en lo extraño, anodino y dulce que era todo. Me paraba y sentaba. Me sentía niño. Los perros inmensos lamiendo. El deseo de sentir más bien una frase como larva que promete horizontes. Hablaba de que debía conversar con sus padres. No me preocupaba por conocerla más, por seguir buscándome en ella; solo sentía el vacío de no tener su cuerpo al lado. ¿Cuál es mi tono de escribir? ¿Estoy sonando indignado, jodido, melódico, o estoy siendo llano, aburrido, inverosímil? Tengo que pensar en qué voy a decirle a los padres de mi novia sobre lo que hice la noche de navidad. No sé qué diantres les diré, la verdad, pensar así sobre cosas reales me agota. Me vacila más inventar, menear las ramas del lenguaje, filosofar de verso en verso con Sócrates, Juarroz y Mariátegui. En suma, que jodido era no saber ahora que hacer frente a esa plástica; pensaba en decirle a mi viejo que me acompañe.

Le dije a Belén que hablaría con sus padres y que se quedara en la casa, conmigo. Que piense eso, mejor, lo reflexione. Y ella me dijo que yo también piense lo otro. Pensaríamos en el resto de nuestro día eso, solo eso, de modo irrefrenable. Cada uno, decía Mara, guardará las ideas que quiera guardar ah, esto es así, es libertad. Mental, todo en ese plan mental que ya no entiendo del todo, entender absolutamente algo conduce a equívocos, como sentirte luminoso toda la vida por creer algunos versos de Hermes Trigemistro después de comerte un sapo que te dio cinco minutos de éxtasis, que cagada de mundo: la droga lo solucionaba todo. Y así como tú, mirabas a todos, y te mirabas en esta situación de no saber qué hablar, y con Mara, Juarroz, Mariátegui, era entendible el apuro por saber en qué se conciliaría, cómo erminaría este problema fundamental para nuestra relación. Estaba agotada, cansada de nosotros y del mundo, de tener que insistir en esto, de que la pantalla de mi computadora como mi dignidad estuviera rota, en la puta nada. Todo esto se daba en Seremsa, en esa ciudad

al borde de las pistas de Evitamiento, en el cielo cableado por mangueras que eran cuerdas musicales tocadas por pájaros por las mañanas y yo me decía a mí mismo ¿hasta cuándo el mundo me dará la belleza de las aves por la mañana? Así, anímicamente perdidos en el mirar todo, mirar dentro de uno, mirar mirando, por ejemplo: entendíamos lo cebolla de nuestros ojos, -la facultad del movimiento, digamos fluido que irremediablemente éramos- la tela ya descubriendo carne, tendones, candelabros. Ah, no guardo detalles. Me harté de mirar lentamente las cosas. Miro poco, me quedo retenido en mi cuadro mental. Feliz, sabiamente hablando. Sí, soy un tipo inocente, de 24 años, que cuenta su historia familiar, en vivo y en directo, y sin que usted salga de casa. Y recordaba esos bellísimos versos de Benjamín Prado, prefiero estar contigo y que me olviden a escribir una obra maestra en la que cuente que aún no te he encontrado o que ya te perdí”

En todo eso y en nada pensaba aquella noche. En silencio repaso la calle. Meto las manos a mis bolsillos, y no encuentro nada. Me acuerdo que de niño una vez le dije a otro niño “muerto de hambre”, era algo que mi abuela usaba para desdeñar a los demás. Y ahora, heme aquí, como un perro flaco. Esta hermoso todo afuera, - y no me cansaba de ver, por ejemplo, a los gallinazos jugando en las torres de luz, una vecina que tenía su puesto de naranjas, y apretaba con ira, mientras un señor de camisa y bigotes le conversaba. Con sus esferas, huevos fritos en el cielo de Seremsa, azulado como el deseo de cifrar la belleza de la palabra tibiamente cincelada. Es que nosotros mirábamos por la ventana antes de salir a comprar, para si es que nos veían ponernos más elegantes. Ese juego era graciosísimo. Como explicar entonces el hecho de que había ido a buscar a Dana, su hermana, porque quería caminar con ella por Seremsa y conversar, ¿de qué? Pues de cualquier tema, simplemente hablar, y hacer hora, que por ello quisiera algo más, raro y curioso, extraño, pero no para lo que soy. Un continente inabarcable de ilusiones perdidas y ganas moviéndose con mucha hermosa armonía. Gozar de los placeres necesarios para cuidar la salud era menester oficio de los iluminados por la vida. Y una muchacha fresca como Dana me haría gozar de bella tensión. Suena extraño y le da un brinco a mi corazón. Era como raro estar de ese lado, en ese punto del camino. Y todo por beber demasiado. Todo por desbarrancarme simplemente a las emociones del instante. Tener que

conversar con ellos, sus viejos, para que después de eso Belén y yo tomáramos una determinación para nuestra relación. Por otra parte, mi abuela muy muy tierna.

## 15) Estado Mental: cortocircuitos por dentro.

*Nada soy, nada puedo, nada sigo.*

Pessoa

Pienso que lograrlo es otra cosa.

Encontrar en medio de este caos que es la vida, un camino con seguridad interna -emocional, ontológica, social, espiritual- puede ser una especie de suerte. Yo andaba desbocado y loco. La suerte nos coge mientras la buscamos, no de otra manera. Pasé la mayor parte de la mañana en el parque llamado Verde, unas extensiones de césped mal cortado con algunos árboles -inmensos, adolescentes, melencidos-, y dientes de león salpicadas por todos lados, desde donde se puede ver la carretera Evitamiento. En esencia quiero ser escritor, no ir pensando como escritor, sino escribir, ¿qué cosas? Lo que vea, la realidad que me rodea es la mejor materia para plasmar lo que siento, -este árbol chueco, por ejemplo, o ese loco dormido entre los cartones - donde me hallo, esta ubicación mental que es el dibujo en la caverna. Vivo en una ciudad que no pasará a la historia, en un barrio pequeño, un país chistoso y un continente saqueado. Diariamente, cuando todos miran la tele, o conversan de lo cómo están vestidas las personas de la fiesta a la que fueron, empieza el recuento de mis horas. Como no trabajo, tengo que enderezar el tiempo del día. Es complicado, ya que me desbando por el relajajo. Me tumbo en el césped a mirar los árboles, converso en sobremesas infinitas, camino o más bien deambulo aquí, en el segundo piso de una casa en una esquina.

Pienso que lograrlo es otra cosa. Es meter un cúmulo parecido de contradicciones, ideas, intuiciones, conceptos, imaginación y sangre a un mismo esfuerzo, sea en papel o sea en computadora. Pero tenemos esta conciencia del tiempo, este calor afuera, hace demasiado calor hoy a inicios del año, que uno solo quiere todo lo relajado, lo fácil, lo que se traduzca con el sol. Y en esos inventarios, vivo.

Dónde vivo es un barrio pequeño y cerrado. Con perros en los segundos pisos construyéndose y bodegas donde aseguran que hoy no fían, pero mañana sí. Pienso que lograrlo es otra cosa y que tengo tiempo. O tengo

tiempo o me resigno a no hacer ni mierda con este arte y me dedico a vivir y se acabó. Es complicado, puedo pensar esto acá, pero en soledad, recuerdo, o siento deseos de ordenarme, en esos momentos en qué solo doy vueltas, con calor, inquieto, dentro de las paredes hinchadas de mi cuarto pienso que lo mejor es poner un orden a lo que voy sintiendo, no para dirigirlo o conocerlo, sino para fotografiarlo.

Es imposible saber la velocidad del movimiento y su ubicación al mismo tiempo. La cárcel de la palabra puede traducir algo de mis pensamientos. Algo se rechaza, algo de, por ejemplo, esta furia del viento entre las ventanas de plástico, o encima de las calaminas rojas, no se puede meter, aunque sus ruidos pelmazos sangren por las puntas de mis dedos.

Qué difícil es seguir remontándose a tus sueños, cuando las olas ya cayeron y todos se secan el cuerpo para iniciar el viaje de retorno. Entre soñar y vivir hay algo más – dice Machado- despertar. Supongo que despertar es un poco este recuento que hago de mí mismo, para que tú hagas el tuyo, este recuento en el giro de las voces, en el cableado de lo que somos, hay uno que detrás, dirige, entorna y máquina.

Aunque ya hemos vivido dos años juntos no sé si quiera o deba seguir con Belén. Ella es muy especial, lo sé. Y tiene conflictos eternos, internos, que expulsa lentito cuando llora. Estamos solos en el segundo piso, el lugar es amplio, y es difícil ordenarnos como queremos. Ella no quiere hacer lo que una mujer de mi barrio y mi cultura debe hacer: cocinarme, limpiarme el cuarto, ordenar la casa y mi vida. La segunda madre. Yo no quiero hacer lo que un padre de mi barrio y mi cultura tiene que hacer: trabajar, dar dinero, preocuparse por la seguridad, pensar en un futuro mientras mueve la espuma en el vaso de cerveza, aprender a manejar auto, comprar auto, pensar en grande. Pienso en grande, pienso que debemos seguir insistiendo en nuestras revelaciones, en mantener el fuego enrejado por ahí para que resplandezca después. Pero nada de mis sueños son válidos, ni comprensibles, y por una vieja rutina de melancólico, me he vuelto una ostra, un callado, un receloso animal que se manifiesta por gruñidos. Los dos estamos juntos, pero no vamos a ningún lado. ¿Quién va a un lado de las parejas que nos rodean? De los millones de seres humanos, ¿cuántos ya han decidido por una vida lejos de los apuros y urgencias de la pareja?



Paciencia y soledad. Vengo de una semana de fumar mariguana. Se la compré a Mayra. Caminábamos por el centro aquel domingo, sí, justo hace una semana. Desde que me aislé de mis amigos y divisiones, estuve lejos de la mariguana. Hoy hablaré con los padres de Belén. Tranquilo, tajante, conciso. Una semana fumando mariguana me deja confundido y con ganas de más. Seguir el viaje de la hierba es tomar la decisión vital de ser un drogadicto. Una vez que te asumes lo demás llega por añadidura. Pienso en dilatar mis ideas. La idea de un poema vida se me hace cercana. Uno que amase todas estas contradicciones. Que asegure un viaje al que lo lea. Un libro casa. No bajar la guardia de ese deseo. Escribir como modo de salvarse.

**15.1) Breve paréntesis: entiende esto, si no escribes, no te vas a salvar**

*En palabras de Jorge Pimentel:*

Escribe. Es tú única actualidad.  
El derecho a la única vigencia,  
Escribir siempre y jamás dejar de escribir  
Escribir el poder eterno  
Es el poder por siempre jamás  
Es la actualidad de poder  
Es la vigencia del poder

## **15.2) El deseo de un ideal, o el sueño, puede ser tan relativo si te sumerges en la mediocridad de todos los días.**

Pan con huevos fritos, llaves perdidas, los falsos ideales de la protesta, la prosa mancillada de las nubes, y la soledad anaranjada de las losas. Esta lógica descafeinada, con mucho, mucho, café encima. Pero esa mediocridad, no es dañina, es preciosa. Pero hacer algo como poemas en Word con un sentido universal es trascender tu condición de vecino y declararte en pie y lucha mundial. Y yo entendía y entiendo la magnitud del verbo sobre la intensidad del escribir, ese nervio, ese momento dónde soledad y universo se confunden, y todo se disuelve, lo conocía perfectamente. Más allá de la ortografía y las buenas costumbres de mi abuela y lo que pudiera pensar Mara, yo entendía que la poesía era un campo de concentración del cerebro: todo el día irradiaba energía, fuerzas digamos locas parecidas a nubes. Pájaros yendo de dos en dos. Aves como palabras.

### **15.3) La eterna sinfonía del sonido.**

Algo de eso debo recuperar, ese énfasis, y no la mortaja del ahora, entre calles y boticas y veredas con niñas jugando con sus muñecas, este miedo a decir lo que soy y siento, este miedo a solo permanecer en lo que soy envuelto en mil conflictos, como una lana con todos los caminos que se dirigen a la chompa enredados aún y sin tejer. No tengo miedo a la incertidumbre. Cada vez el hecho de no haber concretado nada a mi edad me socava. Y entonces salir a caminar es ese viaje/mar sobre calles como el extravío, comprando cervezas un fin de semana, mirando las hojas amarillentas de los parques, regresando lentamente los ojos al joven que se inyecta droga en las venas tatuadas y fornidas, o ese otro que sacaba un pedazo de pollo frito de la basura.

### **15.4) Pienso en alguien cercano.**

Un astro dando la primera orbita al cielo de las letras peruanas del siglo XXI. El chato poeta Rafa, 30 años, mundo repleto de política, tristeza y ternura. Sigue viviendo en su casa. A veces se me cruza la idea, divina, especialmente cuando ando ebrio, de que debo irme, debo viajar, conocer qué hay detrás de los linderos de mi barrio. Pero es como salir a la luna. Y hacer un cohete, es, como sentencia Verástegui

subraya este verso:

*no preguntes cómo pasa el tiempo.*

## 15.5) El problema de fluir demasiado & escribir poesía.

Lo veo lejano. Si antes, de adolescente, todo en mí era una sola emoción, ahora soy disperso, caótico, loco. Fluyo. Y no me siento enamorado y eso es un peligro. Soy medio sedentario y tengo que aceptarlo para no perder este instante brillante como una lechuga crujiente. Un peligro pues somos energía, energía contenida en el cerebro, potencia creadora, y cuando el amor, con sus cortocircuitos nos hunde la cabeza, empiezan a vibrar los neurotransmisores. Qué loco tener neurotransmisores en la cabeza, llevando toda clase de hormonas por mi cerebro, creando sensaciones de placer, bienestar, miedo; entre tantas otras redes de pensamiento, y conexión interna. Y sí, por otro lado, yazco aquí, encerrado, viéndome a mí mismo, encontrándome; en el inicio de la OBRA INFINITA, del libro de la VIDA: que sea todos los libros y no sea ninguno, que contenga todas las músicas en las yemas de mis dedos. Aquí estoy haciendo el primer borrador del libro que hablará, que será cuerpo y verbo. Del libro LUZ.

El chato poeta Rafa editó tres plaquetas de poesía. Sigue una línea muy en onda con los decimitas, un modo de creación contenido en su forma. Tiene hallazgos, versos que lo ubican con derecho a ser el Mariano Melgar de nuestra época, pero también, él como ser humano, al margen de disfraces, tiene una vida mediocre, que cualquier vecino clasificaría de parasitaria. Ahora creo que trabaja, en algo, de profesor de Historia. Digo, realmente digo algo de Rafa, creo que no, no digo nada. Pero la noche en que borrachos, en mi casa, sin polo -cagados de risa, llorando, hablando de poemas enfiebrados, soñando con hacer el nuevo libro de poesía latinoamericano-, nos escribimos las iniciales del grupo poético que formábamos, y él, nuestro Rafa, lloró después de jalar africano, y quiso tirarse por la ventana – *porque me siento deprimida causa, y la vida es dura contra los artistas peruanos-*, descubrí que algo más que esa fortaleza de intelectual de barrio lo movía. En realidad eran sus sueños, como los de todos, y recordaba entonces sus versos que decían “una vez un genio soñó con tocar las nubes pero nadie le dejó, todos se burlaban” En el fondo, - todo el que entra aquí, la literatura, por ejemplo - lo hace por ingenuidad: *amor a uno mismo,*

*amor al infinito,*

*amor a lo universal.*

No era un posero, pues.

Por otro lado, de seguro somos millones los que hoy, un domingo 3 de enero, empezamos algo. Queremos realmente empezar algo. Sentimientos ubérrimamente el día, no tenemos pasado, ni infancia, ni futuro concreto. Estamos en el perpetuo ahora, y aunque me den ganas infinitas de meter todos mis libros y poemas y olvidarme de todo, no puedo dejar la belleza de los diamantes encendidos, de las palabras como frutos dulces, de la música de mi cabeza. Entonces logro ver a penas mi perfil – silueta, sudorosa por la ventana- y escribo que me veo a mi mismo sentado contándome algo entre de ficción y de verdad, mientras una nube pasa por mis dedos como la diafanidad simbólica y en el fondo blanco del papel en Word de la pantalla, aparecen letras que son también mi lengua y mi determinación. No me capto por completo, -en esa voluntad de ir y venir encendido- pero veo mi rostro. Mi flacura desnuda. Y el cuarto donde me paro a pensar esto o a ver a las aves en el cielo intensamente celeste del amanecer. Y es como si estas palabras fueran una foto, -pero de otra imagen, sobre la que ya no estamos ni Mara ni yo - no de mi rostro que va a envejecer, sino de mi esencia. Eso iba a quedar en esta imagen que era yo un domingo del 2016: flaco, loco, intelectual, grandilocuente, desasosegado, etcétera. Lo cual es difícil porque ya no sabemos en qué lugar empieza o termina lo que somos, y el escribir entonces se impone como un trabajo indefinido. Sí, somos un montón de muchachos los que queremos dejar de espiar a los vecinos, cerrar el portón del buen sentido común, y decirle adiós a la masturbación. No creo, somos pocos, somos muchos. Lo que sí sé es que estamos solos. Construyéndonos en el vacío.

O sea, es cuando pienso que debo emigrar de estas anotaciones al paso y dedicarme a algo serio -digamos un empleo, pero detestaría tener que tener un oficio, horas, ir siempre al mismo lado-, concreto, con todas mis fuerzas. Y esas horas que nunca más regresan. Ahora es como imposible. El sol es demasiado jodido. La distancia emocional que siento con el Julio que crea y dirige estos delirios es espantosa. Es pan-to-sa.

Confesiones aparte, este año quiero dejar de comerme las uñas, dejar de dejar las cosas a medias -cacofónicamente ver la lluvia, el viento, pensar en

el verde como tal y que cruzar los puentes de los barrios no lleve a la melancolía de atún y zapatos con barro-, tomarme todo esto que digo, empezar dos idiomas, -y para así gritarlos de modo vehemente, emborracharme de la intensidad de otras lenguas-, terminar de leer muchos libros, conocer a pocas personas, y escapar por otros ojos, tal vez dulces como chirimoyas.

Tomarme en serio la escritura, y amar menos y consumir menos drogas, leer más y pensar en si debo leer o no debo leer menos, o en si debo leer más o menos, o leer más, sin vergüenza, sin miedo, sin sentir que soy rechazado por una sociedad que ve mi soledad como una ventana rota, como la puerta de vidrios rotos de la casa abandonada frente a la bodega de la señora Susana.

Insistir en los otros ritmos de la lengua, en el otro idioma de la vida, la vital y hermosa y malditamente pura que existe dentro de nosotros. Este año quiero andar menos triste y meditabundo, hacer los poemas más hermosos, y perder muchas horas caminando, quiero entrar en mi mujer todos los días, sentir su vulva mojada contrayéndose -strictu sensu sus labios-, que miles de mañanas cuarteadas nos encuentren desnudos, que por sus ojos recorra el cielo -ambarino, diáfano, locamente- de mil partes de un astro, que después el ceviche en la carreta sea un himno nacional, que nos alcance el dinero, que salgan bien los negocios. Otros ámbitos, tengo que volver a un lugar ¿la universidad? Si, ¿no? O ya no seguir dejando para después la pregunta de qué debo hacer y cómo hacer para ganarme la vida. Mi segundo oficio debe ser algo que me dé lo suficiente para vivir cómodo. El poema es mi oficio, la poesía mi vida. Lo demás es chiste, juego, un modus vivendi.

Y sí, jugar a lo que juego, a estas alturas es una locura. Por algo decían que ser poeta más allá de los 24 es una vergüenza. Hay que matarnos. De una vez, se necesitan más ingenieros, más doctores, más abogados, más arquitectos. Lo cual significa dinero, es decir, progreso. Esa es una de las más grandes taras de nuestra sociedad. Es apática, muy fijona con el otro, y horriblemente cerrada a ver o conocer algo que no se encuentre dentro de su órbita. Yo mismo soy así, apático, fijón y no acepto nada dentro de mi órbita, pero creo que doy vueltas alrededor del sol, y todo lo que sea parejo y simultaneo a mí es lo que posea vida.

Ayer estuve intentando suerte con los negocios, diré trabajos. Me desperté, como otros días, de la semana, rápido, con angustia, sin sentirme del todo bien, como con unos ojos encima míos diciéndome que soy un flojo, un vago, que debo hacer algo. Era sábado, de mañana. Intente leer el libro Imán y Desafío de Jordi Sierra y, aunque me interesaba toda la reflexión sobre Juan Ramón Jiménez y Elliot, después de unas páginas se me agotó el espíritu lector, poético, etc. Esos ojos encima míos me decían que salga de casa ¡es bobo seguir en tu cuarto jugando al escritor inmortal sal a ver la vida que después vas a escribir! O algo así. Estar de nuevo solo implica despertar sin otra conciencia, sin otra urgencia. No me movía a poner el agua a hervir a la cocina, o no bajaba a buscar algo del desayuno para Mara y yo. ¿Ella estaría despierta? Cuando vivía conmigo no limpiaba ni preparaba el desayuno y si lo hacía esperaba una respuesta mía, una especie de agradecimiento por su labor. O eso me parecía. Necesitas dinero, cabrón, necesitas dinero, (era la voz de los ojos mirándome desde el cielo) y pensé vender unos libros, pero ¿cuáles? De repente, el poemario de Juan Gonzalo Rose... pero ese, justo ese, era quizá el único por el que podían darme dinero, pero no era mi libro, era el libro del papá de Alejandro, del poeta Germán Carnero, ¡y ni si quiera lo había leído!

Bajé, tomé de desayuno un café Eco, que en rigor es un concentrado de cebadas distintas, y un pedazo de panetón con mantequilla. Ya con Mara llegamos a la conclusión de que esta temporada los panetones poseen un rasgo más blando, que la aleja de su sequedad de otras jornadas. Son blandas estructuras de pasas y frutillas.

Fui al internet. Alquilé una hora. Esos ojos encima míos son los que me hicieron ir rápido, como con vergüenza por la calle, conduciéndome como una especie de apestado, por no tener dinero o ropa limpia, bonita, presentable. Estaba en el internet del muchacho que usa una gorrita roja y escucha a Los Enanitos Verdes. Sonaba Tú Cárcel. Es un internet metido en una especie de cochera. A los dos lados de la sala, las cabinas, al fondo, el monitor piloto.

Ingresé al Facebook secreto que tengo para ver qué ocurre en ese ámbito, recordé algunas broncas y pensamientos en los que me sumergía cuando estaba más tiempo conectado al internet.



El mundo que se crea de comentarios y miradas sobre lo que ocurre actualmente me repugna. O, mejor dicho, me hace demasiado mal. No puedo estar o decir nada porque rápidamente quiero cambiar lo que digo, borrar mi comentario, no saber si dije lo que quería o si no lo dije me perturba. El Facebook, como otros accesorios, son los que imponen quién eres actualmente. Existes en la medida de tu popularidad. Cuando me cansé de vivir para afuera, y quise probar vivir para adentro, me alejé, pero tuvo que pasar un tiempo para que recién esté libre de toda ansiedad de saber. El chisme es un fuego cursi y curioso.

En un país pequeño como el Perú TODO lo literario se puede ver solo revisando un puñado de blogs, y un puñado de Facebook. Y todo esto se reduce a conversar sobre libros favoritos, comentar algunas novedades, poner el comentario más lúcido sobre una discusión, o simplemente dar like. Todos cuidan mucho sus imágenes, o cuidan de descuidarla lo suficiente. Ahí se puede ver la tensión, el miedo.

El usuario de ahora es uno personal, secreto, que tenía poca gente intelectual agregada. Mejor así. Me preparé para un surtido de heces mientras bajaba las novedades. Mire una confesión de un amigo, Miguel Urbizagástegui. Largo y atormentada sábana de palabras donde Miguel expresaba su deseo de **“ya no ser más chupatinas de Jorge Pimentel, Verástegui, Juan Ramirez Ruiz”** y, su deseo, de que “los demonios de mi cabeza” buscaran nuevas formas de manifestarse, más allá del conversacionalismo oral. Muchos comentarios, en una onda, de “YA ERA HORA” y otros, como el de Antonio.

Chumbile, diciéndole que “algunas cosas se deben quedar en privado” Empecé un comentario largo y transgresor sobre lo comentado, pero luego lo borré. Me parecía curioso, sí, y de hecho que entendía que Miguel había hecho un circo con esto de Tajo, el grupo de poesía y revista que fundamos en la universidad de adolescentes. De ese modo, él había formado un poco su careta frente a otros, su personalidad literaria, asumiéndose urbano y transgresor, asumiéndose un poeta vital y de la calle a diferencia de los que él consideraba poetas de las redes, del internet, los posmodernistas poseros, los de espíritu famélico.

Estos términos son muy comunes ahora (vital, vida, futuro, sueños, etc), y de seguro, lo de arriba no podría entenderse fuera de las tendencias cojudas, medio cerradas, en las que está la poesía actual.

En realidad, mi obligación era la de buscar trabajo, pero estaba jugando y chismeando en esta red social. Terminé de borrar el estúpido comentario y seguí bajando. ¿Dónde buscar trabajo? Tampoco era muy desesperante, porque la *idea idea* no era hacer algo fuera de lo que ya sabía ¿verdad? Mejor, meterse a lo que ya conoces y seguir insistiendo en eso. Sí, eso hice. Lo que yo podía hacer bien era pararme frente a un salón, sea de niños, adolescentes o adultos, y explicarles cualquier tema. No te exigían nada en los colegios y academias de pre grado, salvo que mandes las preguntas de los exámenes a tiempo, y que llegues temprano. Era una educación tan estúpida que solo la puntual era el valor máspreciado, de esa manera, podían, claro, contabilizar tus horas de trabajo y darte tu paga. El plan, desde que guardaba memoria, era el mismo: trabajar en uno de esos colegios particulares hasta que el cuerpo no de más, largarme con la última paga que pueda y buscar otros.

El hecho de que el futuro ya sea algo tangible iba desvaneciendo aquella ilusión. Sí, mi zona de confort era ser profesor.

Probé en las páginas clásicas: Computrabajo o Boomerang, pero nada. Por otro lado, estaba la idea de meterme a trabajar a lo que sea, lo que esté más cerca de la vida y de esa manera aprender, ver, sentir, dejarme atravesar (en mi cabeza una hilacha de sensaciones producto de miles de películas vistas daba vueltas como los aros de Saturno).

### **Estado mental: miré al Facebook. Seguía ahí, la mata de palabras de Miguel Urbizagástegui.**

¿Qué sería de su vida? ¿Cuándo fue la última vez que supe de él? Por el tono de su comentario, sentí su voz y sus ojos nuevamente. Miguel era un muchacho muy tranquilo, casi inocente, perdido en sí mismo. Para una visita que hicimos a Arequipa me pidió que nos tomáramos una foto juntos haciendo la posición de dos enemigos que se apuntan con una pistola.

-Ahora sí Matías, tú eres Kakaroto, vamos a ver si vas a poder ganarle a Vegeta – me dijo.

Había escrito el mensaje justo para año nuevo. De seguro, estaba sintiéndose muy bien, pero que muy bien ¿A qué sí? Bien, veamos, entonces ni Boomeran ni Computrabajo.

Y miré la página abierta del Facebook. Hay una opción para entrar a grupos determinados, desde gente aficionada al ARTE CLÁSICO hasta SEXO LIBRE EN LIMA. Probé por el grupo de TRABAJO ONLINE.

Me apareció solo uno. Entre y vi algunas sugerencias, mientras iba moviendo el rodillo de mouse. Un post ofrecía el trabajo de repartir afiches de papel cuché fuera de los supermercados en horarios de tres horas y con una reunión previa justamente a las 2 de la tarde. Era en Av. Arequipa. Listo. Allí iría.

Bajé por la avenida Principal La Atarjea. Avenida repleta de gorgojos en ruedas llamados Mototaxis. Al fondo, precioso, el muladar de cerros. El aire blanco diáfano del día.

Digo bajar por decir, porque pienso que abajo está mi casa, en esa dirección, y arriba, donde digamos está la cruz, está el arriba.

Entré donde mi abuela, en su cuarto. Le pedí prestado dinero para el pasaje. Si sacaba un cálculo de cuánto dinero le venía prestando desde que me quedé sin trabajo de seguro mi abuela podría fundar un banco. Estaba sin dinero, sin nada nada de dinero. Y bien, después iría hasta el Puente Trujillo y enfilaría en los buses azules hasta la cuadra 13 de la Arequipa. Me preguntó si iba a almorzar ya. Estaba como en máquina, en mi función de robot sentimental: No, después. Le dije. ¿De dónde soy tan lacónico con mi abuela y mi familia? Miró y midió la ropa que estaba usando y terminó por aprobarla.

El camino hasta el Puente Trujillo es breve, hay que subirse a uno de los buses grandes que pasa por el Paradero Ramiro Prialé. Casi nunca se detienen, aunque uno alce la mano desde lejos. Después, bajar en Puente Trujillo, entre quioscos de periódico y vendedores ambulantes – de fruta, de maní confitado, chifles- y doblar hasta el Primer Paradero del Corredor

Azul. Hace cuánto tiempo no estaba fuera de casa, de Seremsa, de seguro hace muchos meses. Algo que es muy curioso es ahora lo innecesario que son las distancias, todo nos junta en un mismo instante. Todo parece como subestimar que, en realidad, no vamos a ningún lado. Que ofrecemos nuestro tiempo como un delicioso dulce en la calle y cada uno puede sacar el pedazo que quiera. Estamos de oferta. Estamos en la vida del ocio. El Puente Trujillo es amplio y horroroso. Por suerte, no tuve que subir en él.

Llegué al paradero, le compré un boleto enseñando mi carne de medio pasaje al muchacho que los vendía con su chaleco azul, y esperé el bus en la cola. Demoraba. La cola no era muy larga. Un señor miraba un diario abierto al filo de la vereda, una muchacha conversaba por su celular, el semáforo en la esquina dirigía el mar de carcazas.

Entonces se detuvo, dando un alarido de aire y motores, como pesados, y la puerta se abrió. Entramos todos y fuimos acomodándonos en las sillas de plástico. Como suele pasar me costó ubicarme. Me dirigí contra el sol, pero fallé en la ubicación, así que, mientras pasábamos por el Puente San Rosa me cambié de lugar. Escuchaba lo que conversaba un muchacho, de pelo marrón, sin cuello y pantalón jean desteñido. A su lado una señora, de pelo corto, pintado, y el rostro con maquillaje excesivo. “Sí, lo que pasa es que Felipe es muy abúlico – decía el muchacho- no le gusta salir nunca de casa. A ningún lado” Miré los primeros edificios de la Avenida Tacna, antes todos cochambrosos, ahora algunos pintados con colores chillones, las veredas repletas de puestos de todo tipo, el tránsito de personas calladas avanzando bajo las sombras de los edificios.

Franqueamos a la avenida Arequipa, empezaban a repetirse los árboles, las universidades, lo austero y lujoso. La calle era más fresca. Recordé donde tenía que bajar y me paré de mi asiento. Caminé a la puerta de al fondo y me sujeté del pasamanos. Me había pasado cinco cuadras. Descendí casi saltando en los dos talones. El asunto de la ropa empezaba a sujetar mis ideas. La voz era que yo era como me vestía. Mi lugar en el mundo se daba, frente a otros, según mi vestimenta. En esto mi familia era tajante, casi melancólica. Como eres por fuera, eres por dentro. Ahora yo estaba vestido, como se decía en casa, como una desgracia. Era una desgracia andando. En realidad, una desgracia no solo en el vestir, sino en el actuar, en el pensar, en el vivir. Una desgracia andante. A un lado de las calles que

iba caminando veía los posters de conciertos desgarrados. El sol del inicio del verano ya dejaba su dorado resplandor en los espacios donde la sombra de los edificios era desgarrada. En el centro de las dos pistas, los árboles zumbaban, y pasaban muchos montados en bicicletas. Llegué a un cruce de semáforos, esperé y después crucé. Era la cuadra 13. Miré a los dos lados, buscando una casa que tenga el número indicado, tenía que dirigirme al 170. Pasó una muchacha de cabello ondulado, inmenso, y preciosa.

Subí y me di cuenta de que en esa ruta las direcciones ascendían 230, 234. Me regresé a la otra cuadra, esperé de nuevo el cambio de semáforo, vi que, al otro lado, en la esquina vendían cebiche. Mara y yo éramos unos adictos a los que vendedores de ceviche de carreta de las esquinas. Todo lo que era cebiche ambulante nos impulsaba como adictos. La idea de la sopa de limón, cebolla, ajo y pota en la boca era de un avasallamiento total.

La muchacha de cabello castaño junto a su ¿madre?, se detuvo a mi lado antes de cambiar el semáforo. Crucé por la hilera de líneas blancas. Vi el contenedor de vidrios que dividía la cancha serrana, la potada cortada en cuadraditos, la cebolla, el ají. El cocinero estaba vestido de blanco, totalmente de blanco. Con su gorrita. Seguí buscando la dirección. En la esquina los vitrales de un KFC reflejaban las ramas de los árboles del centro. Sí, la dirección terminaba en una puerta ploma pegada al KFC. Arriba, en letras doradas, decía 170.

En la puerta, estaban sentados dos hombres vestidos con monos azul plomo con franjas rojas. Uno, el de lentes y gorrita, me dijo que subiera y doblara a la izquierda. Empujé la puerta y entré a un espacio oscuro, subí las escaleras y salí a una azotea con bancas cuadradas y sombrillas. A la izquierda, empezaban las oficinas, cuadrados formando espacios como laberintos. Desde donde estaba apenas podía ver las coronillas de las cabezas. El jaleo era hartito. En la recepción, un gordito de cejas prolongadas, tras una cortina de vidrio, me dijo.

-¿ En qué lo puedo atender?

-Vengo para la reunión de los repartidores.

-Ah, afiche, sí, entra en esa puerta, a la izquierda.

-Gracias

Qué romántico, el ceviche me recordaba a Mara. El ceviche y otros asuntos igual de graves. De seguro, en ese momento, estaría en su casa, limpiando algo o mirando la tv. Bien, era obvio que se iría de casa, después de lo pasado. Yo, que primero estaba contento de que se fuera a vivir sola, y encontraba en esa acción mucha libertad para seguir escribiendo, pensando, viviendo, ahora que estaba quedándome solo por soledad y no por decisión, estaba destruido. No quería entender que tuviera que irse por familia, y por mi culpa. Estaba la casa que construimos juntos hace unos dos años. No era una casa, era un segundo piso. Y lo que pusimos fue el techo, de calamina roja, inclinada, para pasear a las lluvias. Luego unas ventanas de vidrio, dos, de las cinco que debimos poner. Primero dormíamos y vivíamos juntos, después cada uno empezó a dormir y vivir en su lado del cuarto. Primero ella se enojaba porque al despertar pisaba sus zapatos sin darme cuenta, después ya no peleábamos por este detalle. Nuestra relación estaba contenida en vernos a veces, conversar de noche, pasar los sábados mirando vídeos en youtube. ¿Y por qué tanto me costaba separarme de ella? Dos bancas de cuero largas formaban la sala de recepción. Atrás, un afiche de INKA KOLA grande, como un tapiz de pared. Al frente, las computadoras, con muchachas que mirando su celular apuntaban algo en las pantallas. Me senté en una banca de cuero solo.

Pensaba en el ceviche y en Mara.

Pero nuestra relación no era solo eso. Hay que ir a fondo. Entregarse muy lejos y explorar en el abismo. Todo empezó hace siglos, en una época difícil para mí, cuando nos encontramos. Encontrarnos es curioso, pero tuvo que ser así, no de otra manera, porque nuestros círculos nunca se movieron juntos. En Seremsa uno puede hacerse una vida completamente al margen de otros, depende de uno. Los que se conocen lo hacen por las historias que recalán en las vecinas. Un chisme llega a cada casa, tocando la puerta e invitando a la conversación de las horas del lonche. Ella odiaba Seremsa, yo extraña Seremsa. Ella estaba viviendo pasando una época desdichada y feliz, su época punk. Yo estaba cuidando a mi abuelo, en la Avenida Perú, en San Martín de Porres, en un cuarto con dos espacios, uno donde él y yo dormíamos, y otro donde dormía mi tía Nena. Mi abuelo estaba solo y con una enfermedad en la pierna. Nos mudamos al cuarto de al lado cuando el primero se llenó con mi papá, la tía Nena, yo y el abuelo. Eso fue un verano. Hace como cuatro o cinco años.

Ahí, por internet, empezamos a conversar. Nos re-encontramos. Después acabó ese verano y regresé a Villarreal. Como tenía costumbre de caminar y mi facultad quedaba en la avenida Colmena yo caminaba por todo Tacna, subía por la Alameda Chabuca, recorría todo el Puente Trujillo que a esas horas y con tanta gente parecía de gelatina, y me trepaba a cualquier colectivo que fuera para el sur. Subí en la cabeza de insecto de un micro y me encontré con ella. Era Mara, era Belén, con 13 o 14 años y su pañoleta roja sujetando sus cabellos y aclarando sus ojos inmensos.

El ceviche traía recuerdos, miles, hartos. Solo tenía que esperar. Piqué algunas páginas de Imán y Desafío de Jordi Doce. Estaba pasando una mala temporada lectora. A veces me daba solo por leer uno pero no podía. Me arrastraba la curiosidad y abría otro y otro. Por ejemplo, el lunes había empezado con el libro Diario de un médico rural de Sorel; continuado con la poesía completa de Gonzalo Rojas, luego abrí el libro El Juntacadaveres de Oneti; más tarde leí dos novelas gráficas; por la computadora no deje de otear unos PDF sobre cambiar tu mente a través de la física cuántica (el que leía era de un tal Dispenza) y ojear uno de Neurociencia llamado Ágilmente. Todos los leía sin orden ni concierto moviéndome por impulsos y gustos fugitivos. Enrique Verástegui, el poeta gnóstico, decía que quién ama no camina en contradicciones. Incluso la ciencia de la meditación explicaba lo mismo: alejarse de las divisiones. Todo eso estaba claro. Desde la semana que había peleado con Belén, esa madrugada de Noche Buena, estaba como convertido en una bola de nieve cayendo por un cerro y amasando más y más desconcierto. Era y es difícil cada día replantearse el mundo. Ese mismo domingo, fui donde Mayra y compré una bolsa de mariguana de diez soles. Como hace tiempo no la llamaba busqué su número en varios lados. En el celular, en algunas hojas, y no lo encontré. Hasta que di con uno y probé, me contesto su mamá y después se puso ella al otro lado. Nos saludamos, quedamos a las 3, antes tenía que llamarla para confirmar. Llegué al Puente Trujillo, busqué un teléfono público, no tenía la moneda exacta, y gruñendo metí una de más valor, y marqué. Nos encontraos caminando por Colmena, en dirección a la universidad. Subimos. Estaba junto a un gordito de ojeras inmensas y risa hiper fácil. Estaban drogados. Me dio el paquete. Le di el billete. Nos separamos en Plaza San Martín. Y después de ese domingo hasta el otro domingo:

fumando todos los días, sintiéndome un insecto retorciéndose en su dolor.  
Con la marihuana era más fácil distraerse, olvidarse de uno mismo.



## 17) Estado mental: -Bien, chicos del Facebook, vamos al otro espacio

Era un gordito con barba pegada y muy bien cortada; sus lentes con marco blanco estaban de moda, era parte de la moda hípster. Entramos en el otro espacio, era un cuarto de alfombra color rata, y mesas blancas largas y banquitas. Nos recibió una señorita, de pelo pintado y zapatillas converse. Que aburrido, sí, había pasado por esto mil veces: dibujar un hombre bajo la lluvia y escribir una historia detrás, para ver psicológicamente cuan loco es uno. En la pizarra la imagen del proyector era un cuadro de *Power Point* donde decía Volanteo. ¿Dónde había pensado yo, el año anterior, empezar este año? Ni idea, pero lo seguro era que no en una reunión sobre volanteo.

-Las modalidades de trabajo son flexibles. Se trabaja en horarios de lunes a viernes, en tres horas por día y los fines de semana de nueve a una. Alguno de ustedes quiere salir ahora por algún motivo. Nadie. ¿Alguna pregunta? Nadie. Bien, empecemos entonces con la hoja. Son dos hojas. Tienen que hacer un dibujo de un hombre en una y en otro un hombre bajo la lluvia. Detrás de las dos hojas hacen una historia de cuatro líneas. ¿Alguna pregunta? Nadie, bien, empiecen.

Terminé de llenar mis datos. Recordaba con dificultad el número de mi Documento de Identidad. Puse el número del celular de Belén. Llené mis nombres completos, la dirección ¿por qué quería trabajar para ellos? No sé, pero puse, por el tiempo, la cercanía, mi deseo de superarme. Un floró así. Mire el lápiz y su final metálico donde brillaban los fluorescentes pálidos de lugar. En el lapicero estaban los iconos de las compañías de la cadena de volanteo. Pizza Hut, KFC, etc. Después estaban los dibujos, empecé con el hombre bajo la lluvia. Pensaba en que no podía perder este trabajo y el dibujo debía reflejar eso. Esa necesidad. Tomármelo enserio. Pedí una nueva hoja.

-¿Pasó algo?

-Al borrar, como era de un material débil, se rompió la hoja.

-Ah, claro, toma.

Empecé de nuevo. ¿En qué dirección dibujarlo? ¿Horizontal? ¿Vertical?  
Omití el niño y el paraguas doble. Escribí una patética historia detrás.  
Patética y dulce.

-Bien, ya terminen todos de dibujar, vamos a pasar al frente decimos  
nuestros datos y luego entregamos la hoja. ¿Alguno de ustedes desea  
empezar?

Nadie se movía. Todo era silencio.

-Yo salgo –dije.

Y ahí estaba, con la camisa y el jean regalados por año nuevo,  
presentándome a un grupo de muchachos que igual que yo, aquella mañana,  
vieron la oportunidad de trabajo por internet.

Oh Dios mío, qué libro, pero qué libro era el que debía vender. El libro de  
Juan Gonzalo Rose, en su primera edición, con la dedicatoria a Germán  
("Para que continuemos dialogando por estas líneas") o el libro del  
Guardián entre el Centeno, que era un regalo de mi padre, que luego se lo  
regalé a Mara. En fin, volví al internet temprano. La puerta enrollable  
estaba a la mitad. Bajé el rostro y me encontré con el señor que atiende.  
Con su gorrita roja, y los cabellos ondulados en las sienes, y su actitud  
calmada, casi de niño tímido. Una vez me olvidé mi maleta del trabajo en  
su cabina de internet. No estaba en casa, no estaba en ningún lado,  
buscamos por todas partes y resulta que la había olvidado en su cabina. Fui  
al otro día y, al verme, la sacó de su asiento, como un mago: "mira, te  
olvidaste esto" Me senté en la máquina y esperé que termine de prenderse.  
Luego apareció controlador de la hora, esperé un rato que se alargó  
demasiado y entré al escritorio. Fui al ícono del internet y accedí. Entre a  
mi cuenta falsa de facebook. Observé las actualizaciones. Una frase del  
cineasta ruso poeta sobre la soledad, un vídeo de Alejandro Carnero desde  
África donde se veían a un grupo de niños de Mali jugando con unas ruedas  
en medio de un arenal, la imagen de un libro de Lipovesky. ¿Por qué tenía  
una cuenta falsa? Estaba jugando con Belén al tener la cuenta falsa, ella  
usaba dos Facebook por motivos de universidad y personales, no sabía  
cuántas cuentas de correo usaba en realidad, pero era muy sincera conmigo.  
Yo había cerrado la que usaba para alejarme de algunos vicios que había

creado: como quedarme a leer comentarios de modo innecesario, abrir la cuenta cada media hora y fijarse si había un comentario nuevo, querer crearme una imagen, una autoimagen falsa. Era problemático. Necesitaba tiempo, no estar preocupado por tonterías, pero igual me gustaba la idea de observar, ver que ocurría. Eso era más cómodo, no intervenía lo que consideraba mi yo. O el yo que se formaba por cadena de imágenes y comentarios que uno pone. O el yo que creo que se formaba. Ninguna lectura está limpia, todas tienen sus versiones, sus propias maneras de asumir un evento. No quería ser víctima de aquella farsa. En realidad, eran tan necesario participar en ese juego social. ¿Necesitaba hablar y manifestarme ahí para existir o saber qué pasaba en el mundo?

Ah, sí, el trabajo. Entré a mi correo electrónico, revisé el Gmail y el Hotmail en las diferentes cuentas que usaba. Los de los afiches no me respondían, tampoco los de la Academia JMJ y los del colegio Fátima.

Y encontré un e mail de mi padre.

**“Hola hijo, estoy de vacaciones hasta el 11 de febrero, me avisas para poder vernos”**

Tantee algunas otras páginas buscando nuevos trabajos, pero en todos resultaba lo mismo. Colegios y academias con sueldos estáticos y todavía para inicios de clases. No estaba mal pasar este verano en casa, educándome. No necesitaba meterme al flujo de actividad urgente, solo un dinero para ayudar en casa y así mantenerme hasta el inicio de las clases. Estaba lo de trabajar en la ONPE, ahí soltaban bastante dinero y el trabajo era sencillo. En realidad, no quería trabajar. No como un programa de vida. Ni me interesaba la idea de que el trabajo dignificara al hombre, pensaba que nos torna esclavos y nos hace imbéciles. Nadie quiere trabajar en realidad. Todos lo hacen por sus condiciones. Condiciones a los que son sujetos por las circunstancias. Un condón no estuvo a la mano, naces en el lado del muro donde no hay edificios sino casas de esteras, donde no hay autos con lunas polarizadas sino mototaxis.

Sí, en diferentes actividades. Por esta idea de querer vivir, de vivir y aprender, me interesaba más lo de trabajar en lo que sea. Pollerías, zapaterías, chifas, tragamonedas. Pero después de que el halo romántico se limpiaba de mi mente, después de vagabundear y revisar otro tipo de

trabajos, lo único que deseaba era estar en mi habitación, escribiendo o leyendo, a veces, abriendo la ventana, ver la calle, ver los postes como flores amarillas con las espadas de luz en sus lados, al fondo los cerros, la autopista de Evitamiento, algo así, o sea, no estar atado a un horario, a un ritmo de vida, a una conducta moralmente edificable.

## **18) Estado mental: Mi abuela me decía “vive como una persona normal”**

De profesor llevaba ya como ocho años y como no había terminado la carrera no podía acceder a otros empleos. Ser profesor era el trabajo que cualquier peruano, *maso menos* educado, buscaba. No te controlaban nada, tenías la voz de mando y era para ciertas personas respetable. Los que habían sido muy pobres y llegado de provincia a Lima habían o edificado sus propios negocios o buscando negocios alternativos con el sueño de alcanzar mucho dinero. Ellos si estaban preocupados porque sus hijos fueran universitarios, pero no de cualquier carrera, sino de carreras de tecnología, de buena paga mensual. Los que pobres de las décadas pasadas que no habían hecho negocio, sino trabajado durante toda su vida en un lugar y accedido a una especie de clase media, o buscando estar en ese rubro, no les importaba la universidad que eligieran sus hijos, la cuestión era el saberlos universitarios, lo que representaban para los demás. En ellos el valor más importante era el prestigio. En algunas calles de la Avenida Tacna colgaban letreros de letras fosforescentes con las palabras que encerraban todos sus sueños, o los visibles al menos, Fortuna, Dinero y Salud.

Quizá trabajar para el Estado no estaría mal. Al menos, ya tendría asegurado el factor Dinero. Para mí, el más importante. Los otros dos llegaban por inercia y sentido común. De seguro para muchos o muchas esto era mediocridad, la voz estaba en hacer mucho, en vivir experiencias nuevas, en digamos tener un trabajo respetable, pero no me interesaba nada de aquello. No veía, ¡como verlo!, algo importante en amasar dinero. Si llegaba a mis manos estaba bien sino la pasaba igual de bien. El dinero no moldeaba mis estados de ánimo. Aunque a veces era necesario. El mejor negocio era ser bueno.

Ganar un sueldo fijo y con proyección a ir subiendo, luego tendría la tarde libre para seguir escribiendo, leyendo, en suma, viviendo, y con eso, ahí, podría tener el seguro de vida que tanto me venía preocupando. Ya no viviría con Mara, era algo que tendría que ir asimilando. Pero estaba bien, todo perfecto, empezaba el verano cargado de novedades.

En la casa del abuelo, en el piso que la abuela me había ofrecido podía terminar de arreglarlo, juntar dinero y mejorar la cochera donde mi abuela tenía su Vaso de Leche y alquilar ese espacio. Todo lo que era renta o alquiler tenía buen futuro. Las personas seguían naciendo y naciendo y naciendo ¿cuántas ya seríamos en Seremsa? Con Mara sacamos una vez una cifra: como mil.

Desde que el papá de Alejandro me contó lo de su operación al corazón empezó a enfermarme la idea de una futura enfermedad. La enfermedad era así, lo más costoso del mundo. Cerré mi Facebook y le pagué con un sol al dueño del internet.

Me dio el vuelto, cincuenta céntimos y lo guardé en el bolsillo pequeño de bluyín. La puerta enrollable ya estaba en el umbral, como un pionono.

En la calle, el silencio del medio día era palpable. El calor empezaba a embrutecer a los perros. Pasé por la Tienda Kathy, ¿qué estaría haciendo Mara? y el dueño me saludó con un movimiento de cabeza, también yo lo saludé así. Doblé por la casa de la esquina, donde, en el segundo piso, estaba la peluquería. Cuántas ideas y certezas, cuántas cosas había pensado la gente doblando estas calles. Aquí mismo, de seguro, alguien decidió terminar un matrimonio o alejarse para siempre de casa. Para ser un barrio encerrado, por pistas y cerros, Seremsa era una urbanización con bastantes iglesias, con locales de religiosos evangélicos, con dos canchas deportivas, con su hotel y dos antenas de teléfonos celulares. Sin embargo, la gente no parecía muy feliz.

Hablé con papá y quedamos en vernos en la panadería Belgrania de Lince. A las siete. Observé la biblioteca buscando los libros a vender. Al final, me decidí por una suma de libros que de seguro me daría diez soles. Era lo mínimo que necesitaba para ir a ver a papá y comprar una caja de cigarros. Elegí una suma de poemarios, una novela y un libro de crónicas de Antonio Cisneros, era de Chumbile, con una dedicatoria de Miguel Urbizagástegui, pero que mierda, Chumbile había dejado sus cosas en mi casa hacía seis meses con la intención de llevárselas pronto. Ese pronto se estiró demasiado. Arranqué la dedicatoria, sintiéndome muy apenado, y escondí el papel dedicado en el cajón. De nuevo la calle, el sol de enero empezaba a reverberar, era el final de la tarde y avanzaba lento, pegado a las franjas amarillas empolvadas que, como círculos al medio de las pistas, eran en

algunos casos jardines y en otros solo tierra seca. Al frente de nuestra casa, por ejemplo, tierra seca, muerta, con un árbol famélico. Mire la torre de tensión, como el esqueleto de un espantapájaros gigante con sus tres brazos metálicos y los cables de luz tensados. Llegué al paradero y decidí evitar subir por las nuevas escaleras y mejor, por debajo de las bermas, cruzar la pista y llegar más rápido al paradero principal.

### **19) Estado mental: Adentro del bus, me acomode en la ventana y miré los puentes que íbamos dejando atrás.**

Primero, el Puente Nuevo, con sus avisos inmensos y las personas repletas en todos sus lados; después un puente de peatones, amarillo, y más allá, el puente del Mercado de Flores. Las personas del bus estaban como cansadas, todas apretujadas, mire a una niña sentada con su madre. Ella era joven y parecía como aburrída y la niña estaba en sus piernas señalando por la ventana. A la mitad del camino, el bus se estancó en el tráfico. Todos los días sucedía lo mismo, una demoledora procesión de motores apretujados y andando despacito. Para estos casos los que mejores se ubicaban eran los micros, unos buses pequeños, que como espermatozoides se metían entre los agujeros que dejaban algunos autos y buscaban la forma de seguir el camino. A nadie le interesaba ceder espacio a otro, o avanzar por su carril, la idea era adelantarse lo más posible y meterse por encima de otros y de otros. Así avanzar por Evitamiento era un suplicio. Entonces aferrarte al tubo metálico, con todas tus fuerzas, y mirar las casas que iban pasando se tornaba una película espesa.

Bajé en el Puente Acho, todavía el cobrador no me había pedido el pasaje, así que caminé hasta la puerta principal y le pagué. Gracias barón, me dijo. Tenía como principio, desde hacía unos segundos, realizar todo lo bueno. Creo que ser bueno es un buen negocio. Si todo gira en el Samsara puede que ayude aportar mucho drama. Y subí las escaleras. Las monedas chancaban los vidrios de las cajas de tecnopor de los señores que en chaleco amarillo vendían marcianos de lúcuma, fresa y coco. El ambiente, cargado de bochorno hace un rato, empezaba a extenderse gracias a un viento fresco que giraba nihilista por los cuerpos. Las sombras se extendían más y, de lejos, las nubes dejaban ver el sol amarillo descendiendo.

Arriba, una señora vendía coco frito en bolsitas de plástico en una mesa. Sus ojos, en el marco que dejaba el gorro, eran tristes. Una fila de lustrabotas con un traje azul impecable sentados en sus aparatos de madera esperando clientes. Conversaban. El puente Balta estaba repleto de personas que vendían o caminan en todas las direcciones. Abajo, el río Rímac estaba agitado, *color zambito*, de aguas azabaches. Algunas veces el



puede ser usado por ferias ambulantes que vendían chicha de jora, hacían masajes, vendían baba de caracol o promocionaban la nueva antena que podía proyectar muy nítido todos los canales. Llegaban, ponían sus toldos, se quedaban algunos meses y luego partían. En otras ocasiones, como ahora, solo lo usaban algunos ambulantes que arrojaban sus mantas de plástico, azules, o amarillas y encima sus productos. Por ejemplo, estaban vendiendo imágenes de diferentes formas para las refrigeradoras. De cajas de cerveza rojas, sartenes azules. Un señor flaco, de chaleco negro, con gorrita, promocionaba la revista Magaly a un sol. Entré a La Feria Amazonas. Un hombre me miró y yo lo miré ¿quién sería? Ni idea, pero algo sabía de las miradas de mi ciudad. Si tu miras a alguien, ese alguien te mira y con mucho desdén.

Caminé al primer puesto de libros. El vendedor conversaba con un grupo de jóvenes. Y sentada una señora, de pelo rojo pintado y ojos pequeños, con un canguro negro cruzado en sus pechos desmesurados, miraba al infinito. Le mostré los libros.

-Nada amigo, no por ahora – me dijo el vendedor – pero... ¿ese País de Jauja es original?

Le pasé el libro y me dijo.

-¿A cuánto?

-Diez soles.

-Ocho puede ser.

-Ya claro.

-¿Tienes cambio de veinte?

-No, no tengo.

Me dio dos monedas, una de dos soles y una de cinco soles. Me dijo que el sol me lo iba a dar la señora.

Ella abrió su canguro, saco un grupo de monedas, contó dos de cincuenta céntimos y me las dio. Nos reímos: al darme las manos no supe cómo poner las manos. Es curioso, hay un arte en poner las manos o en dar sencillo. Cuando uno da una moneda a veces solo lo deja en la palma de la mano, otras veces son los dedos los que vienen como garzas y a veces se la dejan en la mesa de pedidos. Me fui con los otros libros. Entré a la primera hilera, la que daba justo a las rejas, por donde pasaron unos taxis blancos, y

caminé mirando algunos lomos de libros viejos. Recordé al sordo que a veces me compraba algunos libros. Fui ahí, lo saludé –estaba con lentes y una gorrita blanca- y me acerqué a su oreja. Puso su mano como cono y escuchó. Vendo Libros. Me pidió que se los mostrara y eso hice. Miro cuidadosamente cada uno y luego movió la cabeza. No, me dijo, quizá arriba te lo compran. Seguí avanzando. Me acordé de Abelardo y subí hasta su puesto. Estaban viendo la televisión y conversando de un poster de Janis Joplin. En la tele pasaban una huelga en la universidad de San Marcos, parecía que había problemas toma de universidad, algo así. Le mostré los libros y me dijo, no por ahora amigo. Así que me introduje en su librería. Era, de seguro, una de las más bonitas y surtidas. Los mejores poemarios estaban encima de los anaqueles como trofeos y muy cuidados dentro de plásticos. Vi algunos títulos. Me emocionó el de Francisco Bendezú, era una primera edición. Seguí. Ver libros sin dinero era muy triste. Llegué al puesto dónde venden toda clase de libros viejos y usados a un sol. Le mostré el paquete a la dueña, sentada en una silla de plástico blanco.

-Señora, todo por tres soles, qué dice.

-Miro el material. Eran seis libros. Poemarios delgados y un libro de crónicas de un poeta peruano famoso.

-¿Tres soles?

Después me pagó y salí de la feria.

Miré la hora, eran las cinco y media.

Todavía estaba lejana la hora de ver a mi papá. Así que me puse a caminar. Caminar por el centro de Lima es una de mis debilidades. Andar por una de sus calles termina siendo una manera de perderte y jugar a que eres solo conciencia. No hay nadie conocido que pueda mirar tus fachas o criticar tu modo de andar o de vestir. Entonces caminas ligero de equipaje. Pensé en comprarme un jugo de naranja. Pregunté precios y todos estaban ahora dos soles. No me convenía gastar tanto ahora. Penetré a la calle Puno donde el mercado principal estaba abierto y dentro vendían panetón con chocolate caliente, también sopa de mote. Pasaban algunos autos entre las personas. La basura se apilaba junto a charcos de agua sucia. En las paredes los de la escuela de arte habían dibujado en unos murales inmensos diferentes

paisajes con un aire vanguardista. El señor que vende cortaúñas, al otro lado de la vereda, seguía alzando su maquinita contra los peatones. Me detuve en el cruce y esperé que pasara el bus. En la esquina vendían mandarina y plátano. Por supuesto, sin pepa.

De nuevo empezaban a florecer las carretas de jugo de naranja, mejor no, no por ahora. Vi el Congreso de la República, lejano y vacío. ¿Qué estarían haciendo todos esos empresarios que vendían el país? ¿Qué estaría haciendo Nicanor Parra en este momento? Estará pelando mandarinas, explicándoles las leyes de la causalidad a unos niños, escribiendo un poema donde diga cómo se siente en este preciso momento, aunque juego con el yo poético y quiera aderezarlo de forma sarcástica

## 20) Estado mental: ¿Qué estaría haciendo Murakami?

Estará defecando, leyendo el diario, escribiendo su siguiente novela, contemplando una calle desde un edificio. Brillantes especulaciones. Era curioso compartir el mismo mundo, tiempo, con tanta gente increíble. Todos nos levantábamos, dormíamos, hacíamos el amor bajo el mismo y único sol.

Por otro lado, el congreso. Era un horrible lugar, horrible como los autos, no necesitaba verlo tanto para descubrir lo vacío que era. Bien, caminaría hasta Lince, estaba con tiempo. Crucé la pista mirando el suelo de brea destrozada. La ciudad tenía miles de agujeros en el suelo y la basura caminaba como otro peatón más. Llegué al otro lado de la pista y seguí avanzando. Un muchacho musculoso empujaba en su espalda un coche con un montón de cajas de cartón. Vi después de él un círculo de personas apiñadas alrededor de un hombre colorado. Era gordito, estaba como cansado, sudoroso, y con la camisa de tela desabotonada a la altura de su cuello. Sus ojos pequeños, cejas largas, el cabello al rapé. Explicaba cómo funcionaba su invento. En una mesita blanca tenía una alfombra repleta de basura, entonces encima pasaba una máquina parecida a una mota y todas esas partículas sucias se perdían. Era una aspiradora portátil. Una señora de pelo corto y pintado de amarillo lo compró. Seguí mirando. Volví a explicar. Descargó el contenido de la máquina sobre el tapiz y dijo.

-Quién no tiene problemas con el polvo, señor, señora, cuántas veces al despertarnos no sacudimos las sábanas y eso es lo peor, escuche, lo peor que uno puede realizar. ¡Al sacudir el polvo vuelve al mismo lugar! –una pareja de enamorados, chibolos, él con su gorrita azul de Nike tomándole la mano, y ella con una lycra morada, miraban atentos. Un viejito de camisa blanca, de franela, a cuadros, con su periódico enrollado musitaba y movía la cabeza-¡cuántas veces no ocurre eso! Lo que hace esta máquina es sacar todo el polvo, vea usted que fácil de usar es –empezaba a pasearla por el tapiz lentamente y, sí, absorbía todo el polvo- ve como queda todo limpiecito.

La realidad es confusa, nadie en realidad está pensando lo que yo pienso, y sin embargo compartimos lo mismo, todos dentro de nuestros propios frascos, en esta tierra, y situándonos creyendo tener cierto sentido o la razón.

Seguí caminando.

Llegué al enorme mercado mayorista central. En todas direcciones caminaban los peatones, entre los taxis detenidos en las pistas, disparando sus cláxones, avanzando lento, entre las veredas, saliéndose de ellas, la forma de caminar no era uniforme, por todos lados empezaban nuevas rutas. Caminaban conversando, llevando sus bolsas, o sujetando de la mano a sus hijos. Quiénes eran, a dónde se iban tan apurados, definitivamente no volvería a verlos nunca más. Se me antojaba entrar a la calle Capón, luego a un chifa y pedir algún plato raro.

Entré al pavimento pegado al Mercado y miré las boticas. En estas boticas, en las lunas de afuera, pegaban afiches amarillos promocionando toda clase de ofertas. Ofertas de shampoo, de tinte de cabello, de crema dental. Salí a la cuadra T y miré las banquitas, sentados más ancianos, muchachas jóvenes, al otro lado el baño público, en la entrada una señora encima de un estante de vidrio. El olor del anticucho se desprendía como las olas del mar desde los platos de plástico donde las carnes atravesadas en palitos resplandecían de jugo. Entre a la cuadra X, más vendedores ambulantes pegados a las veredas; en esta calle vendían sartenes en las paredes, un grupo de vasijas de cerámica. Vi a una flaca hermosa caminando junto a su madre. Ella era más bajita y de cabello corto, con una blusa, de seguro era su madre. Ella estaba con un bluyín ajustado y su cabello castaño le caían como dos alas por las sienes de su rostro. Terminó la calle y llegué a la avenida Abancay. Desde las dos orillas de la avenida empezamos a cruzar las pistas antes de que se pusiera verde el semáforo. Al medio, el policía de tránsito, con su casco blanco y el pito en la boca alzaba el brazo. Los peatones avanzaban rápido. Llegué al otro lado y entre en la calle Puno, en la boca de la calle empezaba la biblioteca central y al otro lado una peluquería atendida por hombres. Aquí la pista cedía paso a un camino de losetas, losetas ajustadas. Vi a un hombre pequeño avanzar con los ojos achinados mirando al suelo. Dos turistas pasaban tomando fotos. Un

muchacho de cuerpo pintarrajeado de verde se paraba como una estatua. Al frente, en un letrero, decía *APOYE EL ARTE*.

Después el primer semáforo, ya saben, la política era ser bueno, a ver cómo funciona esto. Me detuve, pasaban los autos. Un taxi negro, una camioneta, una furgoneta. Cambio a verde. Cruce. En el Museo de la universidad Garcilaso estaban parados los vigilantes con el pecho inflado y sus trajes impolutos. En esta calle los peatones se refocilaban más el cuerpo y se vestían con trajes de traje. Estaban las señoritas avanzando con sus tacones y faldas pegadas a los muslos. Los muchachos de saco y camisa blanca cargando sus maletines. Las tiendas pequeñas y pegadas a los costados ofrecían café y triples. Los edificios eran altos y las lunas a veces te reflejaban o reflejaban restaurantes donde, en mesas redondas, muchas personas elegantes conversaban y se tomaban fotos. Otro semáforo. Esperé el verde. Estaba esperando el verde. Por lo general, siempre que avanzaba me valía verga esperar el verde, cruzaba y ya.

Terminó Puno y empezó Cusco, al lado izquierdo, una tienda que ofrecía hamburguesas árabes y al lado derecho un banco de vidrios transparentes. Pasé por el centro cultural de arte, que a veces ponía su letrero negro con todas sus opciones escritas con tiza. Pensé que si encontraba a la muchacha estaba vez le hablaría. A vi la otra vez, delgada, muy linda, repartía volantes y explicaba los detalles. Junto a una anciana, de rulitos. Mire la escalera y nada. Seguí de largo. Pasé por una panadería, donde vendían mandarina y conversaban las personas en las mesas oscuras tomando café con mil hojas; después estaba el centro comercial Ripley, abierto con sus luces blancas pálidas y sentí el aire fresco –acondicionado– con evidente contraste con el tibio de la calle. En un quiosco verde de periódicos me acerqué a mirar los libros de una colección de ciencia. Yo tenía el primer tomo que era La proporción áurea y ahí estaban los demás, en tapa negra, dura, detrás de la vitrina. En ese quiosco también ofrecían boletos para los sorteos. Era una plancha de papeles rojos colgado de ganchitos en unos cordones de nailon.

Llegaba la noche, pero era lenta, pausada, aún, mientras pasaba por Jirón de la Unión –ambos extremos de Jirón estaban repletos de compradores, era imposible detenerse a mirar cada rostro, aunque mi sed por saber de

ellos era inmensa, no podía, pasaban, en todos existía algo que jamás conocería, algo que nunca podría ver del mundo, eso era lo que yo sabía, que nunca sabría realmente nada- me entregaron unos volantes promocionando ofertas en el restaurante KFC, fresca, suave. Los doblé y guardé en mi bolsillo trasero. Metí las manos a los bolsillos y me detuve a mirar unas vitrinas donde ofrecían zapatos de vestir, marrones. Los que usaba ahora me los había regalado un tío llamado Hugo. Zapatos bonitos, negros, como mocasines. Se prendieron las luces como naranjas jugosas y parecían medusas flotando en la tenue oscuridad.

En esa misma calle entré a una tienda y esperé mi turno. Cuando se desocupó una señorita entro de súbito y se acomodó rápido para pedir su orden. Eso ocurría a menudo. Uno entraba y alguien se te interponía. Bien, esperé. Le pregunté a la niña si vendían cigarros Pall Mall Convertible. ¿Pall Mall Convertible? Me pregunto cómo extrañada y me dijo no.

Al otro lado, vi que vendían jugo de naranja. Pregunté el precio. Igual, dos soles. Antes, me acuerdo, que estaban un sol. Bien, seguí la ruta por la calle L. Las veredas estrechas, pasé por las cuadras H, J y E, en línea recta, hasta llegar a la avenida Emancipación. El semáforo en rojo. En la esquina el banco BCP. Entre las personas que esperaban en la orilla el Súper Man de Lima. Un hombre flaco, vestido con traje del súper hombre. Su cabello engominado como una interrogación en la frente, sus lentes de poto de botella y su casaca roja encima del traje totalmente azul. Caminaba solo y todos lo miraban. Era como una estela que pasaba, flaco, solitario. Se fue en dirección a Jirón de la Unión. Crucé Emancipación pausado. En la calle siguiente los edificios altos y de frontis de vidrios escupían a los trabajadores. Jóvenes con chompas plomas y muchachas con tacos y celulares pegados a la oreja pasaban. Algunos árboles flacos inclinados en la vereda, un quiosco de periódicos y nuevamente el semáforo. Un hombre detenido mirando los traseros de las que avanzaban. Me detuve y miré a la calle de izquierda a derecha. Era la cuadra X.

En esa misma recta un hospital de la Solidaridad en una esquina estaba repleto de personas sentadas adentro, afuera, una niña vendía gelatina en vasitos. De diferentes colores. Pasé por la tienda de fotografía, única en género, y al lado, una tienda de café con aire modernito donde una jovencita señalaba las opciones en una pizarra verde a un señor enternado.

Nuevamente el semáforo, otra vez los autos en fila india. Y bajé por Quilca, en la tienda de la esquina compré los queridos Pall Mall Convertibles. Una señorita de ojos grandotes y pintados me atendió. Caminé por Quilca, por su vereda izquierda, mirando las ventanas de las casonas altas, abiertas y algunas con macetas de flores muy verdes, arrojando bolas de humo azul. Pasé por la tienda de señor Luna y me limite a solo verla desde lejos. Me detuve a prender un cigarro y crucé la pista a la altura del Bulevar. En el muro algunos posters de conciertos punks pasados y futuros.



## **21) Estado mental: Estoy tumbado en el colchón de mi cuarto**

Y Mara sentada en la silla plástica blanca con las piernas desnudas y encima de la silla como si fueran como especie de escalera. Ella me conversa sobre su día. Su día y yo me cambio el pantalón. Me cambio el pantalón recostado en el colchón para evitar que los vecinos me vean desnudo por la ventana, asunto raro ya que a esas horas no hay nadie en la calle. Mara llegó temprano, justo cuando me disponía a bajar a cenar donde mi abuela. Llegó con una sonrisa contenida, graciosa y hermosa. En el día, en diferentes momentos, me pareció verla. Ella estaba en la muchacha que vende sandía en el paradero secundario, estaba en la otra mujer que caminaba con un paraguas por la avenida principal, estaba en los gatos y en los perros, en el borde de la mesa, en las plantas de mis pies sintiendo el frío de la loseta, en mis pensamientos gruñones de querer que se quede a mi lado, que no se vaya definitivamente de este mundo, creo por los dos. Pero, ahora no estaba de modo abstracto, sino estaba ahí, cera, con su bolsa de comida de perros. Una bolsa plástica con comida en forma de aritos, con bolas rojas y verdes, envuelta y pulverizada carne de carnero lista para la dieta de los tres perros- Nuestros perros son como las fieras de Dante. De loba tenemos un perrito negro, flacucho que es el más tímido. Se llama, a falta de nombre y por costumbre, Oruga. Es flacucho el pobre y tiene la cara más desgraciada que he visto en animal alguno. No juega como los otros perros, sino vive dentro de una timidez que se refocila entre las piernas de alguien. Cuando me siento a ver tele con Mara él busca el regazo, acomoda el hocico y se queda tranquilo. La otra perra, es como la loba, representa todo lo opuesto a oruga. Se llama Safo, como la poeta lesbica, pero de cariño le decimos gorda. La gorda es una bola de pelos alborotados encima de los ojos y el cuerpo. Una vez le cortamos todo ese pelaje negro, espeso y blanco, virutas onduladas de vida, y quedo muy flaca. A ella no le importa nada del amor, ni los arrumacos, su fin en la vida y mayor placer es comer. Siempre que llegamos de algún lado es la primera en seguirnos a las excursiones que damos en la cocina, nos sigue al baño y nos mira inocente como preguntando o esperando que de algún lado saquemos algo que darle, cuándo Belén trae la comida en bolsas es la que salta más alto y la que come con más desesperación. A diferencia de los

otros perros, en la Navidad pasada a ella le dio lo mismo toda la sarta de cohetes que reventaron como millones de ballenas cantando *Bohemian Rhapsody* para ella era toda una canción de cuna y mientras los otros dos perros eran atendidos por nuestra inconmensurable paciencia, ella dormía con una placidez envidiable. El otro perro se llama Kafka, sí, como el escritor. La ocurrencia es mía, soy el culpable de tal afrenta al escritor checo y de que mi familia aún no pueda pronunciar el nombre completo sin equivocarse. Mi mamá, envés de decir Kafka, dice Bafta; mi abuela dice algo así como Karkas; mi prima Milagros dice algo como Karkal. En suma, el nombre Kafka es impronunciable para cualquier peatón que no lo haya leído.

No sé cómo haya sido el escritor en su vida, algunos afirman que fue bastante melancólico, otros dicen que en realidad era una persona de gran corazón, no sé, pero mi perro es flaco, caramelo y parece el león dantesco. Ah, verdad, una vez hartos de que Kafka nos mordiera todo lo dejamos en la calle. El flaco corría como loco por todas las cuadras, abriendo las bolsas negras de basura y saltando como un conejo, aunque más alto, y se juntó con una mancha de perros. Nos terminó ganando la nostalgia y lo trajimos de vuelta en la noche. Nunca más lo hemos dejado en la calle. No podemos. Los perros de la calle cada día son más. Llegan de madrugada, los deja la municipalidad después de recolectarlos de los barrios fichos y del centro de Lima. Abren una puerta de una camioneta blanca, sacan a los perros y se largan. Al otro día, la manada nueva se integra con la vieja y caminan todos como un río inmenso por las cuadras.

Fue el primero en llegar a casa, cuando nosotros vivíamos en el otro espacio, no aquí, sino al lado, cruzando los muros, en el ahora cuarto de mi tía. Estos perros han sido parte de una serie de problemas, conflictos, dolores y peleas entre Belén y yo. Empezando porque, además de tener a estos tres perritos, tenemos dos gatos. Y esos dos gatos son también parte de la familia. Nosotros parecemos más un zoológico que una familia. Es raro y cursi pero Belén ama a los animales. Cuando ve uno en la calle se detiene a cuidarlo, le soba la cabeza, le ofrece una porción de la comida que era para los otros perros. Una cosa así. Estos perros han destrozado todos mis calzoncillos, no solo le han hecho huecos sino se los han comido.

En sus restos de caca hemos visto pedazos de nuestros antiguos calzones. Se han comido todo lo que han podido, han cagado encima de la sala y en mi cuarto muchas veces, se han devorado algunos libros y meado encima de mi escritorio, mordido mi colchón, destrozado el sofá de la sábana, en alguna ocasión Kafka se ha meado encima de mí, en las esquinas de la casa, encima de todas las maderas. En algunas épocas donde Mara aplazaba su trabajo de limpiar la cagada de sus perros la sala era una copia en miniatura de un cagadero municipal. Los mojones después de estar frescos terminan fosilizándose y son más fáciles de levantar. Además de cagar y comerse todo, nuestros perros son hermosos. Los queremos, aunque tengamos que poner la tarima de madera de la cama y un pliego de madera a modo de puerta en mi cuarto y tirar el colchón al suelo a falta de puerta y para evitar despertar con los pelos flotando por todos lados. Eso, los perros dejan una caravana de pelos y otras partículas en el aire. No sé cuántas veces hemos desayunado pelos, comido quizá alguno de sus pulgas y otras partículas elementales. Son graciosos. Por otro lado. La Gorda no tiene estrés, vive en el instante y yo creo que sueña poemas. La Gorda es querible. Esta masa de pelos y lengua colgando que salta cuando llego y me olisquea el cuerpo buscando comida es la única que sigue uno de los juegos más dinámicos que existe: se pierde en la contemplación de un objeto cualquiera que se mueva unos momentos ante sus ojos. Hago oscilar palos de esconda o mis crocs y ella después de sentarse y cavilar el movimiento se lanza a querer morderlo. A veces alzo la escoba de tal madera que ella tiene que obligadamente ponerse en dos piernas y caminar para intentar morder la superficie de palo. Cuando en el baño, defecando y preguntándome algunas cosas sobre mi vida y el universo aparece la gorda le acaricié la cabeza y miro sus ojos color café. A veces beso sus ojos color café con una rapidez increíble. O le soplo los ojos y ella se estremece y luego muerde sus dientes. El sonido de sus dientes apretándose es hermoso, como un cocodrilo saliendo del agua, como un elefantito naciendo. En el aire perezoso habitan todas sus pelusas, como en mis pulmones a veces cuando me tumbo a escuchar música en el suelo pienso en todo ese movimiento microscópico. Una vez le saqué una garrapata a la altura de la nariz de la gorda. Era del tamaño de una pepa de aceituna, de color verdosa. La saqué con fuerza y la observé. Sus patitas se movían. La dejé en el suelo. Me despedí de ella y me sentí mal por unos segundos de ser

partidario de un asesinato. Pero estos animalitos se reproducen rápido y afectan a los perros. Los perros de mi casa son tres. Están bien alimentados por Mara. Se han vuelto dueños de las ventanas sin vidrio donde hemos colgado una colcha para evitar a los chismosos. Por un lado, de la colcha, ellos sacan su cabeza y le ladran a todo el que pase. Le ladran a las mototaxis, a los otros perros, a los niños que los molestan. Como no tienen estrés se la pasan jugando o corriendo todo el día. Terminé de cambiarme el pantalón y seguí mirando a Mara.

-Sí, el hermano de Frank nos va a ayudar con el logo de la academia. Me gusta que no sea tan cuadriculado, es medio artista. Nos ha dicho que le llevemos la idea de diseño.

-¿Entonces él no va a diseñar el flyer?

-No, como te digo, para manejar eso hay que manejar Corel. Él no sabe manejar Corel, el solo va a dibujar el logo. Necesita saber las letras. Por ejemplo, como en Coca Cola, como en D'onofrio. Así. -entiendo.

Mara no toma su vaso de té. Yo, contando con el que me acabo de preparar y tomar, debo llevar tomando en lo que va del día como ochenta mil vasos de té. Caliento agua, dejo que el té filtrante se expanda y pinte el agua hervida y después, sin azúcar, lo voy disfrutando. Es la segunda noche que pasamos juntos desde que decidió irse de casa. Al final, conversando el domingo en el cuarto de su papá se decidió todo. Ellos, claro, no me creyeron. Su papá especialmente siguió encerrado en su idea de que yo había cometido algo imperdonable. No lo dijo de esa manera. Estaba tumbado en su cama mirando la tele. Puso el Mute cuando entramos. Su mamá se colocó a su lado en la cama. Yo me senté en una silla mirándolos. Para darme aires de tranquilidad puse mis manos juntas, aunque en el transcurso de la conversación esta actitud manual fue mutando. Y Mara de perfil a mi lado. Belén estaba muy bien cambiada. Sus aretes en forma de bigotes clásicos caían como arcos, su cabello brillaba y era espeso y ondulado. Miré debajo de una cómoda de madera, ahí estaba la caja de herramientas de mi abuelo Julio que cierto domingo, después de que el

papá de Belén nos ayudará a hacer una escalera de madera, le regalamos. Era una caja vieja, sucia, que ni si quiera lavamos. Esa caja de herramientas la había comprando hace mil años mi papá en un centro comercial justo cuando empezábamos a vivir juntos. Nadie sabe dónde y en qué lugar van a terminar los objetos que tenemos o adquirimos y pensamos que son nuestros. Estaba impecable. El papá de Belén es bastante ordenado y metódico. Una vez, cuando mi primo Enmanuel y Lauren, su hija, eran enamorados y ella se escapó tarde, de noche, y se fueron a un hotel del barrio y cuando sus papás fueron a ver como dormía su pequeñita se dieron cuenta de que no estaba y después la llamaron por teléfono y se encontraron en la avenida principal el viejo no dudó ni un instante en darle un puñete en la cara a Enmanuel. Lo lanzó al suelo, encima le dio unas patadas en las costillas, mientras Lauren gritaba y lloraba. Por otro lado, su papá se dedica a trabajar manejando los camiones del hermano de la mamá de Belén, de esta manera ha logrado viajar por todo el Perú. Sus viajes son su vida y repletan sus conversaciones. Alude a lugares, paisajes, vicisitudes, conflictos y problemas. Su aire de señor tranquilo, serio, cuidadoso en su vestir y buena gente, parecen traducirlo como buena persona, de una soledad y auto exigencia muy grandes que lo ha llevado a estar en soledad. De joven quiso ser científico, estudió el cielo, pero fue ganado por la vida del barrio, las mujeres, el alcohol y la coca cola. En lo que se parece a Mara es en su terquedad, su inflexibilidad y sus ganas de ganar las conversaciones, porque no hay otro objetivo que ganar cuando se conversa en mi barrio: la de ganar, dejar al otro aplastado, aunque no siempre en mala onda, sino, a veces, con cariño, como quién te dice sonriendo yo tengo la razón. Así se definen las identidades. Creo. No estoy seguro. En todo caso. Es una persona de un carácter digamos explosivo, que dejó de beber y frecuentar mujeres hace años y se casó con su esposa y ahora se dedica a trabajar en la oficina de su cuñado. Se llama Alfredo. Mi relación con él ha sido difícil. Primero porque no tengo la costumbre de arreglar nada en casa, todo lo que se arreglable me sumerge en el aburrimiento. El señor si es muy dinámico en ello. Suele tener mucha energía en entornillar o sacar cálculos para un arreglo, o una pequeña modificación en casa. Su hobby es ver vídeos de reparaciones y de cómo armar cosas por Youtube. Quería armar una embarcación e irse a pescar. La que sea. Trae todo lo necesario para eso. Así fue cuando, por ejemplo,

reparamos la escalera de caracol negra de hierro de la casa. El señor trajo toda la maquinaria. La fuimos a recoger a La Victoria. Estamos en un cuarto pequeño, de cielo de eternit ondulado, y un domingo por la tarde de inicios de verano. Vive aquí porque de su casa fue expulsado. Lo denunció su hija Dana después de que él le llamará la atención cuando ella estaba conversando con un muchacho en la calle. Le dijo algo como que pasará rápido, qué haces en la calle; y a Danita no le gustó el tono y le increpó justicia. Entraron a la casa y él le tiro una cachetada en la cara pelada para que deje de ser tan bocona. Ella se fue llorando a su cuarto tirando la puerta, llegó Liza y se fue contra el viejo. La tuvo que coger Lisset de las manos y llamando a Luis, Michel y Dana se fueron a dar una vuelta. Liza quería irse de la casa a vivir con su enamorado y mandar todo a la mierda. Lisset llamó a Mara. Sacaron los colchones de su casa hasta nuestra casa. Los cargaron enrollados Luis, Dana y Michel. Las mayores, Lisset y Liza se fueron a la comisaria a poner la denuncia. Mara y yo empezábamos a vivir juntos y ellas llegaron. Liza trajo a su perro Astron, un pitbol asesino de cabeza inmensa. Esa noche, Belén me encontró en la puerta de la casa. Dimos una vuelta por el barrio, terminó de explicarle la situación y yo dije ya. Subí a la casa y encontré a todos sus hermanos. Su papá fue obligado a ir a terapia psicológica, quitaron la denuncia y se fue a vivir con el primer hijo de su esposa: Rudy. Él vivía con su hija y su esposa en un viejo edificio cruzando el puente, en Manuel Scorza. Ahí se fue a vivir primero, era un lugar pequeño y buscaron otro departamento. Llegaron nuevamente a Seremsa y ahora vive aquí.

La mamá de Mara continúa hablando. Estoy nervioso. No sé cómo empezar a explicar lo ocurrido. Es como lo siento, como un juicio. Y yo, ahí condenado, recriminado, por mis delitos. Estoy con una camisa azul a cuadritos -la única presentable que me queda-, de manga larga, abotonada hasta el pecho, aunque no suelo ponérmelo así, hoy hice una excepción. El pantalón es el mismo que usé para año nuevo: azul noche oscura de cuerpo y focalizada como la galaxia de Ors en las pantorrillas. Y recuerdo, en ese justo momento, un cuento que hace años escribí sobre Mara y yo, justo antes de que nos fuéramos a vivir juntos.

## 21.1) Cuento: Todavía no se odian

*(cuento escrito en los periodos de relación de Mara y Matías, publicado en el blog El ego herido)*

Pero ya no se entregan como antes a la atmósfera irrespirable de aquellos cuartos oscuros que por veinte lucas te ofrecen un rato de intimidad. El delirio es un perro que nadie quiere sacar a pasear. Enroscados, moribundos, sudorosos hasta el hartazgo, se van acumulando una sobre otra todas las noches que pasan juntos, recuerdos piensan, imposibles de borrar.

Sus amigos se encargan de guardar la memoria de apoyo, recuerdos nítidos de su relación. Instantáneas tomadas de noche, donde salen abrazados bajo la luz amarillenta de un poste de luz, sonrisas intensas, viejas historias que se guardan en cajas de zapatillas, bajo la cama.

Cartas de ortografía terrible y lenguaje desmesurado. El amor tiembla en cada punto seguido y los te quiero son manchas de tinta líquida. También hay dos poemas que él escribió, copiando mal a Jaime Sabines.

La primera vez que hacen el amor, ebrios, azules, fundidos en uno solo, mientras al otro lado de la ventana, la ciudad se destruye, los gatos saltan y la hipocresía avanza bajo la lluvia, en formas metálicas, entre bocinazos y mentadas de madre. No hay más verdad que la suya en ese momento.

Los siguientes días caminan solos. Y se van quedando solos. Piensan a retazos, duermen poco, prometen verse a escondidas, mandarse sms todas las noches. Investigar en sus cuerpos las respuestas.

La segunda vez que hacen el amor ya no importa la calle, ni los gatos, nada, sólo la tibieza de quedarse agotados.

Y cuando alguien los encuentra en una avenida, no saludan, pasan de largo.

-Esta noche me quedo contigo -le dice ella a los cuatro meses de conocerse. En la oscuridad el buscara su ombligo. Pensó que se trataba de una broma. O quizás, una de sus locuras. O las dos cosas también.

Encuentra su centro. Acaricia su agujerito negro. Husmea.

- ¿De qué hablas pequeña?

-Que hoy me quedo... me quedo contigo.

Tirados en el colchón de paja, entre las sombras que se clavan en sus cuerpos. Observan los agujeros celestes del techo. Es la casa de su abuela. Otro agujero llamado El Agustino. Afuera el zumbido de las motos taxis es la única música posible. No hace frío. Todavía no.

El sol se pierde entre los cerros.

Entonces despierta.

Hilachas de nubes se rompen y de golpe, la luna.

- ¿En serio?

-Sí, en serio amor.

Viajan en el último asiento de un bus destartado. Tardan una hora. Discuten con el cobrador por cincuenta centavos. Ninguno de los dos cede. Él, resignado, rabioso, le paga de más. Que lo goces, *conchatumadre...* lo maldice para sus adentros. Luego se queda ensimismado observando los mojones luminosos que marcan el camino a casa. Ella lo abraza, ladea la nariz en su cuello y finge sueño bostezando en su pecho.

El cuarto queda en el último piso de un edificio flaco y sin pintar. Cruzan el laberinto de cordeles repletos de ropa mojada. Es inútil no mojarse. Garua interminable. Cielo roto. Ella juega a no pisar las rayas de la vereda. Casi resbala.

Mete las llaves.

Gira.

La primera impresión es triste. El peso de la soledad. Un cuarto en el último recodo del mundo. Ella observa los papelitos con los cuales él - a falta de pintura - tapizo su cuarto. Más de una vez le pregunta por esos personajes. Poetas, escritores y cantantes impresos en A4, en tonos grises.

Él le recita su poema preferido. "¡Es mi oración!"

¿Bukowski? No recuerda a ese santo.



Las camisas que cuelgan detrás de la puerta sobre clavos, es lo único ordenado del lugar.

-Mira, aquí tengo los periódicos de hoy -le dice él, alzando unos papeles enrollados- Comentaron el libro de Marcos. Le dieron con palo. ¿Sabes? me llegan los críticos...

-Por favor, no me cuentes eso -le responde ella-. Ven, vamos a dormir.

Aprieta el botón rojo de la tv. Repasa los canales, maniaco. Toma respiros en algunos noticieros, y se ríe a carcajadas de esos programas idiotas que pretenden ser ingeniosos. Es su costumbre revisar la tv, para confirmar que el mundo sigue igual.

- ¡Pura mierda!

Ella lo apretuja por detrás, dejándole un rastro húmedo por su cuello, sus labios se deslizan como caracoles, empieza a trabajar los botones de su camisa, ansiosa por liberar la mata ondulada de su pecho.

Lo abraza, se besan.

Ella cae en la cama y piensa en el rostro de su vecina, la Miriam, burlándose de sus ojos llorosos. Piensa en los cables de luz que cruzan el cielo de la cuadra y en las zapatillas viejas que cuelgan de ellos, en animales fornicando a plena luz del día. En el atardecer visto a través del celofán, de su melancolía.

Cierra los ojos. Oscuridad. Silencio.

Él separa sus cabellos mojados y se acomoda contra ella.

\* \* \*

Los primeros trabajos son terribles.

Ella no se acostumbra a restregar los pisos del McDonald, ni a vender paquetes estéticos por teléfono, está cansada de esbozar sonrisas amables sentada en la caja de un centro comercial. Pero le urge, pues tiene que pagar sus estudios en la universidad. No hay salida posible.

Aborrece a las personas que habitan esos lugares. El ambiente optimista que reina es insoportable. Sus compañeros le dicen que cuando pase el trapeador por el suelo no se encorve

tanto. "¡Te vas a joder la espalda!" Por ocho horas aparte del sueldo recibe una hamburguesa para el break de 40 minutos. Elige la de dos cuartos de libra y una gaseosa 7up. Sin mayonesa y sin mostaza. Se queda sola y mira el sudor de sus manos, las rayas de sus manos. ¡Están increíblemente rosadas! Por un momento piensa en él, mientras mastica, tira el resto de la hamburguesa a la basura, antes de acomodarse el pelo tras la malla de plástico, observa la salsa de tomate en sus labios. Solo un par de horas más.

La expulsan por quedarse dormida en la clase de Antropología.

A los pocos días de estar trabajando capta que sus compañeros actúan como autómatas. No aguante más de un mes, piensa.

Se hace amigo de un hippie uruguayo que vende collares sobre una manta de plástico arrojada en el suelo, pegado a los escaparates de Metro, y fuma porros de marihuana mexicana. ¡20 soles, amiguita!

Algunas veces comparten un pucho, sólo uno, y hablaban de viajar. Ella añora las carreteras, los cerros colándose en el mar. Sueña, respira fuerte, tose. Él le dice que se apure. Le dice que el mejor cigarrillo de su vida se lo fumo a los pies de la torre Eiffel. Ella sueña con eso: fumar el mejor cigarro de su vida.

Los días pasan.

Cuando le cuenta sobre su nuevo amigo, él no le dice nada. Se queda callado frente a un libro abierto. Aunque no avanza en la lectura, sigue en silencio. Luego se encierra en el baño. Y ella escucha la ducha abierta, pero intuye que no se baña. ¿Estás bien? Sí, no te preocupes.

Pronto entiende. Es celoso en extremo. Deja de frecuentar a su amigo uruguayo. Bebe café para mitigar el sopor de las clases. Pasa de ciclo. Consigue una rutina. Levantarse, (cuando él todavía ronca a su lado), calentar el agua, aun en las tinieblas, y prender la tv para acompañar su pan con mantequilla y manzanilla sin azúcar. En una tetera hierve el agua, después lo arroja en una batea y en chancletas, corre las cortinas de plástico para darse un baño. Se sienta en un balde y con un plató se moja la cabeza.

Más tarde, apachurrada en el bus, piensa en su madre, en su hermanito, en la cara de caballo del señor que le cobraba veinte céntimos menos en la bodega.

Y se aprieta más fuerte en el pasamano mugroso, y otra vez discute con ese idiota que intento rosarla. Se abre paso entre las personas, llegar temprano, evitar los descuentos, pelear por los veinte centavos de más que los cobradores imponen alegando alza de precios.

\* \* \*

Él la espera despierto y en calzoncillos, frente al televisor encendido. Ya no lee, ya no escribe, ni frecuenta a sus amigos bohemios. Llega tarde, mucho más estresado y carcomido, a sentarse al filo del catre. Busca en su eterna cajetilla de Lucky Strike, fuma dos o tres cigarrillos, haciendo tiempo para que se duerma y así poder evitar alguna muestra de cariño, programa el televisor y se tumba sobre la almohada.

Ella deja de preguntarle ¿Qué tal tú día, amor?

¿Son felices?

¿Se lo preguntan?

¿Importa?

Él empieza a masturbarse a un lado de la cama. Su lado de la cama. Marcan lugares. Ella a la izquierda, el ala derecha. Se amanece descargando pornografía en su computadora. Las ojeras son terribles. No piensa buscar trabajo.

Sigue llegando tarde. Ella no dice nada.

Él engorda. Suda. Le crece la papada. Se ve obligado a usar lentes. A esconderse. Sólo frecuenta la noche, con un gabán raído que choca con el suelo. Usa pantalones extra-largue. Lee menos, espaciosamente. Bebe con más frecuencia los fines de semana. Se pierde algunos días. Vaga y sufre.

La cama es grande y ella se queda mirando películas subtituladas hasta las cinco de la mañana. Lo extraña y sufre también.

Llega buscando problemas. A veces llora sosteniendo su cuerpo en la pared, la busca en las tinieblas. Rompe lunas, adornos,

despierta a los vecinos. Patea la ropa amontonaba, cae entre sus gritos, lagrimas, se mea en los calzoncillos y se duerme. Ella escucha todo en su lado de la cama. No puede dormir.

Ella está por graduarse en la universidad. Ha conocido mucha gente pero ya no le cuenta nada a él. Es conocida en su pequeño círculo de amigos. Es querida y deseada. Esta más guapa que nunca.

Tiene amigos que la llaman por teléfono, la acompañan en taxis hasta el edificio, la invitan a salir. Ella sigue pagando las cuentas. Ella no quiere dejar de ser independiente.

Uno de sus amigos es un profesor de filosofía, se conocieron en la academia pre-universitaria. Es bajo, narigudo y usa unos lentes enormes. Ella empieza a disfrutar las noches rebotando entre cantinas, cines y cafés con sus amigos.

Cristian así se llama el profesor le regala un CD de Silvio Rodríguez. Ella queda fascinada. Te doy una canción, es su tema favorito. Escucha la canción de madrugada, piensa en él, cuando lo conoció, tan flaco y tan suyo. No se permite llorar.

Otras veces, no puede. Entonces las notas musicales deshacen sus ojos en llanto.

Discute de cualquier cosa, gritan, se insultan, se piden perdón.

Cristian le pide su número telefónico. Ella se lo da sin rodeos. Hace tanto que un muchacho no tiene tantos detalles con ella. Comen empanadas en la avenida Wilson. A ella no le gusta echarles limón. Se ríen de los gansos en el Parque de la Exposición. Pasan de largo por la alameda Chabuca Granda. Él le cuenta las aventuras de Diógenes. Ella piensa más y más en él.

El otro no vuelve a esperarla con la tv encendida. Deja un espacio para que se acomode, duerma, no joda.

Ya no tiene detalles para ella.

\* \* \*

Ella a veces encuentra los poemas borrados, mal escritos, arrugados, que él escribía. Los esconde entre sus fotos en una caja de zapatos. Los mete debajo de la cama. Una noche sus amigos quieren conversar de Bataille. Ella no ha leído a Bataille. Nadie ha leído a Bataille, pero todos quieren conocerlo por que escribe de sexo.

¿Qué ya te tienes que ir? ¿Tan pronto? Le pregunta, sempiterno Cristian tras el humo de su cigarrillo.

Sí, tengo que llegar a casa temprano, dice ella.

Mira su reflejo a contraluz en las ventanas de la habitación. Tiene 21 años. Esa noche vuelve a esconderse con los manuscritos de él en el baño. Lloro.

Algún tiempo después, quizá a las tres o cuatro de la madrugada, los dos en su lado de la cama, pasean los ojos por el cielo raso.

Están borrachos.

Han llegado tarde. Huelen a sudor, a fiesta.

Cada uno ha tomado con amigos distintos. No recuerdan cómo llegaron a la cama. Una lengua de bruma les borra parte de la película. Quizá un amigo en hombros o algún taxista buena gente los entrego a su lecho.

La televisión esta prendida y suena una voz metálica prediciendo el fin del mundo.

El amor es una palabra que evitan esa noche.

Cada uno vaga en sus recuerdos.

Entonces sus cuerpos están ahí, cada uno en su lado de la cama, nada más.

## **22) Estado mental: Hablaba la señora Hilda.**

-Pensaba que podías cuidar a mis hijas. Tú sabes que yo solo me he dedicado a mis pequeñas y las quiero mucho. Y a ti también te quiero mucho. Por eso no puedo entender lo que has hecho. Claro, tú nos dices que nadie sabe lo que uno está pensando, pero igual yo respeto mucho tu relación con mi hija. Yo soy consciente de todo lo que ella hizo para que funcione. Iba a terapias, conversaba conmigo.

Los ojos del señor Alfredo miran el vacío. La tele está apagada, pero sigue botando imágenes. Son ojos pequeños, almendrados, brillantes, como de alguien que hace fuerzas para no llorar. El perfil de Mara es igual de triste. La señora Hilda tiene el cabello desordenado y un rostro de niña buena, una inocencia en la forma de mirar y decir el mundo. Ella tiene un carácter más combativo, aunque ha ido menguado todo por el peso y los achaques de los años. Cuando la conocí no escatimó en gritarle, sin asco, en la calle y mandarla a su casa. Estaba mostrándome un block con todos sus dibujos, algo que después me confesaría que nunca realizaba, ya que para ella el arte, es decir, sus dibujos eran un asunto muy personal. No pretendía ser artista sino seguir el fluir de su naturaleza. Mara y sus hermanas ya eran muy adelantadas en muchos sentidos, no eran bobas ni estaban encandiladas con ser chicas de vestir ajustado y de mirada fácil.

La primera vez que tuve conocimiento de Mara fue por su hermana Lisset.

Lisset llegó a mí por otra muchacha, Estrella. Estrella me gustó en una fiesta donde bajé con un amigo llamado Manuel. Estrella me gustó como me puede gustar el helado, era un cono con dos ojitos de dulce y una sonrisa breve. Era un superficial y encantador imbécil, flacucho, con mi yo de esa época, muy en plan de “querer vivir” “querer sentir” “querer hacer cosas” buscando el amor en fiestas de sábado hasta las once de la noche. El tono era en el local del primer piso del hotel de la esquina -el mismo donde subieron Lauren y Enmanuel tiempo después, el mismo donde ahora hay una antena que arroja señales para teléfonos móviles- imbuido de luces rojas, verdes, azules que pasaban como constelaciones por los rostros de todos. Decidí no sacar a bailar a esa muchacha. Me acerqué a su amiga. Después supe que se llamaba Lisset.

Más tarde encontré a Lisset en la calle y le pregunté por su número. De seguro, ella me odió por usarla de ese modo, por hacerla solo puente de mi ¿estupidez? Enamoramiento de Estrella.

-Mira, yo puedo entender lo que has hecho porque eres muchacho – el señor hablaba lento, pausado, no sé si eligiendo sus palabras, pero sí con una responsabilidad de tener el sentido común mayor. Era el padre de mi novia, el mismo señor al que había ofendido por mi comportamiento. Quería que ya terminara ese momento. Pasar la página. Al final, ¿Mara seguiría viviendo conmigo? – pero cuando algo se rompe, se rompe. Yo no te puedo dar confianza de estar de nuevo en mi casa, con mi familia. No sé cómo termine la relación con mi hija, pero ella ya ha sufrido bastante. Creo que tenemos que tener una buena conducta, elegir bien lo que queremos. Ustedes son muy jóvenes todavía. Y a veces cuando uno lee muchos libros se distrae, no sabe lo que es bueno o malo, cuando sucede eso lo mejor es meterse a una religión, creer que existe un Dios, de esa forma, tener más control, vivir mejor. Hay que vivir mejor. De la mejor manera.

La señora Hilda era la antípoda del señor Alfredo. Ella venía de una familia de provincia que llegó a Lima a realizar negocios. De joven, se escapó del campo a la ciudad porque no le gustaba la sierra. Estuvo sola en Lima buscando empleos y se quedó de empleada en la casa de una tía.

Sus hermanos eran negociantes natos. Vivieron frugalmente y rápidamente hicieron un edificio de seis pisos en Seremsa, el más grande del lugar, se ubicaron todos los hermanos en cada piso y empezaron a comprarse lotes en los mercados de Lima. El hermano Lucho compraba cantidad de locales y despilfarraba todo tomando. Fue el quién le dio un negocio de una avícola a la señora Hilda y el primer piso donde viven. La señora después de trabajar en la avícola con sus hijas Liza, Lisett, Belén y Lauren enfermó por la humedad y la falta de alimentación, de tuberculosis, tuvo que dejar el trabajo y se aisló en la depresión. Tenía 40 años y estaba embarazada. Su esposo llegaba, se amistaba y le dejaba embarazada para irse a seguir su vida. Hizo eso nueve veces. En ese lapso, cuando esperaba a la niña que en el futuro sería Dana, ella conoció a una señora llamada Flor. Entendió su problema y le dio ayuda. Ella participaba en un grupo de venta de productos para la salud llamado OMNILIFE. Gracias a esos productos la señora Hilda se curó de sus enfermedades, conoció más a fondo el proyecto y se integró. Ahí descubrió

que su vida podía tener otro tipo de horizontes, no solamente ver las novelas por las tardes y esperar el dinero de su marido, sino salir a ganarse el dinero día a día. OMNILIFE que ya en México era una multcadena millonaria que compraba estadios, aviones y equipos de fútbol. A la señora le fascinó la dinámica del trabajo, la idea de que era ella arquitecta de su vida, de que con esfuerzo podía alcanzar el éxito. Funcionaba en base a cadenas. Comprabas tu inscripción a la empresa, posteriormente productos y los ofrecías en reemplazo de los que normalmente consumen las personas. Así, envés de tomar el Nescafé o el café Kirma podían optar por el Cafecino, más caro, sí, pero con extractos de alcachofa, es decir, con más antioxidantes. Sí, por cada producto que ella vendía, ganaba el dinero de la venta –que era algo más de lo que a ella le costaba- y un dinero que se acumulaba en un cheque mensual. A demás, podía inscribir desde ella a otras personas, como una pirámide, donde cada una de las personas que le compraran productos automáticamente hacía engrosar su cuenta personal. Se alivió de sus curas y desgarros espirituales y trabajo con tesón en la cadena y alimentó a sus hijas diciéndoles que ellas eran fuertes, que ellas eran autónomas, que nunca se dejaran mandar por nadie. Ellas crecieron admirándola, como la mamá gallina que era y es.

-Papá y mamá, yo quiero darles las gracias por volver a recibirme en su casa –estaba vez Belén empezaba, era la primera vez que hablaba en el lapso de nuestra conversación. Como su padre, se explicaba y recreaba de modo pausado- yo siento que de verdad me faltan todavía completar algunas experiencias con mi familia, con ustedes, por eso he decidido, claro si así lo quieren, volver a la casa –Como un vidrio cayendo de mil pisos, se me estrujó el corazón- siento que en este tiempo debo todavía aprender mucho de ustedes para ser una buena persona.

Salimos del departamento sin hablar. Rudy nos cerró la puerta, estaba en la sala viendo su Facebook. En los cables tensados de luz jugaban dos palomas. Abajo pasaba una señora de ropa holgada, junto a su esposo que llevaba delante a sus dos perritos atados de unas cadenas de tela roja y azul. Los perritos eran pequineses. Solían caminar juntos. Eran una de las pocas parejas que todavía caminaban juntos en el barrio. Paseando a sus perros. A fuera de la casa, en un espacio que funcionaba como balcón, aunque sin muros, el señor Alfredo había puesto a sembrar ajo. A veces, en ese espacio, sacaba el cilindro que había fabricado y empezaba a cocinar



tajadas de res o de chanco. Ya estaban brotando, como pelos hirsutos y desordenados.

Uno de los flyer promocionaba un concierto pasado de la banda punk S.Q.P. Otros eran de una fiesta de fin de año. Estaban mal pegados, sucios, desgarrados.

Seguí caminando en dirección a la avenida Tacna. De lejos, me pareció ver a alguien conocido.

### **23) Estado mental: solitude**

Tengo ganas de solo sentarme y dejar que todo lo que pienso y siento fluya en el papel como una colcha sobre los cuerpos fríos antes de la noche. Que detrás de mis palabras, aquellos jóvenes hagan el amor dentro, muy a dentro, de la claridad que disparan sus cuerpos. Que detrás de las palabras broten las emociones, se diluya el tiempo que observo, la forma como la ciudad da sus bramidos y como la palabra bramido no cabe dentro de lo que mis ojos ven. Hoy amaneció con frío, nublado y con gotitas de lluvia zarandeándose en el aire. ¿Uso aquí las mismas palabras que uso cuando me comunico con otros? Posiblemente no. No. Cómo dije, me he terminado convirtiendo en un robot sentimental. Por fuera, cuando estoy con mis familiares o con Belén suele ser atroz, callado, taciturno. Me carcome el deseo de ver el movimiento de cada acción pequeña para poder después traducirla en palabras, sobre la conciencia blanca del papel. Entiendo, me consta que no debo forzar la rapidez con la que emana cada una de mis ideas, la cuestión está en saber cuándo detenerse, aunque a decir verdad no sé cuál es la verdad del asunto. A veces me gustaría ser un poeta afincado en una época política donde el uso de la palabra sea justificada por el uso de la acción. Esto de seguro es una forma de no mirar con ancha lo que rodea ciertos límites sentimentales. Quiero ir a caminar por las calles, perderme un rato, pasar por el parque de mi barrio y así, sin pensar en direcciones fijas, seguir con el trayecto. Sentirme de nuevo parte de una canción, como los colores y la luz forman parte de las gotas. El sentido común adulto es una mierda, por todos sus lados mata la ternura. Hay que verse presentable, hay que tener algo que decir, hay que ser bueno, pero esto no es un deber cuando uno es tierno sino un fluir propio de aquella naturaleza. Tecleo con mis dedos torpes con los que no sé cocer ni cogerte la mano. Tecleo con mis dudas, con los miedos de quedarme siempre acallado, con el apuro de saber que las personas no perdonan y de que nos determina todo el tiempo, aquí no solo hago hora, sino hago hora. Presencia. Es una forma de pensarme. Abrirme. Me gustaría no saber nada de lo que sé y perderme en algunas ideas que de seguro ahora que las pienso me pueden parecer ridículas. Mejor así. Perderse en lo ridículo,

perderse en el juego, perderse de pensarme tanto que ya me impida a mi mismo actuar.

No soy el problema de mi vida, pero cuando pienso en los escritores y poetas, tan claros en sus letras, pienso también en que detrás de aquella claridad se esconden dolores, días y noches con sus fuerzas y detalles cotidianos, con sus tormentas, con sus amores, con la leche y el café todavía en la bolsa triste del estómago, con todo esto y sin poner nada de eso en su claridad. Es decir, estar encima de lo denso y mediocre que puede ser vivir con personas que no sueñan, que no piensan más allá de los canales de tv. No, este no es el problema, si uno quiere escribir, escribe y punto. Se calla, se deja de tonteras y se pone a escribir. No hay más opción, no hay excusas. Lo sé, pero saberlo no me hace ser mejor escritor. Pienso que puede ayudarme conocer más de la tradición donde estoy sumergida, algo de lo occidental y algo de lo mundial: todo eso, como magma de la visión que quiero. ¿Pero de qué quiero hablar? ¿para qué me quiero sentar día a día a escribir? Bueno, si lo pienso así, de ese modo, quisiera dejar huella de ciertas emociones que aclaran la vida, hablar de la vida misma, de las atribulaciones y pasiones de la gente de mi época y hacer la conciencia del hombre y mujer actual. La conciencia, al margen de los miles de interpretaciones que pueda tener en diferentes ámbitos, la entiendo como la forma de observar el mundo. Creo que hay otras formas de ver el mundo. Si solo nos encerramos a lo cultural vamos a convivir con una de sus formas. No hay problema, porque históricamente ha sido así. Toda mirada está cargada de conceptos. No quiero seguir cargado de conceptos. No quiero mirar la pampa de mi barrio, con sus postes y sus árboles saltarines y pensarlo en palabras. La idea está en hundirse en esas aguas, en ese océano, y escribir desde esa bitácora. Mi poética es esa fuga. ¿Pero acaso las palabras no son límites, no imponen un estancamiento de lo fluido de la vida? Sí, por eso, la idea está en esculpir en lo que fuga. Amo el lenguaje detrás de las formas, me gusta más la visión y la misión. Detrás de los versos, de su orden expuesto con delicadeza y entiendo que su orden se debe también a un rigor por expresarlo con el deseo más certeza, hay una forma de ser, de mirar, de estar en el mundo. Eso anhelo, eso me gusta de la poesía más que una palabra perfecta yo subrayo un tipo de conciencia, una forma de entender, ver y sentir el mundo. Eso está al margen de los valores que puedan tener la forma. Todas las formas están condenadas a

morir. Las maneras de ver el mundo están siempre abiertas ya que no se proponen una construcción de valor artístico sino humano.

## **24) Explicaciones de lo anteriormente dicho evidentemente explicado: Hablar de lo humano en esos sentidos**

Y no quisiera ser consciente de lo que digo sino hundirme con las manos en los bolsillos en las calles de mi barrio, y conectarme con las del mundo, estar en las afluentes dándole todo mi amor a los que me rodean. El arte no sirve si no abre ojos o manos, si no se estira para tocar a los demás. ¿De qué sirve entonces lo que hago si pienso de otro modo lo que veo? Ahí está el dilema, otro, complejo, ya que para decir lo que quiero decir es necesario un esfuerzo del cuál no sé cómo empezar. Bill Evans, un jazzista precioso, sugiere que uno aprenda todo el lado formal y en base a esas estructuras cree las suyas. Pienso en leer solo a 4 poetas, los que yo considere mejores y 4 porque son las patas de lo que puede ser una mesa: aprender, tomar nota, estudiar sus formas. Dándole vueltas llego a la idea de que pueden ser Eguren, Vallejo, Sologuren y Eielson. Con esas ubicaciones, durante un tiempo, hundirme en su proceso tanto creativo como teórico. Es más, ahora sí creo que el poema es solo una excusa para tocar la cabeza de la ballena, para hablar de temas arraigados en el alma de las personas. El mejor poema es el que se siente vivo, en todos sus sentidos, y allí me dirijo. Pero no sé, ando atribulado a veces, ubicándome aquí con miedo, asco, temor, como sin tener direcciones fijas, marcadas, como queriendo y no queriendo saltar. Esto no es diferente, la poesía es la vida, la vida como una forma de mirar y de tocar el mundo. La poesía son los bolsillos donde hundo mis manos y mis dedos tocan todo responsablemente. Evans también hablaba de un tipo de conciencia universal. Imagina que todos tenemos algo que nos une, algo que detrás de nuestra personalidad nos hermana, todos nos conmovemos con algo: quizá el arte, sea, ese lenguaje. No me refiero al ARTE me refiero a cualquier manifestación que salga de la ruta de lo entendiendo por la naturaleza de la sobrevivencia. Ahora se habla mucho de eso: nuestro cerebro, que configura el sentido del espacio y del tiempo donde nos ubicamos, que fabrica tiene glándulas que fabrican hormonas que nos hacen sentir del modo que estamos, que manifiesta una vida eléctrica de péptidos que transportan la realidad en ramalazos de energía, por obra y gracia de la sobrevivencia se ve sumergido y encerrado. Ya Huxley hablaba de que las formas de expandir conciencia pueden ser mediante los

alucinógenos. Me parece que el sentido del poema debe ser atacar esa ubicación mental en la que un ser se halle, para liberarlo de sus ataduras mentales, sean prejuicios o sean apegos. Una especie de curación del alma. El alma tiene que ser curada. Hablo de alma como conciencia o, siendo más precisos y gnósticos, como esencia. Hay algo divino como científico que asegura que estamos encapsulados en nuestras maneras de entender el mundo: solo aplicamos una porción de la energía cerebral. Ahora, claro, quizá este trabajo sea más el de la ciencia, pero el poema puede dar luces de aquella experiencia.

O como dice un científico llamado Gunnar **“Las influencias culturales han establecido nuestras ideas básicas acerca de la mente, el cuerpo y el universo; son ellas las que deciden qué preguntas formulamos, las que influyen sobre los hechos que vemos, las que determinan la interpretación que le damos a los hechos, y las que dirigen nuestra reacción ante esas interpretaciones y conclusiones”**

## 25) Estado mental: coherencia del poema

Empezar el poema bajo esas consignas, bajo las consignas de la vida vivida y de la mente limpia.

“ ¿Para qué vivir si no tienes fe en tu hermano? No me digas que se siente”

Spinetta

Limpiar el cuerpo y limpiar los ojos.  
Limpiar las maneras de querernos y cuidarnos.  
Limpiar el cuerpo y limpiar los dedos.  
Limpiar el pelo y la sonrisa.  
Limpiar diariamente los días y sacudir las noches.  
Limpiar las nodrizas y el zapato.  
Limpiar las almohadas y las orejas.  
Limpiar las llaves y los botones.  
Limpiar los focos y las ramas.  
Limpiar las tentaciones y obligaciones.  
Limpiar la casa y el ansia.  
Limpiar los amigos y las amigas.  
Limpiar la ternura y la naftalina.  
Limpiar el mouse y las carpetas amarillas.  
Limpiar la ruda y el televisor.  
Limpiar el semblante y las aureolas boreales.  
Limpiar las ramas de los cuerpos y las divinas comedias.  
Limpiar el asombro de estar muerto.  
Limpiar las rutas de lo sencillo.  
Limpiar las moralejas y las palabras.  
Limpiar los cuidados y a los niños y niñas.  
Limpiar las frutas y las loncheras.  
Limpiar las arrugas y las semillas.  
Limpiar las manos y las aspiraciones.  
Limpiar la nariz y las glándulas.  
Limpiar el coxis y los enigmas.  
Limpiar las palabras de muchas formas nuevamente limpiar las palabras.  
Proteger el fuego.

Bien, ayer comimos canchita con Mara. Era 7 de enero y cumplíamos cinco años y un mes de estar juntos en nuestra relación. La cartografía del amor es extraña y se expande.

¿Somos los últimos en tener estos detalles de otras épocas, en querernos como los cubrecamas y el colchón: de esa forma en que uno es cuando el otro existe? Las relaciones han variado de tan forma en que ya no hay nada estático ni seguro y solo nos toca ser escépticos.

Y anoche nos tocaba también preparar canchita. El calor cumple muy bien su función: joder y hacernos perder la paciencia. Nos miramos de rato en rato. No entiendo por qué me cuesta tanto ser como soy aquí con Belén. Siento que ya no caminamos bajo la misma conciencia, que nuestra relación tiene algo de rota luz y sombras.

Estaba de mal humor. El último pedazo de la mariguana que tenía se me cayó al intentar echarlo en una colilla de cigarrillo. Era una especie de pelusa verde. La fumé y se me cayó al suelo. En el piso de piedra pulida se perdió para siempre. Bien, algo de esa bocanada de *cannabis* estaba en mi cerebro, aunque no el suficiente para trasladarme a ese estado.

El estado de la mariguana es un estado conocido, aunque imposible de interpretar o de volver a traer a la mente. Sucede como con los placeres, no es posible volver a definirlos. ¿Ribeyro creo dijo eso en *Prosas Apátridas*?

Ribeyro, recuerdo que leí sus diarios en La casa de la Literatura. Por cierto, quiero leerme los tomos que me faltan de Las Moradas. Estoy lleno y cargado de tanta sed por vivir, de tantas lecturas que tengo hasta la navidad del año 3000. Esto es el lugar donde me ubico cuando me ubico: el sentido de sentirte infinito, con todas las extensiones a tu lado, de izquierda a derecho, sin ninguna obligación real que la de seguir formándote, la de seguir siendo, hacer creer el ser de ser en ser. Vivir sumando los instantes. Aunque, la verdad, el tedio y los malos desayunos obligan a inclinar la cabeza a la morriña.

La primera camada de palomitas de maíz salió intacta: diáfana y generosa. La siguiente se quemó. Mara la arrojó en la batea roja que usamos como lavadero debajo del caño. Empezaron a flotar las palomitas por la piscina negra y llena de círculos de aceite. La tercera camada salió mejor y la



juntamos en la vasija anaranjada. Encima echamos sal. Y la dejamos arriba del microondas.

Se nos ocurrió meternos a la ducha. Se me ocurrió y la convencí. Ella estaba en sostén, con un bluyín lila y sus zapatillas All Star.

Mejor así. El cuerpo propone una sensación horripilante, un deseo de estar sumergido en lo fresco, en lo gélido. Hicimos un camino de palos de madera para saltar las esquirlas del vidrio que estaban en la entrada del baño, eran los vestigios de unas de mis noches oscuras. Estaban ahí y no teníamos dos crocs. En la ducha, desnudos, nos miramos. Estaba oscuro. Nunca pusimos focos en el baño. Por arriba, una ventana dejaba ver la noche, en realidad, las nubes: un algodón en forma de oreja.

¿Aún éramos extraños?

¿Por qué sentía tantas ganas de hacerle el amor y después tanto aburrimiento?

Recordé a papá: El sexo lo corree todo. Cuando entramos a una mujer queremos seguir entrando una y mil veces. Entrar a esa humedad. Vivir juntos dos años nos cambió para siempre. A mí me hizo comprender que no podré vivir con nadie en el futuro lejano y cercano. ¿O sí? A ella igual. ¿O a ella qué? Hace unos días, en el Parque de la Exposición, conversando en una banquita, después de latear por todo Lima, hablamos de un posible futuro. Volver a vivir dentro de tres años.

A veces creo que soy malo, especialmente con las personas que me quieren. Y como dice Dante, si mi lenguaje no es florido, sírvame de excusa la novedad del caso. Malo, huraño, no deseo sino estar en mi cuarto leyendo y no hablar con nadie. Este es un síntoma muy marcado, pero cada vez lo deseo con más ansiedad, aunque cuando me hallo en una mañana donde al despertar solo desembocan en mí las sustancias más feas del alma, deseo compañía. No sé qué digo, me da vergüenza hablar así, pero es mejor, franquearse. Franquearse o morir. Franquearse todo completo decirlo todo con pelos y raíces, con boletos y tránsito, con señales y abandono. Palabras tantas, tantas palabras. Palabras que ahora significan algo para mí y no sé si sean lo mismo para otros. Palabras que son la cañita por donde pasará mi alma y mi luz hacia ti. De luz a luz vivimos. ¿En las entrevistas los escritores son los que son en soledad o son los que quieren dar a conocer?

¿En la literatura son los que son o los que quieren dar a conocer? ¿Quién ha sido el poeta que ha creado una conciencia que no sea la última, o la más soñada? Jorge Teillier dice que él no es el que habla en sus poemas. Ya... ¿Quién ha sido el que ha falseado tanto su yo para crear tantos yo que puedan todos convivir siendo todos del mismo ser? ¿Shakespeare? “Acá y allá nace una Santa Teresa que no funda nada y cuyos amorosos latidos y sollozos en pos de una bondad inalcanzable dejan al fin de vibrar y se extinguen entre una multitud de obstáculos en vez de concentrarse en una obra duradera” (George Eliot- Middlemarch) Palabras, palabras, tantas palabras, palabras. ¿Qué dicen? ¿Qué no dicen? ¿Qué estoy haciendo yo ahora al otro lado de este papel donde tú lees lo que yo digo? ¿Sabes de que aquí cantan algunos carros al pasar y ronronean las mototaxis (Un escritor español de apellido Sander le ha dado un adjetivo interesado al sonido de las mototaxis “petardean”)? ¿Sabes, qué sabes, qué sé yo?

## **26) Estado mental: recapacitando/vaticinando/ando**

En estos momentos voy a jugar a ser Nostradamus y a vaticinar escrituras que suenan en otros teclados simultáneamente a mi música. Y serán publicadas en los años venideros. Calculando que somos más humanos de los que pueda contar con mis dedos de la mano y del pie. El hecho de crear una lista de escritura simultánea es un trabajo infinito por eso la lista crecerá con cada ocurrencia diaria y será fortalecida, engordada y consultada. Aquí va. En estos instantes, en cualquier lugar del mundo, alguien escribe sobre...

La salud y las enfermedades. -Las desgracias del tiempo moderno. -Las desventuras de un amor.-La violencia Política Peruana.-La mente y sus repercusiones.-La ciencia y sus hallazgos.-La retroalimentación de la poesía medieval.-Lo que observa diariamente.-Las repercusiones de su yo, cual pterodáctilo enamorado de las flores ácidas.-La memoria de sus ancestros como contra punto de su desgracia actual.-Las convivencias con una mujer. La locura del neoliberalismo.-El futuro de los seres humanos.- Países raros enterrados en un zapato.-El viaje por el universo cuántico.- Poesía cuántica.

Poesía siguiendo la estela del Colisionador de Hadrones.-Biografía de Jorge Pimentel.-Un libro donde explique lo banal e inútil que es la literatura.- Poemas biológicos y espirituales que sean la llave entre el misticismo y la ciencia.-Las relaciones que producen.-Sobre las nuevas formas de comunicación. -Sobre la vida tranquila y apacible.-El deseo de estar solo.- La necesidad de trabajar como fin supremo de la vida.-Un poemario con endecasílabos y versos alejandrinos.- Un diario sobre la violencia del cuerpo.-Un diario lumpen sobre la vida en los suburbios. Su biografía novelada de sus experiencias de viaje por el oriente. -Un libro superable a Vargas Llosa (es decir, con esa consigna prendió su computador: voy a escribir un libro superable a Vargas Llosa). -Una novela que le saque la mierda a todas -las novelas de Bryce (o sea, con esa consigna valedera como artera inició la ruta del lapicero Trillux 031 Faber-Castel: “voy a sacarle-la rechucha a todas las novelas-de ese gordo borracho”).-Un libro con un aire a las nuevas novelas-Argentinas (Un Aira Peruano).-Porque así

como los peruanos-exportamos rateros al extranjero ¡En Argentina hay escritores-como cancha! (Verdad de Perogrullo) -Una novela larga y estructura de forma novedosa donde cuente la vida de una generación perdida.-Un monólogo sobre la vida de un mototaxista.-Un réquiem por el marxismo.-La biografía de un cómico ambulante.-La novedad de ser solamente como fin supremo de la sociedad.-Un pasaje de su vida como peatón en una ciudad como Lima.-Poemas adolescentes y apáticos.-El Spleen de Lima.-Un diario de la vida de los péptidos.-Una relectura a la Divina Comedia.-Una novela pornográfica de Góngora. Un estudio sobre la vida de Laura Bosso explicando que todo ser humano posee Luz.-Un ensayo sobre el nuevo ser peruano.-La violencia diaria peruana.-Una novela de amor a su madre.-Una novela sobre violadores. Una reseña de una novela sueca que leyó hace años.-Un poema mirando por la ventana de su casa.-Un poema sobre las ondas de colores que le producen las canciones que escucha.-Un poema que sea el camino que recorre por todo Lima. - Largo, inicia desde su casa como si se tratara de la Divina Comedia -Con sus Infiernos, Purgatorios y Paraísos y lo ubique como contrapunto a Lima.-Un monólogo sobre el pensamiento de una señora de 60 años ante la vida vivida.-Una historia de amor que venderá millones de ejemplares. -Un libro de poemas de dos palabras en cada hoja.-Un libro que sea una casa con sus instrucciones de uso que te diga como entrar a cada página y te obligue a salir a la calle a sentarte en ciertos parques y ver de la forma en qué te exige que veas de tal manera en que la experiencia de la palabra sea un puente para la experiencia de la vida.-Un poemario que se llame VIVIR.-Un libro místico explicando las doctrinas de Hermes Trimegistro. - Un libro sobre muchachos magos que son jóvenes y manejan bicicleta encima el mar hasta el horizonte todas las noches mientras todos duermen.- Un libro sobre la verdad de los sueños, de Dios y de la muerte. Una novela en clave realista sobre la velocidad de la vida. -Una novela sobre un grupo de pirañas que en realidad son unos filósofos del nuevo mundo. -Una novela que sea todas las novelas y que readapte los libros clásicos en forma de emoticón.-Un poema en una servilleta en la mesa del restaurant donde la muchacha que amó acaba de irse para siempre.-Un listado de cosas interesantes que quiere hacer este año- Un listado de películas que quiere ver.-Un listado dentro de un libro de listas sobre la urgencia del tiempo en una sociedad que desde lo que interpreta carece de tiempo.-Un estudio sobre la poesía de Verástegui, sus oráculos numéricos y sus

reminiscencias.-Un estudio sobre los perros y los poetas.-Un poema desde el bus donde viaja en el teclado de su celular.-Un verso a la imagen que le tomo de las navajas que desprenden los postes de luz amarillentas anaranjadas sucias.-Un libro de cuentos infantiles que espera gane un premio en el concurso Watanabe. -Un verso con la influencia de escribir sobre la escritura dentro de la escritura con la conciencia de que el yo es el yo del que escribe y del que vive. Un libro bifurcado que tenga que girar en cada página para leerlo de la forma en que el autor se lo proponga y que mientras escribe y voltea en el papel de Word las letras el autor piense en el siguiente slogan-“Libro para leer y dar vueltas, haga girar el mundo”.-Un libro con juegos e instrucciones.-Un libro difamando a una persona indifamable.-Una biografía de George Lukas.-Un libro que sea un paisaje de algunos retratos vistos en las épocas de una enfermedad. -El final de una novela de mil páginas que será leída dentro de cien años y consagrada por una cadena de jóvenes amantes de la cultura antigua. -El inicio de poema que cambiará la vida de una mujer estudiante de economía. La mitad de una novela que no -va a ningún lado -y que hace que el autor se sienta jodidamente- solo y desee pasar más tiempo con la familia de tal forma evite pensar sobre la literatura -y deje de lado aquellas vicisitudes-ya a su edad consideradas inútiles.- Sus cuentos que quiere publicar para ser -querido y respetado por sus familiares-que piensan que lo que hace es perder el tiempo. La novela encargada por la editorial Alfaguara.

La palabra calle.-La palabra luz.-Una coma, un signo, un paréntesis.-La palabra perro, amor, sintagma nominal,-estrella, zamacueca. La siguiente oración en cursiva en la pared-de su cuarto: *“Tonantzin, Teteoinan, ¡oh!, ¡mi Madre,-ven a mí, ven a mí!* -La palabra malaquita, emoción,-énfasis, ternura, tibieza, espaguetis, -chirimoya, cama, atún, arroz con pato, -ceviche.-Había una puta vez.-Las crónicas de su vida de joven. Una carta a su chica antes de suicidarse.-Una lista de las cosas que nunca será-y que guardará debajo de su cama-en una caja que hallará un sobrino muchos años después-cuando entre a su primera crisis de identidad. Una novela donde joda a todo el mundo -y paradójicamente se joda a sí mismo. La palabra mierda al final de un poemario -muy delicado. La palabra hijodeputa-al inicio de un cuento. La palabra sexo, caca, dormir quiero,-escúchame conchatumadre-al final de un acróstico.-Chupa pene con líquid paper-en los muros de un colegio.-No soy nadie, nunca seré nadie -por eso tengo todos los sueños del mundo.-En su cuaderno cuadriculado celeste -

con cuidadosa caligrafía: **“Si el lenguaje no es exacto, lo que se dice no es lo /que se piensa; si lo que se dice no es lo que se piensa,/las obras no llegan a existir; si no llegan a existir /las obras, no prospera la moral ni el arte; si la moral/y el arte no prosperan, no acierta la justicia; /si la justicia no acierta, el pueblo no sabe dónde/poner su mano y su pie. Así, pues, no se tome/arbitrariedad alguna en las palabras. Esto/es todo lo que interesa. Confucio”**-Tu eres mi REAL LOVE/en el muro marrón de un puente/para peatones.-Una novela en poemas metapoéticos que /será encontrado/por los extraterrestres.-Una lista jeroglífica de remedios. -que la niña enferma tomará durante una semana. -Un número telefónico-que conduzca a un cache seguro. Una carta al mundo -antes de colgarse de una sogá atada-a las maderas de su techo. Un e mail que nunca va a mandar.-El libro con el que dejará para siempre de escribir-por el producto de las desilusiones. Un poemario que será vapuleado-por todo el mundo y hundirá-a su autor en la frase de Chandler-“triste, solitario y final”-La última novela de su vida.-La palabra poto y pipilí.-La palabra arroz con leche me quiero casa con una señorita/ de Portugal. Una poemario de aire político con huellas dactilares de canto /que conseguirá que lo entrevisten/en la radio-entre los chicos de su barrio. Una libro antes de suicidarse. La palabra mantequilla /en un párrafo enorme/desmesurado e incoherente /que acaba de cubrir de azul la ternura de los cuerpos que convulsionan/y está a punto de suprimir como una flor amarilla.

## **27)Estado mental: dos hombres se dan la mano en la esquina de mi casa.**

Uno usa biverí amarillo con un logo de Brasil y lleva en la mano el pan y la jamonada, el otro se tambalea como astronauta y le conversa con tono malicioso.

Es una mañana fresca, cobriza, con rezagos de la lluvia pasada. Ayer llegó Mara y tiramos el colchón al suelo y se quedó a dormir, estuvimos conversando en la oscuridad. Intente hacerle el amor, pero no se dejó. Ella estaba cansada. Me dice que estuvo arreglando los cuartos de su casa todo el día. Me duele las rodillas, las piernas, el cuello, las manos, la cara, la espalda. ¿Qué tal si te pongo los dos dedos en los ojos para que el dolor sea total? Le digo y me observa enojada. Y le digo, mira, voy con mis dedos, le explico las formas del tamaño de mi pene. Sí, con una mano hago un agujero y con la otra voy introduciendo dedo por dedo: Mira, si entra solo uno chiquito el placer es chiquito, si entra uno grande, aumenta; voy metiendo cada dedo de la mano y ella observa atentamente. Seguimos en la cama. No tengo sueño. Sus cejas son pistas delgadas. Me recuerdo en la calle, andando. Fui a comprar el foco de la refrigeradora malograda, un foco pequeño. Estuve buscando una tienda que lo vendiera en el barrio, pero ninguna tenía. Bueno, solo fui a una tienda, la única ferretería de barrio. A fuera, una pirámide de tierra de construcción, en la calle caminaba el zambo que recicla, con el torso descubierto. Pasó una muchacha que ya había visto antes: alta, esbelta, blanca. Estaba embarazada, el zambo examinó detenidamente su culo. La chiquilla pasó sobándose la mejilla. Vendimos la refrigeradora vieja. Estuvo en mi familia desde que construyeron la casa. Era un cajón de muertos. Mi abuela recordó que una vez una niña de colita con bolitas rosadas jugando a las escondidas se metió dentro de una refrigeradora: por dentro, era imposible abrir la puerta. La encontraron congelada y tiesa. Además de venderle la refrigeradora, mi abuela negoció un precio por una Tv que le regaló mi madre y que al poco tiempo dejó de funcionar y el viejo microondas. Cuando estaba chiquito no pensaba que esos electrodomésticos se malograban, era imposible que no formaran parte de la casa. La casa es una palabra que no cabe dentro de las instalaciones de la mente. Se la suele

dibujar en 2D con chimenea y ventanas circulares, una puerta y tejados. Detrás, el cerro y un árbol. Un árbol y el cerro. Aquí pocas casas tienen árboles afuera, pero todas tienen sus ventanas. Como la mía. Al decir mía no quiero expresar que la posea, pero es un lugar caliente al que regreso. Cuando abro la puerta se descubre un mundo paralelo al de la calle. Hay algo más entre las paredes, algo que se palpa, como una especie de útero o una cueva. Lautremóc decía que las casas son cuevas. Y es cierto. Mi cueva es mi casa. Voy directo a ella. Ahí me hallo.



## **28) Estado mental: Me llamó con un grito. Deje la Divina Comedia de lado y bajé.**

Los perros de mi cuarto ladraban y abajo, la perrita Cloe, saltaba como loca por la cocina. En el patio estaba la refrigeradora. Nunca sé cómo ubicarme cuando se trata de cargar objetos pesados. Me dejo llevar por las circunstancias. Eso explica, en parte, que cuando me ubiqué delante de la refri preguntando ¿de qué manera la íbamos a cargar? Recibí como respuesta a la misma refri, puse las manos y empezamos a llevarla. Esta era la última vez que la veríamos y no me causaba nostalgia. Los objetos van y vienen y solo poseemos nuestro cuerpo. Entre tanto, afuera, la tumbamos en el cochecito del cachinero. Al estrellarse contra el soporte metálico reboto y tuvimos que acomodarlo al centro. Ahí quedó.

Luego saqué la tele del cuarto de mi abuela. Él cachinero abrió una de las puertas de la refrigeradora y la guardo. Los perros arriba no dejaban de alborotar el barrio. En el umbral de la cocina mi abuela decía “*que vergüenza, que vergüenza, tanto escándalo hacen los perros*” En la esquina, a la altura de la tienda de la esquina, una señora con otro coche de reciclaje permanecía esperando. Después llegó un pequeño y se montó en el asiento mientras ella lo iba sujetando y jalando. Pasaron por nuestro delante. El niño silbaba como perro con una verosimilitud increíble. Arriba, desde la ventana, mis perros acodados no dejaban de berrear. Era un perro lastimero, triste; aunque el niño, de pelo pajoso y polo verde, y una de esas sonrisas que se van extinguiendo no lo era. Los perros siguieron jodiendo más y más. El cachinero terminó de acomodar los electrodomésticos.

*“Yo pensaba vendérselo a Paolo, pero él me quería dar quince soles por la refrigeradora. Este señor me ha dado veinte por la refri, diez por la tele y...del microondas todavía no sacamos la cuenta”* Pasó una mototaxi azul rugiendo a todo volumen su equipo de sonido. Dejó una estela de sonidos desafinados y fue desapareciendo hasta volver al silencio de vidrio del inicio como las últimas gotas cayendo en la loseta desde un baño descompuesto.

“Madre por el microondas te voy a dar tres soles, ¿ta bien?” “ ¡tres soles! Que sean cinco pues” “No, mira, eso voy a tener que venderlo al peso, ya

mire, para que me venda más le voy a dar cuatro soles. ¿Ta bien?” “Ya pues” Abrió su billetera negra y saco un billete verde, otro amarillo y dos monedas de dos soles.

Mi abuela guardó el billete amarillo pero el verde lo reviso con meticulosidad y saliendo a la puerta le dijo al cachinero “Señor, por favor, cámbieme este billete” “ya mami, como quieras, no hay problema”

Terminada la hazaña mi abuela siguió vigilando la olla con frijoles. Sujetaba su cuchara de palo y clavaba la mirada en el bullir de la olla. No me percaté de los olores, lo que hice fue prepararme una taza de café. Saqué Nescafé Descafeinado de tapa verde de mi tía Gorda, senté una taza marrón en la mano y eché unas tres cucharas de café. “Siempre es mejor tener platita guardada. Yo tengo mi platita siempre. Ahora cuando me pidas ya te puedo dar. Y tengo que guardar también para el Banquito”

El café estaba solidificado, parecían pedazos calcáreos. Eché agua caliente de la tetera. Le di vueltas con la cucharita metálica. “El foco de la refri está malogrado, creo que venden esos foquitos en la ferretería, ¿por qué no vas? Anda. Ven toma, ¿cuánto será? Cuatro soles alcanzan. Ya, mejor quédate con esos cuatro soles y toma este billete de diez.” Tocaron la puerta. Salí de la penumbra azulada de la cocina y pasé por la luminosa y amarillenta sala. Detrás de los vidrios difuminados de la puerta se perfilaba una figura gruesa.

Abrí. Era mi tía Gorda.

“Hola tía” Permanecí en la puerta hasta que ella pasó y miré que pasaban unos niños montados en sus tablas de patineta y cerré la puerta. Seguí caminando mirando las baldosas de tréboles amarillentos del suelo. La sala y sus sofás, la sala y sus ventanas, y sus espejos y la mesa redonda que daba a entender otro espacio, lejos de los muebles donde todavía estaba pegada la foto que se tomó mi abuela en su cumpleaños antepasado. Eran tres fotos en una gigantografía ubicada a modo de -La última cena- encima del mueble mayor. En la foto estábamos todos los nietos e hijos de la abuela. En la foto superior estaba la vieja junto a mi madre, mi mamá tenía el rostro ladeado y el peinado firme y mi tía Gorda con la mirada más altiva y mi tío Gordo como sujetando el brazo de mi abuela después de un

negocio. Abajo, dos fotos divididas. Donde toda la familia aparecía y la vieja estaba como cansada y feliz. Ahora le dolían mucho las plantas de los pies. Ella prolongaba su dolor explicándome las diferencias de su vida pasada con la de ahora. Extraña poder moverse por todos lados. Su problema era un espolión que carcomía su pie derecho. Entré a la cocina. Ella prolongaba su dolor explicándome su infancia. Nunca había dejado de ser la niña bonita y locuaz de una familia extensa, tan ancha y larga que incluso tenía hermanos muertos en el camino de su historia. Tres fallecieron. Su sonrisa era franca y saltona. Le dolían hartito las plantas de los pies. Mi tío Gordo le iba a comprar una plantilla para evitar el suplicio, pero tardaba tanto. La vieja cocinaba, se movía, nunca dejaba de fabular y contar su vida, meterse a las conversaciones de los demás, entablar amistades, joder, poner chapas, molestar a los vecinos, pelearse con mi madre por no conseguirse un marido que sea adinerado, empezar la historia de su vida de miles de maneras graciosas (“yo nací donde cagan los burros”) ver la ropa de los demás con ojo de fina observación como escrutando en instantes la clase de persona que tenía adelante, su mirada era avasallante, su ingenio terrible. ¿Cómo se viste mi tío Américo? Ese, es una desgracia, se viste con sus camisas hawaianas y ni gracia tiene. ¿Quién de todas ustedes se viste mejor? Bueno, yo antes era la que me vestía mejor, con mis joyas de oro, ahora todas se visten así. Aunque a Nieta, por ejemplo, use lo que use nada le queda. Como ella es bajita no resalta. En cambio, yo vaya a donde vaya resalto. Como te vistes te tratan.

Me contaba que las reuniones y los años nuevos no eran lo mismo desde que todos usaba el celular. “Ya no se puede ni conversar, todos paran fuuuu fuuuu (hacía el ademán en el aire de pasar la mano como por un celular o una Tablet) Hasta la hija de Juan Carlos, tiene como 2 años pero que bien que juega en la Tablet. El hijo de Jessica me mostró un gatito. Yo le agarraba por debajo y el gatito me decía no, no. Luego le preguntó a la otra hija de Jessica por su caquita. Me dice que no es una caquita que es una papa. Creo que le dan de comer y todas esas cosas. No sé, yo no puedo conversar. Solamente Cata, Lucy, Sole y yo no usamos Tablet ni celular. Pero Cata se la pasa viendo el fútbol. Así para (alza la cabeza y se mueve como quién sigue un partido de manera concentrada) mirando su fútbol”

Como el vendedor de la ferretería del barrio me dijo que podía conseguir el foquito de la refri en la entrada de Universal me dirigí ahí caminando a paso lento. Esta refri de foco descompuesto se la compramos a la vecina del frente. Ella primero pensaba regalársela a la abuela, había estado casi dos meses con la vieja refri malograda cuando conversando con la vecina ella le dijo que tenía una que no usaba. Cuando fue a consultarle al marido, él le dijo que no, que se la vendiera a cincuenta soles. Mi abuela le pagó y me llamó para que la bajaré de la casa vecina. Era una refri más vieja que la de la casa, y prendía con dificultad, el enchufe titubeaba y las rejillas interiores estaban descascaradas, pero funcionaba. Mi mamá pasando el trapeador miraba el aparato con desdén. “Ay, está todo viejo, mira” “Pero hasta que alguien lo arreglé” anotaba la vieja.

Estaba contenta. Para mi abuela, como para Juan Ramírez Ruiz, esto era el júbilo. Dijo que iba a comprar pintura y empezó a bromear por el hecho de que tuviera candado “Ahora sí, La Gorda no va a coger nada de la refri” Estaba saliendo de Seremsa por el camino de los rieles del tren. Al otro lado de los rieles y de la tierra marrón estaban los muros gigantescos de la fábrica de pintura Tecno. A la vera del camino solo la presencia de basura de todo tipo: desperdicios de comida, cáscaras, latas de atún, chocolates de bolsas amarillas desparramados, desmontes donde sobresalían palos y ladrillos, chapitas de botella. El muro de la izquierda era de Sedapal, la compañía de Agua del país. El camino era largo y silencioso. Pasaban a veces carros de un lado a otro. Salí hasta el cruce de caminos y doblé a la derecha en la vereda de la fábrica donde crecían unos árboles cortados como honguitos. Luego entré a la avenida César Vallejo, seguí en dirección al distrito Universal. Pasé por varias mecánicas, donde al fondo, en las tinieblas, se veían jóvenes trabajando en monos debajo de carros. A veces, perros negros y chuscos asomaban por las puertas. Olisqueaban o miraban con sus ojos acuosos y luego se ocultaban dentro. El suelo era de tierra y a veces de vereda. A veces la vereda se resquebrajaba, a veces se hacía trizas. Siempre se hallaba basura, bolsas negras o transparentes, botellas aplastadas, lapiceros, tapas de botellas, cajas de fósforos, colillas de cigarro, piedra molida. En el centro de la avenida Vallejo pasaban buses, taxis, camiones veloces. Antes de llegar a las tiendas vi un anuncio de un internet que, de lejos, por su fondo amarillo y sus letras anaranjadas se dejaba ver de modo penetrante. Ofrecía una hora de internet por cincuenta

céntimos. En letras microscópicas decían que solo hasta las cuatro de la tarde. Toqué la reja. Me abrieron desde adentro. “Pase” El que atendía, desde una cabina al centro, era un hombre que aparentaba tener cuarenta años, usaba short y tenía incipiente alopecia. “Una hora” dije y me señaló una cabina. Al sentarme y posteriormente pararme para sacar el dinero me chanqué la cabeza contra la esquina metálica de donde colgaba el CPU. Me dolió como mierda, hasta el alma. Bien, sobé mi cabeza y entré a mi cuenta secreta de Facebook. Encontré en la bandeja de mensajes un in-box de uno de los jefes de la cadena de trabajadores de FLYERS. Era viernes, ya casi a una semana del sábado en que me presenté al trabajo y todavía no tenía resultados, ni sabía realmente si los tendría. Me fijé en mis dos cuentas de GMAIL para ver si algún pez había picado. Tampoco. Espera, sí, había un mensaje de la Academia MJM. Me saludaban por año nuevo y me decían que ellos me iban a llamar. Bien, bien, bien.

Entre a la cuenta de Hotmail. Tuve que volver a poner el símbolo arroba porque el cuadrado de los números del lado derecho del teclado estaba apagado, así que, al poner arroba, la página regresó a la anterior. Eso me pasaba a menudo. Entonces, volví a intentarlo, esperé y nada. El internet estaba lleno de gamers. Jugaban, chillaban y tecleaban descontroladamente. Intenté ponerle los audífonos para diluirme del universo. No necesitaba música. En el Hotmail tampoco había novedades. Puros mensajes de notificaciones del Facebook, mensajes masivos en cadena que parece que son virus o unos que me suele mandar Poemas del Alma. Le mandé un e-mail al coordinador del trabajo del colegio Virgen de Fátima saludándolo por año nuevo y diciéndole que si necesitaban contar conmigo me avisaran vía e-mail. Era patético.

## **29) Estado mental: Bajé mirando las novedades del Facebook.**

Me enteré gracias a Josefina Torres Paredes que Vargas Llosa ya formaba parte de la editorial francesa Pléyade. No me daba mucha curiosidad, pero igual abrí. Leí un poco el contenido y me aburrí rápidamente. Me enteré de que esa editorial era súper importante, con un catálogo fabuloso y con escasos autores de habla hispana. De Vargas Llosa, la verdad, ya no me conmovía nada. Sin embargo, si tenía que admirar a alguien, de seguro su nombre aparecía en la primera fila. El novelista se tomó en serio su vida y su trabajo. Cuando pienso: ahora que pasaban mujeres desnudas a su lado mientras él tecleaba con fruición sus novelas siento en carne viva que poseía una concentración increíble, un tesón inmenso. El problema con sus novelas era yo mismo, sentía que ya no me seguían comunicando partes vitales del mundo. ¿Qué historia de Vargas Llosa podía ser ahora vivible y recuperable del fuego? Como con el Guardián entre el Centeno, después de leerla como cinco veces, su encanto estaba siendo pulverizado. Ya no me conmovía tanto Holden, ni las novelas de Vargas Llosa, sentía que su exploración era otra. La tontería de destacar todo por la propuesta técnica había llevado a la literatura a ser un juego mental, de análisis, impidiendo que resplandezcan las pequeñas y grandes certezas e incertidumbres de la vida cotidiana. Vargas Llosa era un novelista de otro tiempo. Increíble de pluma y pulso, con dos palabras podía adentrarte a una atmósfera, pero luego no había mucha carne real en sus personajes, no me refería a realidad como realismo o naturalismo, sino visión, paisaje, intimidad. Lo que más quería era entrar a otros ojos, ver con otro cuerpo de ideas, penetrar otro mundo. El universo vargasllosiano era real y crudo y exacto. El mundo estaba partido y cada libro tenía que ser un acceso para entrar a ese campo. A eso de la realidad. La idea de sentarme a inventar una historia sobre cualquier tema me producía dolores de estómago y de cabeza, era imposible sentarse a contar algo. Quizá si lo intentará con herramientas, con historia, con base, como hacía el propio Vargas Llosa, como estimulantes ajenos, de tal forma que pudiera ir ensamblando el cuerpo de la catedral, sus piezas, como un juguete chino. No, eso no me interesaba, yo quería y quiero leer novelas que hablen de la vida, de la manera de pensar de la gente, que tengan esos ojos, ojos que inviten a ver los detalles

de cada acción, que nos devuelvan al mundo, de tal manera que sean cúmulos de experiencias. Las novelas de nuestro país seguían esas bitácoras, las vargasllosadas o las bryceadas. Narrar con verosimilitud novelas de corte urbano y sórdido, o contar con lirismo y oralidad historias de entrecasa. Ah, sí, Karl Ove Knausgard me interesaba. Busqué en google un artículo que no pude leer en casa porque Belén cortó los cables del internet con unas tijeras anaranjadas y arrojó la pantalla plasma de mi computadora al suelo. Que lejana parecía la noche de navidad y, sin embargo, estaba a la vuelta de dos semanas. Lo que arrojó google...

### **30) Estado : achicharrado de cosas, aburrido y apático.**

No soy sino un objeto, igual que la silla pero que mueve los dedos de forma veloz y construye una larga carretera. En ella brinca el mundo, y el universo es la misma mesa donde tecleo para nadie, esta forma de querer perder la angustia, la misma hija que me dan estos días entregando mi tiempo a buscar a Belén, a tratar de andar mejor, a tratar de entenderme.

Bueno, al final, terminamos como siempre, en un domingo. Diego, un amigo, me cuenta algunas cosas por el Facebook. Me dice cosas que ya intuía tiempo atrás ¿hace cuánto que no estoy plenamente abierto a mí, a este bosque que soy, a esta larga carretera por donde pasan y vienen mis ojos? No estoy sino derrotado, un poco cansando, eso y pensando en que las calles se abren, en que todo el tiempo sucede ahora mismo y que su continuidad escribe esta misma hoja, mis dedos que no me pertenecen e ignoran el movimiento que hace tamborilear tanto tiempo mi cuerpo.

Hablo de corazón y de amor o de angustia y deseo, pero siento todo esto de una sola manera: vacía. No estoy sintiendo nada. Sentir es una esclavitud que antes, como a los 20 años, me llenaba de éxtasis. Ahora solo me llena de tedio, cansancio. Estoy completamente solo. Pero si levanto los ojos, estoy con mis hermanas, mi madre, y todo el mundo. Puedo tocar una puerta y otra. Arrojar me a un cuerpo y otro. Abrir un cuaderno y otro. Pero nada me causa remedio. No estoy siguiendo esos antiguos caminos por donde antes navegaba embriagado de seres, de cosas, de botellas.

Por un lado, hay una ciudad, se llama Lima, y en ella habitan personas, que hacen toda clase de cosas, piensan o caminan, conversan o se emborrachan. Y se pierden y se encuentran. Encontrarse es la clave de la vida. Encontrar el deseo es perseguirlo. Perseguir ese deseo es volverse el deseo mismo. Nos sujetamos a un deseo. Pienso en Maritza, me gusta mucho, pero me gusta su imagen, la densa corteza que ignoro, lo que no puedo penetrar en ella, su circulación inexpugnable. Hay series, caminos, vídeos, y discotecas, donde las muchachas que amaste diariamente van a ser vistas por otros hombres. Esto me angustia. Me angustia desearte tanto, que seas mi deseo más palpable, y que no pueda sino sujetarme a nada, porque ya no tengo donde asirme, ni te tengo a ti, ni me tengo a mí. No me reconozco en



lo que escribo. Digo por decir, solamente. Cumplo. Se puede uno oscilar y devolver. ¿Debería empezar a hacer yoga y caminar más? Estos días son solamente una enorme saliva que fluye de cuerpo en cuerpo, por ojos y respiraciones. Y no son los tiempos del amor, Matías, sino de la desolación repartida en canciones y otros vericuetos, tiempos hechos y re hechos por caballos de fuerzas, o locas ilusiones encendidas en la noche que termina, cumplo con informar todo esto y me disipo, el sujeto se disipa un instante, miro mis brazos, este soliloquio es solamente eso la continuidad de una enorme desolación, o una mariposita que va y viene salvaje, o febril, o de modo tierno a veces, la mariposa es la mente y se aflige, se amplía o muere, se inmola entre palabras, o se encaja en párrafos y se hace lluvia. No sé qué decirle a los demás. Quiero irme lejos, pero ya no sé dónde, tal vez no exista ese dónde, ni ese lugar, ni ande sujeto a nada. No quiero aparentar nada, ni ser nada para otros, ni ser en otros su deseo que llene su vacío por instantes.

No observo ya nada, antes solía observar. Lo helado de los sillones me hace pensar en cosas concretas, pero esto fatiga, a la larga un escritor o poeta busca soluciones que lo emancipen de su pesadilla diaria, la zozobra es uno mismo frente al espejismo que se monta o desmonta y frente a eso no se puede sino seguir pelando frutas, montañas de colores, o mostrando una forma de transmitirse. Por el internet solemos ser objeto de un deseo, o una opción para otros. Solamente eso, pero nadie sabe en su propia dimensión de qué va su soledad, la mía va de las calles donde deambulo ya sabiendo lo incierto que puede ser ir por ese mismo trecho, enfrentándome a mi aburrimiento diario, a ese periodo de cosas que me terminan llenando de un ato de rabia.

No puedo sujetarme a nadie, no puedo amar a nadie, no puedo querer que nadie, sea esa plenitud que no encuentro en mí, de modo, que finalmente uno termina solitario en su propia esfera y ahí es cuando puede, o debe, o quiere, si lo desea, ordenarse, de lo contrario, solo se atosigará entre bebidas como lo he venido haciendo estas últimas semanas. Pero volver a empezar es la canción que suena en mí a diario. No hay poesía en mis versos me dice un viejo poeta que conoce la belleza del milagro de la palabra encendida, bruñida y atravesada por el río de cosas. Si supiera que es la poesía, si pudiera entenderla, tal vez no necesitaría arrojar tantas palabras, sino yacer en un silencio, emanciparme de esta jaula que viene a

ser mi mí mismo, pero sin ella no puedo sino vivir deslumbramientos, ya que la razón interviene en el asunto de soñar lo soñado o pensar el mundo. Estoy fregado porque siempre me desbordo a todos lados, el trecho de las cosas que busco no tiene fin, y una palabra que ni se debe asomar en labios de nadie es la de infinito, pues evoca, de alguna forma, una cierta condición romántica que te anula.

Bajas a bares, caminas. Entrás, hablas de literatura, tratas de entusiasmartelo. Todo bebiendo se repara y recompone. Me odio por seguir queriéndote. Me odio profundamente. No puedo sacarte, soy dependiente de ti, de tu sexo, de tus largas colinas, de ciertas cosas que me hacían muy feliz. La patria perdida era tu cuerpo y me quedo solo hablando de lo mismo un millón de veces. Un millón de veces ser el loco, repetir una y otra vez las mismas cuitas, certezas, deseos. Entrar ahora a una esquina, una pollería, comer con un amigo. Hablar de libros. ¿Qué será de su vida interior? ¿Qué estará pensando? Su yo no interfiere en mi yo, intercambiamos sensaciones que no se pueden materializar. Ahí el defecto de la poesía, su incapacidad de mostrar otras grietas. De desdoblar la sustancia.

Doblas una esquina. Lima es una ciudad, en la ciudad hay cosas, que puedo nombrar o dibujar, ventanas transparentes, detrás frascos llenos de servilletas, cerveza en mesas de madera, calles con luz pálida, pollerías en las avenidas largas como el cabello dorado de un león.

*Meu coração vagabundo  
Quer guardar o mundo  
Em mim (\*)*

*Corazón vagabundo-Caetano Veloso*

### **31) Estado mental: ¿Ese es tu objetivo en la vida? Eternamente caminar solo, como aquel haiky que tu bro de ayer te dijo que leyó traducido por O. Paz**

Te crees los cuentos de un bardo ebrio que busca el sexo cada noche y beber, alcoholizarse un rato. Estar un poco mejor dentro de su propio infierno. Su dibujo es el infierno del yo destruido, por desamores, y lecturas de todo tipo, y su loca cabeza, y el rasgueo de una guitarra, y los amaneceres sin ti, y la soledad como un girasol derruido, o un ceviche de pota, ¿captas? Y todo eso es amargo para la lucidez, pero igual mente y vida se tornan un solo líquido. Entonces te descubres frente a otro ser. De acuerdo: no es tan malo. Metes en tu nariz cocaína, te sientes mejor un rato, sales, la calle, -tirar una manta de plástico para vender algo; patas de Barranco que ahora son guerrilleros-las luces, los amigos que se visten de forma decente y enamoran a las muchachas hermosas. Y tú, fotografiando tu bella locura, el viento, este deseo de soñar contigo, de amarte. Mi deseo de hablar y hablar, gritar o enredarme. Eterna luz en mi sangre, eterna rabiosamente enredada. Y todo esto dándose, y toda la vida dándose, y ser solo una *partecita* de la vida, solo unos ojos que no lloran ni hablan ni gimen, no poder participar en otros rollos: cerrar los ojos, hablar, respirar y darte cuenta de que sigues en casa, no has movido un ápice tu futuro. Y la vida no es una novela que escribes de súbito para responderme por qué amas el fuego, es otro asunto, tenía que ordenarme, arreglar un poco todo este caos en el que digamos habitaba desde hacía unos tres o cuatro años – orgasmos, pieles, la salvaje melodía del viento, embudos, y versos de Paul Valery “la vida es vasta si estamos ebrios de ausencia” y las calles como todos los versos inexorablemente creados para el gozo de la mente, la locura como el fuego, y siempre lo había sentido así, no era de otra manera (por ejemplo cuando en el baño abría un poema de Horacio Aige y entendía que el tío estaba tan perdido como yo al escribir algo cómo sus afectos confundidos): la vida y el arte confundidos como un sonido que se repite fuera de todo gozo, y de nuevo la radio, los latidos. Y lloras, caminas, corres. Paladeas un cuerpo, buscas retener un instante, ¿cuál? ¿Este que ahora me permite ver y medir el aleteo de tus párpados, la azulada oscuridad debajo de tus ojos, o este donde me doy cuenta de que estoy doblando una hoja de un libro tan suave como tus hermosos párpados que

me habla sobre el primer soneto de Pessoa, pero nada más veo a una mosca perfecta y adamantina que me recuerda el soneto de Borges sobre el ajedrez. ¿O este instante donde fumo un pucho y escucho a Bill Evans?

¿Ese es tu objetivo en la vida? Eternamente caminar solo, como aquel haikú que tu bro de ayer te dijo que leyó traducido por O. Paz, que, te acuerdas que dice “siempre lo supe: el camino sin nadie/es el de todos./Pero yo nunca supe/que hoy lo caminaría”. Ya no cuidas tu salud, ni cuidas tus lecturas, ni sigues nada, -todo devoras, todo te llena un instante y luego te deja vacío y sediento y triste- solamente te desbordas, buscas la plenitud del instante donde se doble y destruya, tal como si fuera una bola negra inmensa en una sala de cristales, ya no queda sino nada. Beber, libar. Debo causarle vergüenza a mi familia. Siendo quién soy. Qué remedios, o que importancias puede tener esta búsqueda mía a inicios de un siglo y otro, cuando en el siglo 5000 otro bardo hará sus mismas preguntas. Pues tampoco me parece que le hablo ya a nadie, solamente a ese yo que a veces soy, otras me pierdo. La intelectualidad va más lejos y entiende los asuntos que uno intuye, si bebiera de sus aguas podría ordenar mi sentido de revolución interna, pero bebiendo podría no reparar en mí. No estoy viendo a mi familia, ni a mis hermanas, y me largo del país dentro de poco. Silencio, calma, desesperación. Palabras que se atosigan para no ser uno la búsqueda que poseo sino solamente lo irremediable de un canto roto, en uno mismo, y que -de ser tan triturado en los labios- solo queda, yace en uno la forma, esa sustancia de la desesperación que algunos llaman abandono de sí mismo, o caos.

Soy una mierda, me acuesto con cualquiera. No conozco nada de la muchacha que hoy vino. Como se movía buscando su propio placer. No tenemos forma de tocarnos, ni de ser tiernos el uno con el otro. Jugar a esos juegos solo sacia el instante, para volver a ser piedra en el siguiente. Esos bamboleos llenan de tedio mi vida y mi cuerpo. Puedo pensar en esto y no trabajar hoy. Esto que hago es fácil porque puedo decirme las cosas que me den la gana cuando quiera, del modo que quiera, pero solo hago un discurso monomaniaco. ¿Es necesario lanzar la angustia al mundo? ¿Con qué fines se lanza la angustia de un extremo a otro? ¿Para qué lanzarle la angustia? ¿Acaso el ser no debe ser curado?

Si me detuviera y me pusiera a sentir mi cuerpo. Como brota la respiración en cada lado y se extiende más allá de los pulmones. Necesito hacer miles de cosas antes de irme de Lima. Necesito ver muchos rostros. Vivir mucho. ¿De dónde me sigue naciendo este deseo de vida, casi infantil, de probar y hacer cosas? Mi curiosidad no tiene límites, debo ordenarme. Hay cosas que debo leer. La vida es una mentira, tal como la plantean mis vecinos y vecinas en mi país. Solo un terremoto o la llegada de la muerte podrían sujetarnos a otros panoramas. Hablo y me releo, pero solo sigo en la misma sinfonía. No quiero ser conocido. Quiero respirar callado. Mi aire callado y ausente. Palabras, tías, que caen y que dicen y que chorrean entre dedos caminos, caminos de arena, de aire. Si me detuviera a sentir los nudillos de mis dedos, a darles una simple y cariñosa masajeadada, algo que se sintiera de modo caliente y tranquilo, una respiración silenciosa. Quiero leer todo, quiero vivir todo, quiero hacerlo y escribirlo todo. He ahí mi juego y mi desdicha. Tocar ese deseo. Las palabras me hacen hablar. Las toco y me lanzan a otros panoramas. Pero sigo infeliz e insisto en beber mi ser, su neblina, su polo rojo y sus pies descalzos en el suelo. Siento el piso heladito. La noche ya se pegó a las calles de Seremsa. La muchacha que se fue acaba de decirme que yo no tengo alma. Se fue sin despedirse. Estuvimos en mi cuarto. Su yo me hacía pensar en el mío. ¿Qué veía de mi cuartucho de poeta sin remedio?

Las fotos de autores que por *equis* motivos pegué cuando mis resoluciones - de ser poeta- eran todas claras. De repente no le debí decir que me prestara para comprar unas cervezas. Hacer el amor sin tomar nada es difícil para mí. Me sujeta a tener que frotarme con mi cabeza cargada de pensamientos o deseos: que no se agotan ni se detienen. La última mujer con la que me acosté tenía muchas variedades de mariguana, y las fumamos, mientras entraba en ella sentía que sus rostros cambiaban, cada vez iba mutando, a veces, cuando alzaba los ojos en la penumbra me parecía ver a una vieja, otras a una joven, nunca le vi un solo rostro. Me dio un miedo atroz.

Maldición, no quiero confundirme, sino con lo necesario, de modo que me sujete a una y otra canción, porque mi corazón no es un hotel, es un espacio abierto, una fruta: una mandarina que tiene sus frutos hermosos, lindos. Palabras que me sujetan. Los árboles y los versos no dejan de nacer de los

dedos. Las venas de las palabras corren sobre el cuerpo del papel. Esta vena, esta arteria, ¿Qué energía lleva, que agua, que gota de rocío donde se huele el mundo, o se intuye las cosas se afirma ahora que termino de escribir?

Todo lo que se pierde se pierde para siempre. No tiene caso insistir.

**Escribir un cuaderno para perderse.** Lleno de palabras y poemas. Escribir esas palabras y poemas con la sustancia de noches y cuerpos, de calles y neblinas. Escribir doblando calles, con los ojos abiertos y la conciencia explicando los detalles, colores, perturbaciones, se puede incluir metas, sonidos, calles, sabores, complejos tratados de lo que sea, el internet permite llenar de lo que quieras tu literatura, que es tu cabeza, llena de problemas, conflictos, licor y saber, ser consciente, del vacío de sentido, de estar entre amigos que no te aman, ni respetan, pero así devolverse y no abreviarse, abrir un cuaderno, poner ventanas, poner una sala, en la sala ubicar a una persona, sentado frente a su laptop que llene sus noches con palabras como animales disecados una y otra vez, otra vez y una. Así, de modo hermoso y ebrio hablar, hablar, hablar.



### **32) Estado mental: estoy dentro de un poema sin corregir que es mi absoluta existencia.**

*Domingo, otro día termina y sigo en la misma noria./Cuatro cervezas pilsen en Don Lucho y /algunos recuerdos como cascadas: milagro de yacer vivo. Sigo rabioso, sigo eternamente desdichado, como/un junco sobre mi aliento: como desasosegado/firmamento y las calles y los enamorados son la tristeza de mi ciudad y/me ven sentirte dentro de mí con el viento contra mi cuerpo./Cerraré mi Facebook, escribiré el mejor poemario del mundo/y me suicidaré/Amanece tirando para el viento y es frío/y tengo una puta casaca que me regalo mi abuela/ y muchos putos recuerdos revueltos en mi cabeza hueca/el aliento siempre cargando /acabo de llegar de la calle ya saben un /día medianamente ganado entre hurras/para no liquidarme / y también/el sigiloso brotar de vagabundo en Quilca./Es así que yo entendí tu persistencia/con la soledad como un tenue y oscuro canto/ es cuando deseo gritar que odio a todos/y arrojarme contra esos buses repletos de personas que ignoran esta fiebre/pero también amo y me sereno entonces/comprendo que llegué hace un rato/y mi soledad era un pall mall azul/ un amorfo kión en el suelo/y desearía desnudarme contigo hueviar en esta Orbe como dos/enseres tibiamente descubiertos/después tal vez sentir cierta paz, o bondad, tras el camino/arduo de andar juntos simplemente/ callarme. /Se cierran las calles. Desearía no existir. Existir es mirar, mirar es algo que me desata./Vivo apasionadamente, y no puedo/detener. De repente no me mato y te busco/en Tacna y todo se tornará precioso como/un buen arroz con pollo con papa a la huancaína y sé que al pensar en comida tendrás/de seguro hambre / y yo habré de recorrido la pampa/solo, agotando el conocimiento de las oscuras rosas El semblante de las calles / la tranquila /cerveza de los días y esto será una oración/tan iluminada como lo inexplicable de mi propia/conciencia más el semen y cierto rictus/que viene a ser la disciplina con la que arrojé para ti cierta convicción como un jardín cerrado.*



# ***PART 2***



### **33) Estado mental: 11-10-18**

Ayer conocía una muchacha. Fue después de salir del bar del recital tarde, ebrio y solo. Desperté desnudo en su cama, y me vine caminando hasta casa.

Vive en Puente Nuevo.

Leí con pasión algunos poemas- dos patas, después, me felicitaron-, fui con el dinero exacto, y mientras me gastaba algunos pesos en otra botella de cerveza, pensé que lo mejor sería robarme un libro. Había muchos en la biblioteca, enumerados y caros: estaba la poesía completa de Sor Juana Inés de la Cruz, por ejemplo. La idea era después venderlo y equilibrar mis gastos. ¿Cómo robar? Todos estaban tranquilos, sentados frente a unas mesas de madera, con floreros de botellas de cerveza donde salían unos gladiolos frescos, y bebían sosegados cuzqueña de trigo, y otra que costaba 7 soles y de la que no recuerdo su nombre.

La única forma de robar ese libro era pararme, tomarlo, ponerlo entre mis piernas, sacar otros libros –todos esos movimientos, por su rapidez, serían imposibles de ver- y meterlo entre los papeles y libros a mi maleta. Y eso hice. Ya cuando todos andábamos ebrios, y yo intentando ligar –era una muchacha de una comunidad llamada Días Triangulares- me decía que yo era impetuoso, un apasionado, un loquito; llegó su enamorado-alto y delgado y venezolano risueño- y me hice a un lado y me fui.

Caminaba por la oscuridad- gracias al alcohol en la sangre no sentía un miedo cerval- de las calles de Jesús María. Sin puchos y solo. Al fondo de las esquinas, veía sombras, que después se dibujaban y eran parejas peleando. No conozco demasiado Jesús María, pero me ubicaba en dirección al hospital Rebagliati.

Altas y ordenadas casas, con lunas polarizadas, árboles flacos y espigados, perritos durmiendo detrás de las rejas, ventanas con las persianas plomas cerradas. Casetas con serenazgos uniformados, camisas cremas, gorrita marrón, dormitando. Pasaba por un tragamonedas cuando vi a una muchacha llorando. La chica era realmente hermosa. Estaba sentada en un parque, por unas estatuas definidas gracias a la luz ámbar del alumbrado público.

Su cuerpo, como un osito con frío, se estremecía en cada lágrima. Me acerqué tranquilamente, como queriendo hacerle el habla o ayudarlo. Tampoco tanto pues, de repente, pensaba que le quería robar.

Seguía llorando, indiferente. Tenía una mochila anaranjada y estaba abierta, una caja de cigarrillos pall mal convertibles y unas zapatillas all star rojas. Yo estaba ebrio, no suelo hablar con la gente de la calle, pero era tarde, no había nadie, y ella lloraba. Le pregunté si le podía ayudar. No me dijo nada. Luego, me dijo vete, vete, y después, cuando me quedé parado, ella alzó los ojos de sus manos, y me miró con las lágrimas todavía derramándose y me dijo que le prestará un encendedor. Busqué en una chaqueta marrón y encontré una caja de fósforos. Se lo pasé y luego prendió un cigarro, aspiró hondamente y me devolvió los fósforos. Me presenté. Estoy algo mareado, me llamo Matías, quisiera acompañarte, ¿me puedo sentar contigo? Tras mi breve presentación, la chica me dijo que me sentará, acomodó su mochila y me ofreció un cigarrillo.

Nos pusimos a conversar. Me contó que estaba hace muchas horas llorando. La culpa: un enamorado gruñón y celoso con el que siempre discutía – sus cabellos eran ondulados, y brillaban, como sus ojos grandes y angulosos (la frente redonda y el mentón pequeño, como un guindon). Vivía el Chorrillos y bajaba con su enamorado a Jesús María, por la comodidad de sus parques y ya que nunca te podían robar ahí.

-¿Quieres un tronchito? –me preguntó

-No soy de fumar, -le comenté- pero si me invitas.

Abrió un cofrecito verde, de esos de lata. Saco un pedazo de mariguana, era largo como una oruga, y con hileras amarillas y anaranjadas. Lo desmenuzó lentamente. Su mano, pequeña y pálida. Y luego, busco en su mochila durante un rato y sacó una pipa. Parecía una aceituna. Metió la mariguana desmenuzada y me la paso.

-Te concedo el honor.

Fumé con furia y me atoré. Ya sabía lo que sucedía después: la sensación de perderse de las cosas, la interioridad, el sentir que mi voz se loqueaba y, después, empezaba el viaje. La muchacha fumó hartó y me volvió a

pasar la pipa. Entonces me dijo su nombre: Xiomara. La única Xiomara que yo había conocido era una niña dientona de mi colegio de primaria. Nos pusimos a caminar, muy stones, y a charlar.

-Entonces te dedicas a la poesía.

-O sea, sí, pero tampoco es que me la tomé tan enserio. –cruzamos una zanja de gras, justo antes de la esquina del Hospital Rebagliati- Solo a veces. Pero bueno, ya tengo dos publicaciones. La segunda la van a editar nuevamente. Y será en Puno.

-Asu, eso ya es distinto entonces.

A la altura de 28 de Julio, vimos a un grupo de jóvenes con mochilas, y polos manga larga, esperando combi. Seguimos a la derecha, luego subimos hasta la entrada del Parque de la Exposición con Wilson. Cruzamos lentamente el parque. Unos hippies vendían lentes fosforescentes, pipas de todos los tamaños (vi unas con las caras de duendes, las narices alargadas, los ojos hundidos y brillantes), pulseras de huairuro, poemarios de poetas de 1970, Extramuros del mundo de Verástegui en la edición de Perú Lee.

-Te lo dejo a veinte mangos hermano, tú dirás.

Le dije al gordito pelucón con polito manga cero y ojos caídos y jubilosos.

-Quince habla.

Sonaba un temita de Bob Marley (dont berry bi jappi), agujereado por la interferencia. Era justo a la altura de las escaleras que dan al centro comercial, muchos hippies tiraban al suelo mantas negras y vendían toda clase de accesorios. Observé que muchos jóvenes bebían y fumaban en el parque. La oscuridad les imponía un velo sobre el rostro. Era visible sus sonrisas. El semáforo en rojo, otros hippies jugaban con unas pelotas justo antes de que cambie y se ganaban unas monedas. Pasaban unos flacos en tablas a toda velocidad. Al pie de Sheraton, en unos bloques de concreto, se bebían tranquilamente, muchas cervezas en bolsas de supermercado. Nada de luna: el eterno cielo morado ceniciento.

-Ya pes.

Metí el libro en mi maleta y seguimos andando. Le dije para ir a comprar un sixpad de latones de chela al centro comercial.

Adentro la luz era pálida, como caminar dentro de una pescera. Una señita en un mameluco azul y verde ofrecía rodajitas de chorizón en mondadientes. El montículo de mayas de mandarina huando. La cola frente a las señoritas que pesaban las carnes, los pescados. Fuimos directo a la licorería. La fila era eterna, mi dinero no. Recordé que tenía que gastar poco. Que acababa de robar el libro para pagar después mis deudas. Mayra estaba sonriente. La imagen de Mayra en el parque de Jesús María era lejana.

-Ese libro que compré es de un poeta de acá. Muy bueno. El otro día me invitaron a dar una conferencia sobre él. Me amanecí escribiendo el texto que leí. Su hermana estaba sentada adelante. Mi viejo estaba entre el público.

-Wow-me dijo sonriendo; descubrí en ese instante que amaba su sonrisa, los hoyuelos que se formaban en su piel morena. La mariguana ya había bajado hace rato, pero no las ganas de chupar-Que tu viejo estuviera en el público debe haber sido muy loco.

Mientras pagábamos le conté mi relación con mi viejo, ella se abrió también y me habló de su madre, de sus hermanas y de su papá. Para variar, ausente

—ya estábamos en el césped frente al Sheraton, acababa de terminar de taponear la pipa y tenía las piernas cruzadas. Los dos estábamos contra unas rejas verdes. Mirábamos a los hippies. A cada ratito pasaban muchachos, parejas o solitarios, y se detenían a ver las mantas negras. Eran, por lo general, parejas de adolescentes, o jóvenes. Los demás, señores y señoras, de lentes, gorditos, con camisa, o el cabello muy peinado no solían detenerse. A veces, lanzaban una mirada con desdén y seguían caminando. Abrí mi cerveza, la espuma se rebalso ligeramente, y bebí el agua fresca e intensa y burbujeante. Dejé el latón entre un pedazo de tierra



y el césped, y agarré la pipa. La clavé en la boca, acerqué el encendedor y aspiré hondo.

-Mi vieja nunca vivió con nosotras- me confesó- se la pasaba saliendo, bebiendo, venía tarde y mal. Muy ebria. Y al otro día, la cagada. En esas épocas solo me daba vergüenza, pero después comprendí que también era jodido. Si tienes un familiar que bebe demasiado siempre es un problema. Para todos. Los que no beben, pueden ser más educables, para una casa, un trabajo y horarios.

-Mi vieja – le dije- nunca bebía. Era tranquila. Se la pasaba trabajando. Luego nos tuvimos que mudar cuando mi viejo y ella se divorciaron. Nos quitamos por San Juan de Miraflores, a la altura de Ciudad de Dios.

Me acordaba de aquellas épocas. Me acordaba de que mi vieja, justo a la altura del mercado Ciudad de Dios, me advertía: sácate el gorro, que por acá hay choros. Los choros no eran esos animales de las sopas y mariscos, sino, jóvenes famélicos buscando algo que robar, que sacar, que arrancar de los demás para después pagarse un troncho, un almuerzo, o lo que sea. Luego estaba el Mercado Ciudad de Dios. Inmenso, con toda clase de verduras, condimentos, con frutas, una zona inmensa para fiestas infantiles. Me acordaba de las cajas de madera con los globos que tenían impreso el nombre de dueño de santo, o una foto o unas palabras. Eran cajas con un polvo parecido al talco, y el globo estaba totalmente empolvado.

-¿Crees que el Perú alguna vez cambie o mejore?

-La verdad...- me puse reflexivo y recordé el poemario de Verástegui- espero que sí. Mira, justo el poemario que compré tiene versos sobre la realidad de nuestra ciudad. De Lima, la hermosa.

-La horrible, dirás.

Reímos.

-Sabes –le dije- me gustaría escribir una novelita y ponerle un título escandaloso.

-¿Qué nombre por ejemplo?

-No sé, tal vez llamarla Semen.

-Qué loco.

Reímos.

Saqué el libro. Amaba a Verástegui. Su voz era como un concierto punk lleno de intensidades y vibraciones. Leerlo era sumergirse de nuevo en el mar de alcohol y locura. Un delicioso viaje por la lengua. Intenté darle un timbre adecuado y pensé que lo mejor sería improvisar, total, Mayra jamás había oído en su vida a Verástegui, y yo también era un poeta, uno de los grandes, y necesitaba improvisar, adquirir esa lucidez. Entonces leí.

*Yo vi caminar por Lima hombres y mujeres pegados a la  
zapatilla comprada en el Metro de Alfonso Ugarte  
Los vi huir en un desasosiego por la Colmena  
comprando amando gimiendo agonizando al pie de un fin de mes  
Terrible como la tonada de mi piel, y el desenfreno de las ciruelas.*

*Los vi chupando amando riendo gimiendo comprando  
figuritas llenando álbumes con sus estrellas de fútbol y  
amando siguiendo la ruta de las rudas, las  
álgidas costumbres en esta ruta de motos y calles la ciudad  
nunca dejo de ser un remanso tranquilo alborotando las costumbre.*

Agaché el libro, miré las letras oscuras, aspiré mucho aire, lo retuve, conté uno, dos, tres, cuarto, cinco y lo volví a expeler. Miré en la oscuridad a Mayra, y volví a improvisar.

*Yo vi caminar por Lima niños y abuelos alimentándose de  
sardinas En su visualización de una esquina en la Colmena  
Entre chifas y putas vi sus sueños rejas entre sus ojos  
corazones revueltos con un arroz con atún a las 2 p.m.*

*Vi sus ojos y un anuncio de muerte detrás de todos sus intentos  
Por luchas contra el Dios de la decidía, la destrucción*

*Que sus cuerpos enamorados manifestaban.*

-Me gustan mucho. -me dijo Mayra con las manos como rezando, cerca de su rostro. Sonreía-. Siento que entiendo esa voz. Siento que cualquiera que deambula por Lima puede terminar pensando eso y escribiendo eso.

-La verdad sí, y eso que Verástegui los compuso muy joven. Él era de Cañete, vino a Lima a prepararse para la universidad, pero su sueño era convertirse en poeta. Y este libro, en su momento, marcó un antes y un después. El poema que te acabo de leer, es uno de sus poemas más pulidos.

-Asu, debe tener una obra muy chévere.

-Mira, yo en verdad, te aseguro que es muy hondo y tiene hasta partes medio filosóficas. Pero, en fin, no sé, esta noche es tan buena. Pensaba que había perdido el tiempo yendo a ese recital que te conté, del que vine. Pero ahora que estamos juntos y conversamos, siento que todo se dio por algo. En general, casi siempre siento que pierdo el tiempo. Que, envés de andar fumando y bebiendo por ahí, debería estar solo con mi computador, en mi cuarto, en la oscuridad, escribiendo algo. Y que eso –ya para este rato estaba muy ebrio, y mis palabras salían desasosegadas- sea algo que me aleje de muchas vainas. Es que, a estas alturas de mi vida, siento que debo tomar una decisión. O dedicarme a la poesía y ver qué pasa después, buscar formar de sostener este oficio; o, por el contrario, dedicarme a otras cosas. Tengo algunos hermanos pequeños. No tienen ayuda de sus padres. Eso me martiriza. También quisiera irme de Lima. Empezar a viajar. Conocer nuevas cosas. Nuevos ojos, parques, paisajes, soledades. Todo eso. Tengo 27 años y casi todo acá es hermoso, y me encanta, y podría escribir toda mi vida tranquilo con lo mínimo pero vivir acá es también vivir con mi vieja, mis hermanas y sus problemas. Tengo que irme, es lo que pienso.

-¿Y a dónde te irás?

Miré mi latón de chela. La espuma en el agujero. La noche a fines del invierno, uno de las primeras de la primavera de Lima. Los hippies acababan de recoger todo y conversaban y fumaban y bebían al pie de las escaleras. Vi a una joven con su enamorado. Fueron donde los hippies. La muchacha, que debería tener como 25 años, se sentó en el centro. Los hippies parecían molestarla. Vino otro loco en bicicleta y le preguntó a su

enamorado algo. La chica, en el centro parecía muy incómoda. Mayra estaba en silencio, esperando mi respuesta.

Tampoco yo sabía que decir, tenía claro que me iría a fin de mes a Arequipa, luego por Puno, pero después. ¿A dónde seguir viajando? El pata de la bicicleta, le dijo algo al enamorado de la muchacha y éste asintió. Vi que le pasó dos billetes de veinte soles. Y el enamorado luego se quitó. La chica se quedó sola. Enojada y resignada. Los hippies subieron las escaleras, riéndose, cargando sus mochilas negras, y la flaca y el pata de la bici se fueron caminando, cruzaron las dos pistas, en dirección a Alfonso Ugarte.

¿Estado mental? Solo, solitario. A casa, a subir las escaleras herrumbrosas y negras de caracol y poner este epígrafe en un poema, excesivamente tierno e intenso:

# ***PART 3***



### **34) Estado mental: ayer nació mi gata.**

Y yo encontré estos versos en un poemario de Oscar Málaga:

“¿qué más puedo hacer en esta época por mí?”





Contenido	
SEMEN .....	3
Simetría del joven sol .....	3
<i>Por Julio Barco</i> .....	3
A MODO DE PRÓLOGO: .....	7
<b>PART 1</b> .....	9
1)Estado mental: solo, más solo que un pucho en la playa.....	15
Y -en resumen- sin ninguna clase de comunicación. ....	15
Delirio. ....	15
2)Estado mental: fregado, perdí a mi fotocopia anillado de Diario del Desasosi(ego) por intentar herir a un amigo .....	18
3) Estado mental: supongo que compraremos pollo a la brasa... ..	21
4)Estado mental: Enmanuel tiene canciones en youtube insoportablemente hermosas, aunque su futuro es inexorablemente diferente al de la música. ....	22
5)Estado mental: Pensar sobre el propio proceso creativo mientras se desata dentro de ti otro discurrir de juicios.....	26
6)Estado Mental: tranquilo, triste. ....	28
7)Conciencia actual: estoy vivo, en miles de contradicciones. Y, óyelo, “nadie te odia, Matías Bote” .....	31
8)Estado Mental: (des)equilibrado, o al menos eso parece. ....	33
9)Estado Mental: hoy es otro día, hay que volver a empezar. ....	35
10) Estado Mental: monólogos antes del atardecer .....	37
11)Estado Mental: Daniel Jhohnston suena y tengo 24 años.....	41
11.1)Abro una hoja de word y escribo nerviosamente: .....	42
11.1.1)Nadie luchando .....	43
por nada que no sea el egoísmo.....	43
11.2. Miro la hoja de word, miro la ventana y escucho mi respiración y mis latidos y sigo:.....	48
12) Estado mental: Todo poema es un accidente, lúcidamente bello, eternamente tormentoso, como tu furibunda sonrisa .....	52
13)Estado Mental: reflexivo. ....	54
14) Estado mental: Hoy llegó en la noche. ....	59
15)Estado Mental: cortocircuitos por dentro. ....	63
15.1) Breve paréntesis: entiende esto, si no escribes, no te vas a salvar .....	66
15.2) El deseo de un ideal, o el sueño, puede ser tan relativo si te sumerges en la mediocridad de todos los días.....	67
15.3) La eterna sinfonía del sonido. ....	68
15.4) Pienso en alguien cercano. ....	68
15.5) El problema de fluir demasiado & escribir poesía.....	69
Estado mental: miré al Facebook. Seguía ahí, la mata de palabras de Miguel Urbizagástegui .....	74
17)Estado mental: -Bien, chicos del Facebook, vamos al otro espacio .....	81
18)Estado mental: Mi abuela me decía “vive como una persona normal” .....	85
19)Estado mental: Adentro del bus, me acomode en la ventana y miré los puentes que íbamos dejando atrás. ....	88
20) Estado mental: ¿Qué estaría haciendo Murakami? .....	92
21) Estado mental: Estoy tumbado en el colchón de mi cuarto.....	97
21.1) Cuento: Todavía no se odian .....	103
22) Estado mental: Hablaba la señora Hilda.....	110
23) Estado mental: solitude.....	114
24) Explicaciones de lo anteriormente dicho evidentemente explicado: Hablar de lo humano en esos sentidos .....	117
25) Estado mental: coherencia del poema .....	119
26) Estado mental: recapacitando/vaticinando/ando.....	123
27)Estado mental: dos hombres se dan la mano en la esquina de mi casa. ....	127
28) Estado mental: Me llamó con un grito. Deje la Divina Comedia de lado y bajé.....	129
29)Estado mental: Bajé mirando las novedades del Facebook. ....	134
30)Estado : achicharrado de cosas, aburrido y apático.....	136
31)Estado mental: ¿Ese es tu objetivo en la vida? Eternamente caminar solo, como aquel haiky que tu bro de ayer te dijo que leyó traducido por O. Paz .....	140

32) Estado mental: estoy dentro de un poema sin corregir que es mi absoluta existencia .....	145
<b>PART 2</b> .....	147
33) Estado mental: 11-10-18 .....	149
<b>PART 3</b> .....	157
34) Estado mental: ayer nació mi gata. ....	159

## Biografía del autor

(1991) Autor de los libros Me da pena que la gente crezca (Arteidea Editores, 2012), Respirar (La Chimba Editores-2018-Premio Gremio de Escritores), Arquitectura Vastísima (Editora Huachumera-2019-Premio Huauco de Oro), Arder (gramática de los dientes de león) (Editorial Higuierilla-2019), La música de mi cabeza-volumen 7 (Lenguaje Perú - Editores) En novela, este 2019, presentó Semén (música para jóvenes enamorados) (Lenguaje Perú-Editores) En el 2019 fundó la web [lenguajeperu.pe](http://lenguajeperu.pe) Fue fundador y director del grupo TAJO. Actualmente es redactor de Literalgia y Lima Gris y gestor del proyecto cultural Poético Río Hablador. Sus poemas y ensayos pueden encontrarse en [www.google.com](http://www.google.com). Viaja y participa activamente en la escena de poesía contemporánea. Este 2020 publicó el poemario Des(c)ierto, en Amazon.